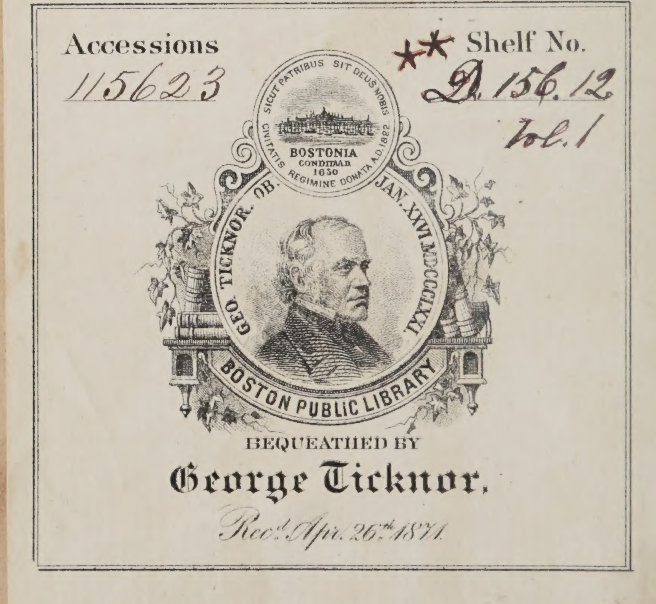



Accessions
115623
Shelf No.
D. 156. 12
Vol. 1
SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA CONDITA A.D. 1630
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822
GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI MDCCCLXXI.
BOSTON PUBLIC LIBRARY
BEQUEATHED BY
George Ticknor.
Rec.d Apr. 26th 1871.

The cancion Alivia sus fatigas p. 5 has a great reputation & is certainly a beautiful, & graceful imitation of Horace, but philosophical manner in his Odes. —

RIMAS

DE LUPERCIO LEONARDO

DE ARGENSOLA.

TOMO I.



MADRID EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1804.

PRÓLOGO DEL EDITOR.

Una de las principales causas del mal gusto que se advierte en la mayor parte de las poesías de nuestros dias es la escasez de los buenos originales, que puedan servir de modelo á la juventud estudiosa: al mismo tiempo que las multiplicadas ediciones de los corruptores de nuestro Parnaso, andando en manos de todos, mantienen y perpetúan el mal gusto. Porque sabida cosa es que la suerte de la mayor parte de los ingenios depende por lo comun de los autores, que por casualidad llegan primero á sus manos: raros son los que para dedicarse al estudio de la poesía toman por guia á un inteligente, que los sepa conducir por la verdadera senda; y rarísimos los que, habiendo ya hecho algunos progresos en el error, lo reconozcan, retrocedan de sus extravíos, y empiecen de nuevo por el camino derecho. Los mas, segun es la condicion de los

hombres, se preocupan á favor de lo que presumen saber; se les hace duro emprender de nuevo una carrera en que ya se creian muy adelantados, y desistir en la edad madura de lo que aprendiéron en su juventud.

Para remediar este daño no hay medio mas á propósito que hacer comunes, con repetidas ediciones, los excelentes modelos de buena poesía, en que abundó nuestra nacion en el siglo xvi y principios del siguiente. De estas fuentes se debe sacar la pureza, abundancia y magnificencia de nuestro lenguage poético, desconocido sin duda por los que andan mendigando las galas poéticas de los extrangeros, ignorando las bellezas propias de nuestra poesía, que en esta parte compite con la antigüedad, y excede á las demas de la Europa. Sobre estos modelos se han formado los pocos que al presente ilustran nuestro Parnaso, y mantienen el honor de nuestra poesía; cuyo estilo puro, elegante y magestuoso muestra bien quanto estudio han hecho de los autores clásicos del siglo de

oro de nuestra lengua y poesía, por la misma razon que tienen los que escribiendo en verso ó prosa latina, procuran imitar el estilo y lenguage del siglo de Augusto.

Así que, no se debe dudar que haciéndose comun la lectura de los buenos modelos, volverá á florecer nuestra poesía, y se desterrarán insensiblemente todos los vicios con que el mal gusto del siglo pasado y principios del presente la ha corrompido; y sobre todo la frialdad, sequedad y desaliño con que al presente la envilecen los que aprenden el habla castellana en las obras francesas. Se logra tambien con esto hacer una completa é irrefragable apología de nuestro Parnaso, tan injustamente calumniado por los extrangeros, ya por malignidad, ya porque de nuestros Poetas no conocen otros que los corruptores de nuestra poesía. Muy poco adelantarémos, para hacerles mudar de concepto, con decir que hemos tenido dos Horacios en los dos Leonardos, un Píndaro en Herrera &c., miéntras no les pre-

sentemos sus obras ; las quales por sí mismas, sin recomendacion de apologistas, los obligarán á darnos los elogios, que por lo comun nos niegan, por no conocerlas.

Con este objeto se debió de emprender la coleccion del Parnaso español; obra, que á haberse dispuesto con otro método y gusto, hubiera sido de las mas útiles, y nos hubiera excusado el trabajo de emprender de nuevo esta ; en la qual nos proponemos seguir muy distinta idea. Se irán reimprimiendo sucesivamente todos nuestros buenos Poetas líricos : tendrán el primer lugar los que por voto comun de los eruditos tienen un mérito sobresaliente, y nada hay en ellos que cercenar, corregir ni reprehender. A estos seguirá lo mas escogido de otros, que tienen muchas composiciones apreciables entre algunas defectuosas ; las quales no tendrán lugar en nuestra coleccion, porque no es nuestro ánimo aumentar volúmenes con desdoro y oprobrio de nuestros Poetas ; sino publicar únicamente lo que pueda servir de modelo á los nues-

tros, y dar una alta idea de nuestra poesía á los extrangeros. Hemos recogido varios manuscritos en que se contienen muchas poesías inéditas de nuestros buenos Poetas, pãra que las ediciones salgan lo mas correctas y aumentadas que sea posible; pero no tenemos tan ciega pasion á lo inédito, que por sola esta razon hayamos de insertar sin exámen todo lo que hallemos en los manuscritos atribuido á los autores, aunque nos conste ser obras legítimas. El afan (por no darle su verdadero nombre) que algunos han tenido y tienen en esta parte, nos parece harto irrisible: está bien que se consulten los manuscritos, y se añada ó enmiende por ellos lo que pueda contribuir á perfeccionar los originales, y dar mas cabal idea del mérito de los Poetas; pero ¿á qué fin atribuir sin ningun discernimiento composiciones ridículas, insulsas y desatinadas á los mayores ingenios, sin mas fundamento que porque así lo dice el manuscrito? ¿Quién es tan poco versado en registrar tales monumentos, que no tenga repetidas ex-

periencias de la licencia que en estos títulos se han tomado los copiantes? Seria cosa muy molesta y superflua alegar exemplos en confirmacion de esta verdad. Pero aun quando se tenga evidencia de que es obra legítima del autor; ¿qué razon hay para abultar el volúmen con obras, no solo inútiles, sino tambien ignominiosas al honor del Poeta y de la nacion? Mayormente siendo cierto que no las muchas obras, sino solas las excelentes, constituyen el mérito verdadero y sólido de un escritor. Si hubieran tenido presentes estas reflexîones muchos editores de nuestros Poetas; y el trabajo que pusiéron en recoger y dar á luz todo lo que corria en su nombre, lo hubiesen empleado en exâminar maduramente lo que les podia dar honor por su belleza y utilidad, es cierto no serian tantos ni tan abultados los volúmenes de poesías; pero tampoco hubieran dado motivo á los extrangeros, y aun á los nacionales malignos, para calumniar á nuestros Poetas: los quales, ocultando lo bello de estos, y objetándonos sus des-

aciertos, tienen sobradas autoridades para desacreditar á los ingenios mas sobresalientes entre los incautos que tienen poca noticia de nuestra literatura.

Tambien se dará un resúmen de la vida de los autores; pero sin detenernos mucho en ciertas circunstancias menudas y averiguaciones prolixas, que son muy agenas de nuestro intento. Porque siendo este el manifestar con individualidad el mérito de sus poesías para instruccion de los lectores, nos parece mas acertado dilatarnos en exâminar su carácter, circunstancias individuales, bellezas ó defectos; dexando á otros talentos mas aptos para estas investigaciones el cuidado de recoger citas, fechas y otras circunstancias pertenecientes á nuestra historia literaria.

Esto supuesto, vamos á exâminar el carácter poético de los dos Argensolas: y como los elogios vagos en órden á nuestros Poetas se han vulgarizado tan pródigamente en algunas ediciones modernas, aplicándose á todos indistintamente los epítetos de pureza, elegancia

entusiasmo, belleza y otras expresiones indeterminadas; se nos permitirá aquí particularizar todas las qualidades que constituyen el alto mérito de los dos hermanos, y los distinguen de todos los demas Poetas; previniendo desde luego, que en las prendas poéticas fuéron tan iguales como en la sangre; por lo qual los comprehendemos baxo de un mismo juicio y elogio.

Y empezando por su lenguage, nadie dudará de su singular pureza y propiedad en vista de lo que dice Lope de Vega en la censura que dió de sus rimas: *Parece*, dice, *que estos dos hermanos viniéron de Aragon á reformar en nuestros Poetas la lengua castellana*, *que padece por novedad frases horribles*, *con que mas se confunde que se ilustra*: al qual elogio es enteramente semejante el que les dió Cervantes. Pero es necesario distinguir la pureza poética de la prosayca: distincion que con vergüenza nos vemos precisados á advertir; pues es la mayor mengua que los que son tenidos por eruditos muestren en sus obras igno-

rar una doctrina tan pueril. La Grecia, maestra universal del buen gusto, admitió en la poesía un lenguage enteramente distinto de la prosa: Roma, imitadora de la Grecia, siguió en esto su loable exemplo, aunque quedó muy inferior en esta parte: en suma, todas quantas naciones han tenido algun gusto en la poesía han admirado y alabado en sus Poetas locuciones y palabras muy agenas de la prosa. Esta es una doctrina tan comun y vulgar, que es muy de extrañar haya quien ponga duda en ella, ó pretenda impugnarla. Solo pudiera dudarse si realmente se halla este lenguage poético en nuestros Poetas, y cómo se podrá distinguir del prosayco; en los quales dos puntos gustosamente me extenderia, por ser esta doctrina poco conocida, y sumamente necesaria; pero será mas propio ventilarlos quando se trate de Herrera, que ha sido el que mas ha enriquecido nuestro lenguage poético. Aquí solo me reduciré á insinuar de paso la regla que nos da Horacio para distinguir la poesía de la prosa atada al número y ritmo,

para que por ella se pueda hacer juicio del lenguage de estas rimas *. Dice pues este gran maestro del buen gusto, que no se debe contar por Poeta el que solamente cuida de que sus versos esten ajustados á las leyes métricas, siendo todas sus palabras y locuciones enteramente prosaycas; lo qual para que se pueda distinguir, dice que se disuelva el verso; y si aun despues de desenlazado conservare espíritu poético, esto es, aquella grandeza, magestad y gracia en los epítetos, en los tropos, en las figuras y demas adornos que no dependen de la colocacion material de las palabras, entónces se dirá con ràzon que en tales versos hay poesía. Esta es la regla mas importante y necesaria para distinguir las prosas rimadas de muchos de los que al presente versifican de la verdadera poesía y lenguage poético, que se advierte en los buenos Poetas de nuestro siglo de oro, y en algunos (bien que pocos) de

* Non satis est puris versum perscribere verbis,
Quem si dissolvas, quivis stomachetur &c.
Horat. Sat. 4, lib. 1. Véase toda ella.

nuestros dias, que han acertado á imitarlos. Y á la verdad siendo tan esencial en la poesía el deleyte y maravilla, claro está que esto no se puede producir con las expresiones comunes y lenguage vulgar: y por tanto el Poeta quando no puede deleytar con la novedad de la materia, debe hacer resaltar las cosas mas comunes con el artificio; parte del qual consiste en las palabras y expresiones extraordinarias, vivas, sonoras, hipérboles, traslaciones y modos de decir apartados del uso comun. Esto se ve prácticamente en nuestros Argensolas, cuyo gusto y tino en la eleccion de las palabras, y frases mas puras y expresivas, en la abundancia de epítetos grandes y sonoros, y en el juicioso uso de los tropos y figuras, da un realce extraordinario al pensamiento mas comun. ¿Qué cosa mas vulgar que este concepto: *Deseo que este lino crezca pronto, no para hacer lienzos ni velas de navíos, sino para hacer un cordel para ahorcar á este abogado vecino*? Pues véase quanta gracia, novedad y belleza recibe del len-

guage con que le adornó Bartolomé en un soneto, que quiero poner aquí desatado en prosa, para comprobacion de lo dicho: *Yerba poderosa*, dice, *que medras en la injuria, crece de presto, si no dispones manto á Pitágoras, ni los dones de Aragne, que irritáron á Minerva; ni senos para hacer sierva á la Arabia, quando compones navales fábricas, y opuesta al viento vuelas á descubrir regiones, que conserva el orbe idólatra; sino para apretar (sacro lazo) la garganta pérfida de este causídico vecino &c.* Seria necesario copiar aquí la mayor parte de las rimas, si hubiese de poner todos los exemplos de pensamientos comunes, que en virtud del lenguage poético son maravillosos y extraordinarios; pero merecen leerse con particular atencion las descripciones de la casa de campo, de la vida rústica, el concilio y cortes de las aves, y otras fábulas muy graciosas con que adorna Bartolomé sus sátiras y epístolas, donde las cosas mas viles estan tratadas con una dignidad admirable.

Tiene tambien el lenguage de los dos hermanos una circunstancia muy singular, que quizá no se hallará en ningun otro Poeta; y es que muchos pedazos de sus poesías no se pueden absolutamente desatar en prosa, sin que quede siempre verso, aunque variada la rima. Puede ser exemplo de esto casi toda la cancion de Lupercio, que empieza:

En estas sacras ceremonias pias.

Y en particular estos dos lugares de ella:

„O si quando la trompa horrible diere
„Señal en los exércitos, y tienda
„La roxa cruz el viento en las banderas,
„Y de la muerte la vision horrenda
„Envuelta en humo y polvo discurriere
„Por medio las esquadras y armas fieras;
„¿Tu nombre ha de sonar en las primeras
„Voces que diere la española gente,
„Pidiendo por tu medio la victoria?"

Y poco mas abaxo:

„Primero vivirás felices años,
„Introduciendo por el ancho mundo
„La santa paz y la justicia unidas,
„Y gemirá Pluton en el profundo."

Lo qual prueba no solo la abundancia y riqueza de su lenguage, sino tambien su admirable facilidad en la versificacion. Esta no consiste precisamente en cierta soltura y prontitud que suelen tener algunos en rimar prosa, que no son otra cosa sus versos lánguidos, frios y desaliñados; sino en que no se advierta en el verso la dificultad que le cuesta al Poeta la colocacion de las palabras, el buscar la rima, y completar el verso. Esta dificultad es manifiesta en algunos, aun de los que son tenidos por buenos, por las palabras vanas y superfluas que añaden, por el trastorno de las cláusulas, por lo arrastrado del concepto; de lo qual dimana muchas veces una obscuridad incomprehensible. De todos estos defectos estan muy agenos los mas de nuestros buenos Poetas, y sobre todos los Argensolas: muchas veces parece que no se pudiera decir el concepto de otra manera, y que la rima les obliga á añadir belleza y gracia á los pensamientos; de lo qual ocioso será poner exemplos, pues qualquiera de sus composicio-

nes está demostrando su facilidad incomparable.

Esta ha sido en todos tiempos una prenda muy peculiar de los Poetas españoles; pues si bien se considera, estos diéron á los metros latinos una armonía y fluidez, que se echa ménos en los Poetas anteriores á Lucano y Séneca. Los coros de las tres tragedias legítimas de este gran trágico (que lo es á pesar de la maligna ignorancia) exceden incomparablemente á los metros de Horacio en fluidez, armonía y número; y los excelentes exámetros de Lucano llevan gran ventaja en esta parte á los de Virgilio. Y aun lo mismo que dice Ciceron de los Poetas cordobeses, aunque algunos por mala inteligencia lo interpretan en oprobrio nuestro, confirma lo dicho *, porque en este lugar solámente habla Tulio de la pronunciacion y sonido, que para los oidos romanos, acostumbrados á la suavidad, parecia extraño, tosco y áspero; lo qual de ningun

* Cordubae natis Poetis pingue quiddam sonantibus, atque peregrinum. *Cicer. pro Archia.*

modo prueba que los versos fuesen malos, duros, ó faltos de armonía. Antes bien yo presumo que el ser los versos de los españoles demasiado llenos y numerosos, aquel *loqui ore rotundo*, y *os magna sonaturum*, que tanto recomienda Horacio, y que despues de los griegos, ningunos han sabido executar mejor que los españoles; pudo ser causa de que aquel sonido pareciese desapacible á los oidos de Ciceron, que estaban acostumbrados á versos no mucho mas armoniosos que los de Enio.

La conexîon de la materia me hace acordar de una de las muchas calumnias que los extrangeros levantan á nuestra poesía. En la nueva Enciclopedia, *art. Asonante*, despues de afirmarse que *obrero* y *nao* son asonantes, insinuando que ó no tenemos otra rima, ó es la mas usada, concluye el Articulista con una de aquellas decisiones, que tan comunes son en los escritores franceses. *Es preciso confesar*, dice con mucho magisterio, *que nuestros Poetas, que han manejado felizmente la rima, tienen un mé-*

rito muy superior á los españoles: despropósitos mas dignos de risa y desprecio, que de refutacion seria. Pero nosotros (y tambien los italianos) podemos decir con toda verdad, y sin temor de que nos prueben lo contrario, que nuestros buenos Poetas, todos los quales, por lo comun, han manejado con la mayor felicidad nuestras varias, difíciles y bellísimas rimas, tienen en esto y en todo lo que rigurosamente se llama poesía, un mérito incomparablemente superior á los Poetas franceses, cuya versificacion monótona, siempre uniforme y pesada, junto con carecer de lenguage poético, solo puede parecer bella á los oidos mas que bátavos. Y por lo que hace á la dificultad, si en ella hubiera algun mérito sólido, la mas fácil de nuestras consonancias, y aun algunas asonancias en composiciones largas, es infinitamente mas difícil que los pareados, como sabe qualquiera que tenga alguna práctica en la versificacion. Y para que se vea prácticamente con quanta libertad vuelan nuestros buenos inge-

nios, á pesar de los lazos de la mas difícil rima, en que á veces se empeñan por bizarría de ingenio, pondré aquí por exemplo la cancion que Bartolomé compuso con ocasion de las exêquias de Felipe II; en la qual, ademas de la consonancia final de los versos, conciertan tambien en el medio, sin que por tanto se dexe de advertir la misma facilidad, armonía y belleza que si escribiese libre de toda sujecion. Empieza así:

No quiero ya cantar como solia,
Quando el cielo *ofrecia* la materia
Alegre á *Celtiberia* para el canto:
Pero pues en lugar de la alegría
Comun, lástima *envia* á toda Hesperia,
Y la humana *miseria* puede tanto,
Llorémosla, y el *llanto*, alumnos pios,
Acreciente estos *rios*; suspendamos
En estos *ramos* tristes y sombríos
Los instrumentos mios,
Con que un tiempo victorias celebramos
Del que agora *lloramos*. ¡O inmutable
Ley y fuerza del hado, que lo fuerte
Es debido á la muerte,
Como lo mas caduco y miserable!

Este mismo artificio sigue en toda la cancion; pero estamos tan léjos de constituir el verdadero y sólido mérito en estas dificultades, que si por otra parte no fuese esta cancion tan excelente por aquel patético sublime que brilla en toda ella, adornado con todas las galas de la buena poesía, por lo demas la notaríamos de defectuosa, y aconsejaríamos no se imitase esta prodigalidad de artificio.

Pero si las poesías de los Argensolas no tuviesen mas mérito que la belleza del estilo y armonía del verso, no serian mas que unos juguetes sonoros, incapaces de satisfacer al gusto de un filósofo, principalmente las composiciones amatorias, que por comunes han llegado ya á fastidiar. Sin embargo, los buenos Poetas saben dar tal espíritu aun á los versos dirigidos á sus Licoris, Nises, Fleridas, que no se pueden leer con indiferencia, y es preciso que interesen á todos los corazones sensibles. Pero esto no lo podrán lograr sino los que hayan recibido de la benigna naturaleza un conjunto admirable de imaginacion, in-

genio y juicio, perfeccionado con el estudio de las humanidades.

Estas prendas se hallan variamente combinadas en los Poetas: en unos sobresale la imaginacion, en otros el ingenio; casi ninguno se hallará que haya sobresalido en todas: reflexîon muy necesaria para saber conocer el carácter de los Poetas, y distinguir sus composiciones. Esta es la regla que seguimos para hacer juicio de los Argensolas, y para no atribuirles composiciones muy agenas de su carácter y estilo: bien que esto de distinguir de estilos, aunque todos presumen saberlo, creo que es mas difícil de lo que se piensa, en vista de la inconsideracion con que se atribuyen poesías de unos á otros cuyo estilo es absolutamente distinto.

Veamos pues quales son las circunstancias y prendas que mas brillan en los Argensolas, y qual es la que en ellos mas sobresale y los distingue. No es ciertamente una imaginacion vasta, viva y ardiente, que suministra abundancia de imágenes fantásticas, pinturas amenas

muy particularizadas, que arrebata al Poeta en vuelos fogosos, y forma los grandes quadros y pinturas animadas. Nada de esto se advierte en los dos hermanos; pero sí una imaginacion fuerte y fecunda, semejante á la de Virgilio, que pinta por mayor, y sabe representar noblemente lo mas escogido de la naturaleza.

El ingenio, si es vasto, discurre en rápidos vuelos por todos los entes creados é increados, y halla entre ellos y su materia unas íntimas relaciones desconocidas, con que da sumo realce á la cosa mas comun: no es este el ingenio de los Argensolas; es el de Píndaro y de Herrera. Pero si es profundo, penetra en las entrañas de las cosas, y saca de ellas conceptos nuevos, extraordinarios, admirables, con que anima y levanta sus asuntos hasta el mas alto grado. Esta es la prenda que mas sobresale en los Argensolas; y á esto se debe atribuir el deleyte que causa la novedad con que presentan las cosas mas vulgares. Mas este ingenio profundo y agudo procede de

dos modos diversos en proponer sus reflexîones ó conceptos, porque ó solamente usa del aparato natural de las palabras necesarias, graves, y proporcionadas á mostrar la belleza pura de la materia, ó la adorna con nuevas galas de palabras vivas, agudas, metafóricas, y todo el aparato de figuras que ostente la fuerza del artificio. De aquí proceden los dos estilos maduro y florido: el primero es muy propio de los Argensolas: del segundo solo usáron en los versos cortos, aunque con mucha moderacion.

Pero la imaginacion y el ingenio fácilmente suelen ser causa de grandes errores, si un juicio maduro no los modera. A esta facultad pertenece exâminar maduramente en su tribunal las riquezas que le presentan las otras dos, distinguiendo y desechando el falso oropel, los diamantes falsos y los vanos adornos: en suma, el juicio en la poesía es aquella luz que descubre lo conveniente y bello entre los extremos. Esta qualidad ninguno de los nuestros la ha

poseido en mas alto grado que los dos hermanos, como es manifiesto en todas sus composiciones. En vano buscará en ellas la malignidad ó la crítica los conceptos falsos, equívocos ridículos, metáforas atrevidas y viciosas, ni el *phebus* y *galimathias*, que los extrangeros por malignidad ó ignorancia suponen falsamente es el carácter de nuestra poesía. Despues de un maduro y prolixo exámen no hemos hallado en todas estas rimas otro reparo que un vislumbre de falsedad en la primera estancia de la cancion de Lupercio á San Lorenzo, donde á unas fuentes metafóricas parece se quiere atribuir la propiedad de las fuentes reales y verdaderas. Esto sea dicho en obsequio de la verdad, porque estamos muy léjos de querer disimular ni defender los defectos en que hayan incurrido nuestros Poetas; ántes bien tendremos particular cuidado en advertirlos á la juventud estudiosa, para que se acostumbre á leer las obras de ingenio con la luz de la buena lógica, y no se dexe deslumbrar de vanos resplandores.

Para los extrangeros basta advertir que conocemos muy bien los mencionados defectos, de los quales no carece su Parnaso, que son muy raros en nuestros buenos Poetas; y que los que los cometen con freqüencia, nos merecen muy poca estimacion; y solamente son alabados en esto por la ignorancia y preocupacion.

Y resumiendo todo lo dicho, afirmamos que la diccion de los dos hermanos es pura, elegante y muy poética; sus epítetos muy propios y expresivos; su versificacion llena, armoniosa y corriente, con una facilidad extraordinaria; sus sentencias freqüentes sin afectacion, y como nacidas en el discurso; su erudicion vasta y escogida. Son ambos mas sólidos y juiciosos que floridos y amenos: aman mas la filosofía que los juguetes sonoros; mas hablan al entendimiento y corazon que á la imaginacion. A cada paso se hallan en sus poesías imitaciones de lo mas escogido de los antiguos; pero con tal arte que hacen propios los pensamientos agenos, y les dan

mayor realce : y en fin la materia mas comun y vulgar recibe de sus ingenios un ayre de novedad que arrebata y deleyta sobremanera.

Y descendiendo en particular á cada especie de sus composiciones, decimos que el carácter de sus canciones es enteramente horaciano. Son sublimes sin hinchazon; dulces sin baxeza ni frialdad; elegantes sin superfluidad ni afectacion; artificiosas y profundas sin obscuridad ni exceso. No empiezan tronando y prometiendo cosas grandes, porque regularmente de tales principios se viene á caer en grandes baxezas; sino que empezando con magestuosa sencillez, se van elevando insensiblemente hasta tocar el mas alto punto de la sublimidad.

Sus sonetos son incomparables. Aunque en esta parte puede competir nuestro Parnaso (sin temor de ceder) con el mas abundante de la Europa; nos atrevemos á afirmar que ninguno de nuestros Poetas puede entrar en competencia con los Argensolas en esta parte. Por-

que ciertamente en ninguno se hallará igual número de sonetos excelentes de todas materias, conducidos con tal arte, juicio y belleza. Aun los amorosos, que parece debian fastidiar por lo comun y vulgar de la materia, estan adornados con tanta novedad de imágenes, estilo y conceptos, que siempre serán leidos con nuevo placer por los hombres de gusto; pero los morales y satíricos son el último término adonde puede tocar el ingenio humano: singularmente aquel que empieza:

Dime, padre comun, pues eres justo; es la cosa mas grande que en esta línea se ha escrito; pues recopilados en los quartetos y primer terceto todos los sofismas de los impíos contra la Providencia, con la magestad y grandeza propia del argumento, el último verso los deshace todos con una belleza incomparable.

En lo que traducen pueden competir con nuestros mejores traductores, aunque los tenemos tan excelentes, que en esta parte á ninguna nacion tenemos que

envidiar. No diré yo, como es muy usado en semejantes prólogos, que sus traducciones compiten con los originales, y aun los aventajan: expresiones ya muy comunes, aplicadas á toda traduccion buena ó mala, que suenan mucho, y nada significan. Diré sí, que traducen con tal arte, inteligencia y gracia, que sus traducciones tienen todo el ayre de originales, sin que toquen en ninguno de los dos extremos que en otros notamos. Algunos queriendo dar mayor gracia y vigor á sus traducciones las cargan de adornos vanos y superfluos, con que deslucen la belleza del original: otros (y son los mas), pobres de estilo, y muy mas pobres del talento necesario para traducir, juzgan que es exceso irremisible de infidelidad el omitir, añadir ó alterar la menor palabra del original. Pero los Argensolas y algunos otros (que tendrán un lugar muy distinguido en esta coleccion), como eran grandes Poetas, requisito indispensable para traducir poesías, supiéron muy bien evitar los dos extremos de superfluidad y fria langui-

dez, conservando en sus traducciones el carácter del original.

Pero donde mas brilla el talento, gusto y erudicion de los dos hermanos es en la sátira, de la qual nos han dexado admirables dechados, que deberá imitar qualquiera que con el talento necesario aspire á hacerse odioso á los malos y ridículos, por ser útil á la humanidad. En esta clase de poesía, tan necesaria en qualquier sociedad, tenemos bastantes piezas buenas, aunque no son sátiras todas las que así se intitulan. Por sátira entienden muchos una declamacion en verso, en que se reprehenden los vicios en comun; lo qual si así fuera, no habria especie de poesía mas fácil, y que necesitase ménos ingenio; pues todo el trabajo de su composicion se reducia á recopilar en verso lo mucho que en todos tiempos sé ha declamado contra los vicios; y seria falsa la opinion de todos los eruditos, que afirman que en todas las naciones los mayores ingenios han sido los satíricos. Otros, aun mas erradamente, piensan que el satirizar no es

mas que acumular los mayores impro-perios en los términos mas agrios y denigrativos contra todo género de estados y personas: empresa fácil y accesible aun á los mas idiotas é incapaces; pues para esto no se necesita mas que mucho descaro y malignidad. Semejantes composiciones con razon deben estar desterradas de toda república bien ordenada. Pero el verdadero satírico, huyendo de estos dos escollos, solamente busca el ridículo de las acciones humanas; lo pinta con los mas vivos colores; lo adorna con todas las galas de la poesía; y sin ensangrentarse contra personas particulares, forma unos retratos tan perfectos y abominables, que muchos los juzgan por copias de sus vicios y ridiculeces. Para esto se necesita un ingenio sumamente agudo y perspicaz, un estudio profundo de la filosofía del corazon humano, y un pincel muy diestro, sin otras circunstancias que sirven para adorno de la sátira. Si esta fuese arreglada á las ideas que acabamos de proponer, como sin duda

debe serlo para ser buena, es evidente que seria la especie de poesía mas útil y necesaria en la sociedad; pues ella sola basta para limpiarla de los muchos insectos que la inficionan y hacen molesta. Los hombres por lo comun oyen con indiferencia las invectivas contra los vicios en comun, porque el amor propio nos hace creer que no estamos en ellos comprehendidos: las injurias, dicterios y calumnias las sabe despreciar un ánimo filosófico; pero á vista del ridículo, el amor propio mas mortificado se estremece, y no hay reflexîones que basten para sufrir con indiferencia el mirarse ridículamente retratado: es preciso corregirse, ó huir de la compañía de los hombres.

Exâminemos ahora si nuestros dos satíricos han seguido este loable medio, ó han tropezado en alguno de los dos extremos, ó de declamacion, ó de libelo infamatorio. Y para que se vea claramente quan distantes estan de estos dos vicios, bastará por exemplo la sátira de Lupercio, que empieza:

Muy bien se muestra, Flora, que no tienes; en la que satiriza á las cortesanas. Todos los vicios, y en especial la lascivia, tienen varios aspectos; y segun el lado por donde se miren, aparecen ó torpes, ó agradables, ó ridículos. Si el asunto de esta sátira lo tomase á su cargo alguno de los que no la distinguen de la declamacion, formaria una larga invectiva contra el vicio y las viciosas, recogiendo quanto se ha escrito para probar su deformidad, sus daños, su oposicion á las leyes divinas y humanas. Un maldiciente obsceno, por el contrario, nombrando las personas, sus excesos, obras y palabras sin ninguna traslacion ni rebozo, compondria un libelo infamatorio, intolerable á los oidos castos, que en tono de reprehender el vicio, lo haria amable, y enseñaria á pecar: defecto muy enorme que se nota freqüentemente en Juvenal y en algunos de los nuestros. Pero nuestro Lupercio en una materia tan deleznable aparta de la vista todo lo que puede seducir ó escandalizar; y presentándonos en Flora una pin-

tura animada de las mugeres de este trato, nos muestra todo el ridículo que hay en él, con tal maestría, que no habrá quien no abomine del retrato.

En la sátira tienen mucha gracia los dialogismos introducidos oportunamente, las descripciones, las pinturas vivas, la concision ó rodeos artificiosos, segun convenga, ó solamente insinuar el concepto, ó cubrir con un velo misterioso algunas cosas, que dichas abiertamente ofenderian. Esta bella obscuridad y la que resulta de las alusiones á hechos ó doctrinas poco comunes, solamente en la sátira se permite: y es muy loable; porque esta no procede del órden trastornado en proponer los pensamientos, ni de confusion de ideas; sino que el Poeta tuvo por conveniente apuntar la especie, suponiendo al lector igualmente instruido, para dexarle el deleyte de adivinar el concepto; lo qual añade mucha gracia á la sátira. Tal es el carácter de las excelentes sátiras de Persio, desacreditadas por algunos, que ó no quieren ó no pueden penetrar el velo artificioso con que cu-

bre sus pensamientos; y esto mismo se advierte freqüentemente en las de los dos hermanos, en las quales se ven á cada paso imitaciones de los satíricos antiguos; bien que suelen imitar á Juvenal mas bien que á Horacio.

No faltará quien censure en nuestros satíricos lo mismo que nos parece muy loable en su estilo; porque algunos juzgan que es propio de la sátira el estilo duro y desaliñado. Esto lo reprehendió Horacio en Lucilio; y aunque en las suyas se advierte muy poco cuidado en el adorno, no por eso debemos tomar sus faltas por preceptos. Juvenal nos mostró con su exemplo que puede recibir todos los adornos que son propios para dar mayor realce, gracia y deleyte á la severa censura, y hacer que resalten mas los retratos ridículos. A su imitacion casi todos nuestros buenos satíricos, y en especial los Argensolas, han adoptado un estilo elegante, sentencioso, y adornado con todas las galas poéticas de que es capaz este género de poesía. En nuestros dias hemos visto con

el mayor placer autorizadas todas estas ideas sobre la sátira por la Real Academia Española en el premio de las dos sátiras dirigidas contra los vicios introducidos en nuestra poesía. Estas dos excelentes piezas, al mismo tiempo que prueban el exquisito gusto, erudicion y talento de sus autores, muestran quanto estudio han hecho del lenguage y estilo de nuestros buenos satíricos, pues ni aun en esto ceden á lo mejor que hay escrito en nuestra lengua; siendo así que en esto ninguna nacion nos puede disputar con razon la preferencia. Igual gusto y adorno nos podemos prometer en las composiciones líricas de los que tomen por modelo de ellas á nuestros Argensolas, y á algunos otros, cuyo estudio pretendemos promover con estas breves observaciones y justos elogios. De estos se han dado tantos y tan honoríficos al mérito de los dos hermanos, que seria cosa muy prolixa el referirlos: baste decir que quantos hombres de gusto han leido sus poesías, todos convienen en que ningun otro Poeta los ha excedi-

do, y muy pocos los han igualado.

Pero me parece no debo omitir aquí el juicio que de ellos se hace en las Efemérides de Roma, porque no puede ser notado de afecto nacional, y es al mismo tiempo muy honorífico á nuestra lengua y poesía. Hablando de unas poesías castellanas modernas, dicen así *: „Se advierte en ellas que su autor se „ha propuesto por modelo á Horacio, cu„yo estilo conciso, sencillo y juntamen„te magestuoso en ninguna otra de las „lenguas vivas se puede imitar con tan„ta felicidad como en la española. En „efecto, nuestro Parnaso, que es el mas „abundante de la Europa, y el mas rico „de bellas producciones, no puede pre„sentar tres autores comparables en este „género de poesía á Fr. Luis de Leon „y los dos hermanos Argensolas, que „floreciéron en España en el siglo XVI." Ya vemos aquí como estos juiciosos é imparciales críticos nos conceden la preferencia en la lírica horaciana: es de es-

* Núm. XXI á 22 de Mayo de 1779.

perar de su exquisito gusto é imparcialidad, que nos la concederán tambien sin violencia en la pindárica, quando vean las poesías del divino Herrera, que seguirán á estas prontamente.

VIDA

DE LUPERCIO LEONARDO

Y ARGENSOLA.

Las noticias pertenecientes á las vidas de los dos hermanos Argensolas se hallan recogidas con tanta diligencia en la obra intitulada *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles*, que no parece se puede añadir á lo que su erudito autor ha investigado. Con gusto las copiaria puntualmente, si no temiese ser molesto, y abultar el volúmen inútilmente. Creo que ningun erudito, amante de nuestra historia literaria, carecerá de esta obra, en la qual, ademas de otras muchas noticias importantes, se pueden ver á la larga las especies que en este compendio de sus vidas vamos á insinuar, siguiendo el mismo órden que en dicha obra tienen.

Lupercio Leonardo y Argensola nació de ilustre linage en Barbastro por los

años de 1563. Estudió filosofía y leyes en la Universidad de Huesca, donde empezó ya á descubrir su gran talento para la poesía. Viniendo de Alemania á España la Emperatriz Doña María de Austria, viuda del Emperador Maxîmiliano II, de quien fue Secretario Juan Leonardo, padre de nuestro Lupercio, salió este á recibirle; y desde Lérida escribió á Don Juan de Albion, caballero de Zaragoza, aquella epístola que empieza:

Aquí donde en Afranio y en Petreyo;

en la qual, á pesar de algun desarreglo, efecto de la precipitacion con que la escribió, y desasosiego del camino, causa maravilla la solidez de pensamientos, gravedad de estilo, y severidad en la censura moral: propiedades muy poco comunes en la juventud. Despues pasó á Zaragoza, donde se aplicó al estudio de la eloqüencia, historia romana y lengua griega baxo la direccion del erudito Andres Scoto. Habiéndole tomado por su Secretario el Duque de Villahermosa, pasó con este motivo á Ma-

drid, donde fue individuo de una Academia de Poetas con el nombre de *Bárbaro*; y preguntándole por dos veces la Academia la causa de haber tomado este nombre, respondió en aquellos satíricos y elegantes tercetos que empiezan:

Obediente respondo á la pregunta; donde insinúa le habia impuesto este nombre Doña Mariana Bárbara de Albion, con quien casó por los años de 1587. Por este mismo tiempo compuso tres tragedias: la *Filis*, la *Isabela* y la *Alexandra*, de las quales solo hemos visto las dos últimas; y aunque es justa la censura que hace de ellas el Colector del Parnaso, sin embargo, por lo que hace al estilo pueden servir de modelo. Porque aunque sea reprehensible el usar de una rima difícil, que arguye sumo estudio, inverisímil en el drama, y tambien el variar de metros; pero á lo sublime y patético de la sentencia debe acompañar la grandeza de la diccion poética, como se ve en Sófocles, Eurípides y nuestro Séneca; á los quales imitó en el estilo Lupercio, ya que no en el plan, caracte-

res, interes, y otras muchas circunstancias que se echan ménos en sus tragedias.

En el mes de Abril de 1589 se celebráron en Alcalá de Henares las fiestas de la canonizacion de San Diego; y habiendo propuesto asuntos y premios la Universidad para el certámen poético, compuso Lupercio aquella gran cancion que empieza:

En estas sacras ceremonias pias;

en la que elevándose por grados, llega hasta el mas alto punto de sublimidad de que es capaz la lira.

En los disturbios causados por la prision y huida del Secretario Antonio Perez, trabajó mucho Lupercio en Zaragoza y en Madrid para defender á los principales del Reyno de Aragon. Cerca de estos tiempos parece que escribió una carta, cuyo fragmento se halla en el Ensayo arriba citado, en la qual insinúa algunas circunstancias menudas pertenecientes á sus dos hermanos. La Emperatriz Doña María de Austria, que vivia retirada en las Descalzas Reales de

Madrid, le hizo poco despues su Secretario; y el Archiduque Alberto le honró tambien haciéndole Gentilhombre de su cámara. Residia nuestro Lupercio en la corte; y estando ocupado en sus tareas propias de tan gran literato, fue nombrado por el Rey para la plaza de Cronista mayor de la Corona de Aragon, que se habia creado nuevamente; y despues los Diputados le nombráron por Cronista del mismo Reyno de Aragon. Tuvo una contienda literaria con el Padre Mariana sobre la patria del Poeta Prudencio: y las cartas de este y de los dos hermanos, llenas de erudicion y crítica, pueden servir de exemplo de semejantes disputas, en que se lleva por objeto el averiguar alguna verdad. Tuviéron tambien los dos hermanos correspondencia con Justo Lipsio: en sus cartas se conoce su buen gusto en la latinidad, pues no ceden á las de este célebre literato en pureza y elegancia.

El año de 1610 fue nombrado por Virey de Nápoles el Conde de Lemos D. Pedro Fernandez de Castro, muy afi-

cionado á la poesía, y gran protector de los buenos ingenios; por lo qual, queriendo llevar en su compañía á los dos hermanos, dió á Lupercio la Secretaría de Estado y Guerra de aquel Vireynato; y en compañía de su hermano, muger, hijo y algunos buenos Poetas, que iban por oficiales de la Secretaría, pasáron á Nápoles. En este empleo, á pesar de sus muchas ocupaciones, no se entibió en el amor de las musas; y para promoverlo, movió al Conde de Lemos á que estableciese una Academia poética en Nápoles, llamada de los *Ociosos*, de la qual fue individuo. Encargósele por la Academia que probase qual de los Poetas antiguos habia reunido en sí mas perfectamente el mérito y gracias de todos los demas; y probó que era Virgilio, de quien fue muy apasionado. Por estos tiempos debió de quemar sus versos; pérdida dolorosa, que con razon lamenta Bartolomé en la carta á D. Fernando de Avila y Sotomayor. De donde se infiere que las poesías que se nos conservan son una pequeña parte, y quizá no las mejores

que compuso, recogidas casualmente de algunas copias que tendrian sus amigos. En medio de sus muchas ocupaciones proseguia sus tareas literarias en cumplimiento de su empleo de Cronista; pero una temprana muerte nos privó de este gran Poeta el año de 1613, con sentimiento general de la nacion y de todos los literatos. La Academia de los Ociosos le hizo magníficas exêquias, celebrando su mérito con una oracion latina, y varias poesías italianas y latinas: sobre la puerta principal del salon, que fue el teatro de esta funcion, se puso la inscripcion siguiente:

LUPERCIO LEONARDO ARGENSOLAE:
JOANNIS MAXIMILIANO CAESARI A SECRETIS
FILIO:
APUD MARIAM AUGUSTAM, ALBERTUM,
ERNESTUMQUE FILIOS
IN EODEM MUNERE
PATERNAE FIDEI AEMULATORI:
PETRI FERDINANDI DE CASTRO
IN NEAPOLITANO REGNO PROREGIS
SCRINIORUM PRAEFECTO:
MIRA IN ARDUIS MAXIMISQUE NEGOTIIS
OBEUNDIS DEXTERITATE:
ANIMI CANDORE, INGENII FELICITATE,
UNIVERSO SCIENTIARUM GENERE
PRAECLARISSIMO,
ACADEMIA OTIOSORUM, TANTO ORBATA FILIO,
MONUMENTUM DOLORIS.
P.

RIMAS
DE LUPERCIO ARGENSOLA.
CANCION.

En tanto que gozaban mis sentidos
Los bienes que da amor de mas contento,
Con los quales me aflige la memoria,
No daban dellos parte al pensamiento,
Con vana confianza persuadidos
De que era perdurable aquella gloria:
Como de cosa ociosa y accesoria
Trataban de su vuelo y excelencia,
Aunque él los hizo ricos por sus manos,
(Ingratitud muy propia de villanos,
Que se castiga ya con triste ausencia:)
Ellos agora de su bien privados
De léjos ven los campos deleytosos,
Por donde sin embargo se pasea,
Y aunque él allí revive y se recrea
Con los que eran ingratos, ya invidiosos,
Reparte solamente los cuidados;
Los pasos á los átamos negados
Con gran facilidad allana y pasa,
Trayendo siempre duelos á su casa.

Y así los tristes ojos, que solian
Solamente á contentos aplicarse,
Llamándose la causa del bien mio;
Y todo lo que puede desearse
En los ojos, que ya no ven, veían,
Y les daban la ley á su albedrío;

Agora cada qual un turbio rio,
Que del corazon triste se deriva,
Despide casi en sangre convertido;
Y ver paredes ó árboles, que han sido
Testigos de su bien, y mirar viva
La memoria, difunta la esperanza,
Heredando sus alas al deseo,
Y la dificultad en competencia
Crecer con él en esta triste ausencia;
Y aun de las desventuras que poseo,
Producir mil sospechas de mudanza,
Hacen de la pasada buena andanza
Un infierno de males infinito,
Do el uno es Flegetonte, otro Cocito.
  Y en vez de aquellos fuertes juramentos,
Con lágrimas ardientes y gemidos,
Y con dulces renombres reiterados,
Que oyéron tantas veces mis oidos,
Que á los dioses subiéron por los vientos,
Y fuéron quizá dellos invidiados,
Nuevas tristes, sucesos no pensados,
Consuelos que acrecientan mas mi pena,
Me dan continuo asalto peligroso:
Y no le es al cobarde tan odioso,
Ni el sueño le interrompe de tal suerte
El son, si la trompeta ó caxa suena,
Que á la forzosa guerra le convida,
El corazon altera, el rostro muda
En triste amarillez, helado suda,
Viendo el cierto peligro de su vida,

A que lo condenó su adversa suerte:
Ni el nuncio triste de precisa muerte
A nadie en la prision alteró tanto,
Ni á tierna madre funerario canto.
  No huelo ni oleré las bellas flores
Que á Venus le pudieran ser adorno,
Y de Sabá quitaban la memoria,
Con que ceñida vi mi frente en torno,
Mezclando mi Amarilis sus colores
Con el árbol que es premio de victoria;
Esto me daba á mí mas alta gloria
Que á Venus en su Pafo los altares,
Que olores costosísimos humean:
Ya ni las bellas flores me recrean,
Ni las acierto á ver en los lugares,
Donde tú, mi Amarilis, las cogias;
Antes hallo mil yerbas venenosas,
Que nacen en los tristes cimenterios,
Y que para infernales sahumerios
Son de las infernales religiosas
Buscadas en las noches mas sombrías:
(Que á mí me fuéron otro tiempo dias)
Prodigio triste de mi fin violento,
Ver tan rara mudanza en un momento.
  En tiempo me vi yo, que no trocara
Las cosas, con que al gusto mantenia,
Por las que ven los dioses en sus mesas;
Antes su inmortal néctar y ambrosía
(Si se me prometiera) despreciara,
Sin admitir sus dones y promesas:

Con cosas de mas gusto que son esas,
No por manos de un rubio Ganimedes,
Para servir por fuerza allá subido,
Sino por ti, Amarilis, fui servido:
(Tú dabas este nombre á las mercedes,
Sin preceder por mí merecimientos:)
Ya como con el mismo sobresalto
Que aquel que vió en la espléndida comida
Encima su cabeza la homicida
Espada, que suspensa estaba en alto,
Con muerte amenazando por momentos;
Y si los labios secos y sedientos
Para decir endechas humedezco,
Mis lágrimas amargas les ofrezco.
  Con otras vi yo asidas estas manos,
Que pudieran mejor ser invidiadas,
Segun amor les daba su tesoro,
Que quantas son y fuéron aplicadas
De tantos Reyes justos y tiranos
A cetros y pesados pomos de oro;
Pero despues que su memoria lloro,
Tienen por mas dichosas justamente
A las que al duro remo van asidas,
O á las que en fuertes hierros oprimidas
Su oficio exercitar no se consiente,
Y ver servir en su lugar la agena,
O á las que sin temer el lazo y ñudo,
Sirviéron de cordel al propio dueño,
Y lo entregáron al perpetuo sueño:
Bien se aplicaran al oficio crudo,

Segun estan rabiosas con mi pena;
Pero Amarilis lo contrario ordena
Con expreso cuidado y mandamiento,
Dándome con la vida mas tormento.
En la cumbre de un monte soberano
Tan alto, que aun apénas se concede
Llegar allá las aves con su vuelo,
Un palacio hallarás vecino al cielo,
(Tanto su altura á las demas excede)
Que no bien se discierne desde el llano;
Pero si amor, Cancion, te da la mano
Para que puedas ver la que contemplo,
Y estas dificultades todas vences,
No te diviertas tanto con tu gloria,
Que de mis males pierdas la memoria:
Ni de contar miserias te avergüences,
Pues por ella soy dellas vivo exemplo:
Dile tambien, pues sabes qual me dexas,
Que no me dé ocasion de formar quejas.

II.

Alivia sus fatigas
El labrador cansado,
Quando su yerta barba escarcha cubre,
Pensando en las espigas
Del Agosto abrasado,
Y en los lagares ricos del Octubre:
La hoz se le descubre
Quando el arado apaña,
Y con dulces memorias le acompaña.
Carga de hierro duro

Sus miembros, y se obliga
El jóven al trabajo de la guerra:
Huye el ocio seguro;
Trueca por la enemiga
Su dulce, natural y amiga tierra;
Mas quando se destierra,
O al asalto acomete,
Mil triunfos y mil glorias se promete.
  La vida al mar confia,
Y á dos tablas delgadas
El otro, que del oro está sediento;
Escóndesele el dia,
Y las olas hinchadas
Suben á combatir el firmamento:
El quita el pensamiento
De la muerte vecina,
Y en el oro le pone y en la mina.
  Dexa el lecho caliente
Con la esposa dormida
El cazador solícito y robusto:
Sufre el cierzo inclemente,
La nieve endurecida;
Y tiene de su afan por premio justo
Interrumpir el gusto
Y la paz de las fieras,
En vano cautas, fuertes y ligeras.
  Premio y cierto fin tiene
Qualquier trabajo humano,
Y el uno llama al otro sin mudanza:
El invierno entretiene

La opinion del verano,
Y un tiempo sirve al otro de templanza.
El bien de la esperanza
Solo quedó en el suelo,
Quando todos huyéron para el cielo.
Si la esperanza quitas,
¿Qué le dexas al mundo?
Su máquina disuelves y destruyes:
Todo lo precipitas
En olvido profundo,
Y del fin natural, Flerida, huyes:
Si la cerviz rehuyes
De los brazos amados,
¿Qué premio piensas dar á los cuidados?
Amor en diferentes
Géneros dividido
El publica su fin, y quien le admite,
Todos los accidentes
De un amante atrevido
(Niéguelo ó disimúlelo) permite:
Limite, pues, limite
La avara resistencia,
Que dada la ocasion, todo es licencia.

III.

Bramando el mar hinchado
Con las nubes procura
Mezclar sus olas, y apagar la lumbre
Del cóncavo estrellado,
Y de la horrible hondura
Trasladar sus arenas á la cumbre;

Pero con la costumbre
De estos trabajos graves,
El hijo de Laertes
Rompe con brazos fuertes
Lo que apénas pudieran altas naves
Con las proas ferradas,
Por otro Palinuro gobernadas.
Mas Ino, inmortal diosa,
Viendo al prudente griego
En tan grande peligro de la vida,
Benigna y amorosa
Buscó remedio luego
Para facilitalle la salida;
Y de piedad movida
Le dió el divino velo,
Con que cubrir solia
El cabello, que hacia
Escurecer al dios nacido en Delo;
Y en virtud de esta toca
El mar se allana, y él la tierra toca.
Con tormenta mas fiera,
Con olas mas hinchadas
Luchaba mi amoroso pensamiento
Léjos de la ribera,
Do tiene amor plantadas
Las verdes arboledas del contento:
Faltábame el aliento,
Las fuerzas fallecian,
Y á vueltas la esperanza;
Señales de bonanza

(Ni aun solo imaginadas) acudian,
Y así quanto miraba
A muerte inevitable me llamaba.
Pero Dorida luego,
Dorida mas hermosa
Que Ino ninfa, y mucho mas que aquella
Madre del niño ciego,
En mis males piadosa
Quiso de mi tormenta ser estrella:
Yo regíme por ella,
Regíme, y aun mas hice,
Que tomé su tocado,
En que andaba encerrado
El oro, que es aquel de Berenice:
Sin luz delante deste,
Aunque la suya el mismo sol le preste.
Navegue quien quisiere
En las naves pintadas
Hechas de los maderos del sacro Ida,
Rompiendo (si pudiere)
Con las proas ferradas
El agua de mil remos sacudida:
Y cuelgue á la salida
En el templo sagrado
La tabla ó el madero,
Que en el naufragio fiero
(Junto con su oracion) le han ayudado
A resistir la guerra
Del mar, y aun á besar la amada tierra.
Pero yo los despojos

Desta preciosa toca
En el templo pondré de mi memoria:
Pondré en ella los ojos,
Pondré en ella la boca,
Y allí repetiré su dulce historia.
Busquen otros la gloria
Entre la polvorosa
Nube del fiero Marte:
Otros en otra parte,
Si no de tanto honor, mas provechosa,
Que yo (elevado en esto)
Jamas en otra cosa estaré puesto.
La tela artificiosa
De Aracne temeraria,
Ni la que declaró la competencia
Della y la casta diosa,
Por quien dió á su contraria
Por castigo tan áspera sentencia,
No tienen la excelencia
Estas ni otra ninguna,
Que mi preciosa tela:
Esta será la vela,
Que lleve por insignia la fortuna:
A ella yo á lo ménos
Atribuiré de hoy mas mis casos buenos.
Felicemente vayas,
Cancion, de boca en boca,
Dando de mi contento á todos parte:
Si acaso te desmayas,
Asiráste á la toca,

Que bastante será para animarte,
Pues ella me dió aliento
Para tu venturoso nacimiento.

DECIMAS.

Bien pensará quien me oyere,
Viendo que he llorado tanto,
Que me alegro agora y canto
Como el cisne quando muere.
Créalo quien mal me quiere:
Mas sepa quien se lastima
De que el duro amor me oprima,
Que con este mismo son
Puede romper la prisiòn,
Y disimular la lima.

Que como las esperanzas
Me dexáron la salida,
Aunque hermosura lo impida,
Rompí por sus asechanzas:
Las plantas hacen mudanzas,
Segun las influye el cielo:
No dan flor en medio el hielo,
Y la que la da, se pierde;
Y á la region que está verde,
Hacen las aves su vuelo.

En dulce correspondencia
Crece el amor cada dia;
Mas en la descortesía
Mengua toda su potencia.
Ya se acabó mi paciencia:

Ya el tiempo me desengaña,
Y la razon me acompaña:
Que no siempre un hombre debe
Contemplar un corcho leve,
Como pescador de caña.
 Negarme lo que no es mio,
Señora, no es caso injusto,
Que no tiene ley el gusto,
Ni es cautivo el albedrío;
Mas teniendo el pecho frio,
Dar á entender que se arde,
Para que llegando tarde,
Trayga el desengaño furia;
Venganza pide esta injuria
En el pecho mas cobarde.
 Mas yo no sigo este intento,
Por no turbar mi sosiego,
Que aun las cenizas del fuego
Se las ha llevado el viento.
Alguno dirá que miento,
Porque de los grandes males
Siempre quedan las señales:
Pues sepa el tal, que un despecho
Pudo convertir un pecho
Que fue cera en pedernales.
 Ya de la memoria borro
Todas las obligaciones;
Porque vuestras sinrazones
Me han dado carta de horro:
Y tal estoy, que me corro

De que tengais prendas mias:
Mas (por no mover porfias)
En vuestras manos las dexo,
Qual la culebra el pellejo
Para renovar sus dias.

REDONDILLAS.

Señora, despues que os vi,
Paso la vida en quereros,
Y lloro en ver quan ligeros
Pasan los años por mí:
Que aunque aborrecer se debe
Vida tan triste y amarga,
Si para sufrir es larga,
Para merecer es breve.
Ya no sabe amor con que
Apurar mi sufrimiento,
Que es leve qualquier tormento,
Si carga sobre mi fe.
Y aunque de penar así
El alma saca ganancia,
Nunca es menor la distancia,
Que hay desde vos hasta mí.
Desde el principio resisto
A mi mal sin esperanza,
Que ni aun en esto mudanza
De vos ni de mí se ha visto.
Todo va por un nivel,
Mi firmeza y vuestro gusto;

Y es en mi daño tan justo,
Que mata sin ser cruel.
Que no causais vos mis males,
Señora, pues el quereros,
Y el no poder mereceros,
Son efectos naturales.
Puede tanto la constancia,
Que sin accidentes peno,
Como de usarse el veneno
Suele volverse en substancia.
¿De quién me debo quejar?
¿O qué remedio se sigue,
Pues no hay quejas con que obligue
A poderme remediar?
Una sola recompensa
Merezco, Señora, y pido,
Que pues no he de ser querido,
El quereros no os sea ofensa.
Porque si de pretender
Favores vuestros me abstengo,
Decidme, ¿qué culpa tengo
En saberos conocer?

OTRAS.

Pasan mil casos por mí
Sin divertir mi deseo,
Que no atiendo á lo que veo,
Sino solo á lo que vi.
Ménos que el remo en el mar,

Ménos que en el ayre el ala,
En mí se imprime ó señala
Nuevo placer ó pesar.
  Haga el miedo ó la esperanza
En mí qualquiera experiencia,
Que en tan clara diferencia
Imposible es la mudanza:
  Que como mi gloria fundo
En lo mas vecino al cielo,
Quanto me promete el suelo
Es inferior y segundo.
  Vivo en inmortal sugeto,
Y no en humanos despojos,
Aunque tampoco á los ojos
La envidia enmendó el objeto.
  Mas en la parte suprema
Todo es tranquilo en extremo,
Donde ni accidentes temo,
Ni los hay, aunque los tema.
  Es igualdad sin igual
Todo quanto el alma ve,
Y halla solo con la fe
No estar en su original.
  Y no fuera fácil duda,
Pues en el bien que poseo
Está colmado el deseo,
Y nuevas formas no muda.
  Otras fuentes y otros rios
A nuestros ojos se ofrecen,
Que ni en los inviernos crecen,

Ni menguan en los estíos
 Y otros árboles amenos,
Que siempre en tiempo oportuno
Dan fruta para el ayuno,
Y flores para los senos.
 Estos campos eliseos,
De tan pocos freqüentados,
Producen anticipados
Los gustos á los deseos.
 ¡O codicia! ¡quanta risa
Causa aquí ver lo que mandas!
Aunque como léjos andas,
Poco dello se divisa.
 Lo que aquí se determina,
Con hombres no se consulta,
Ni lo que dello resulta
En sus lenguas se exâmina.
 Ni cosa alguna defiende
La vana opinion al gusto;
Porque en sabiendo que es justo,
A lo demas no se atiende.
 Anda la verdad desnuda
Discurriendo á su albedrío,
Que ni tiembla en el que es frio,
Ni en el que es caliente suda;
 Porque con igual firmeza
No gobiernan sino dos,
O con su propia voz Dios,
O (por él) naturaleza.

SONETOS.

Tiempo fue, quando yo, como en Egito,
Un cabron adoraba, ó un becerro,
Un lobo, un cocodrilo, un medio perro,
O algun parto mas fiero y exquisito.
Por huir el lugar, despues maldito,
Escogí voluntario mi destierro,
Consumiendo con llamas ó con hierro
Qualquier memoria del infame rito.
Y de la luz divina que contemplo,
(De quien un vil temor privarme pudo,
Haciéndome cobarde siervo oculto);
De tal manera ya visito el templo,
Que ofreceré mi pecho al hierro agudo
Por defender sus aras y su culto.

II.

No temo los peligros del mar fiero,
Ni de un Scita la odiosa servidumbre;
Pues alivia los hierros la costumbre,
Y al remo grave puede hacer ligero:
Ni oponer este pecho por terrero
De flechas á la inmensa muchedumbre:
Ni envuelta en humo la dudosa lumbre
Ver, y esperar el plomo venidero.
Mal que tiene la muerte por extremo,
No le debe temer un desdichado,
Mas ántes escogerle por partido.
La sombra sola del olvido temo,
Porque es como no ser un olvidado;
Y no hay mal que se iguale al no haber sido.

III.

Dentro quiero vivir de mi fortuna,
Y huir los grandes nombres que derrama
Con estatuas y títulos la fama
Por el cóncavo cerco de la luna.
Si con ellos no tengo cosa alguna
Comun de las que el vulgo sigue y ama,
Bástame ver comun la postrer cama,
Como lo fue tambien la primer cuna.
Y entre estos dos umbrales de la vida,
Distantes un espacio tan estrecho,
Que en la entrada comienza la salida:
¿Qué mas aplauso quiero ó mas provecho,
Que ver mi fe de mi Filis admitida,
Y estar yo de la suya satisfecho?

IV.

En vano se me oponen las montañas
Con nuevos riscos de cuajada nieve,
Y en vano el aquilon sus alas mueve
Derribando cortijos y cabañas.
Que el fuego que yo traygo en mis entrañas,
Bastará á derretirla en tiempo breve;
Y si á luchar con él mi fe se atreve,
No será la mayor de sus hazañas.
Y si un hombre triunfó de su violencia,
Pasando por los Alpes las banderas,
Que lleváron á Italia muerte y luto:
No hallarán las que sigo resistencia,
Que son de un Dios que abarca las esferas,
Terrible, vengativo y absoluto.

V.

Imágen espantosa de la muerte,
Sueño cruel, no turbes mas mi pecho,
Mostrándome cortado el nudo estrecho,
Consuelo solo de mi adversa suerte.
Busca de algun tirano el muro fuerte,
De jaspe las paredes, de oro el techo:
O el rico avaro en el angosto lecho
Haz que temblando con sudor despierte.
El uno vea el popular tumulto
Romper con furia las herradas puertas,
O al sobornado siervo el hierro oculto.
El otro sus riquezas descubiertas
Con llave falsa, ó con violento insulto;
Y déxale al amor sus glorias ciertas.

VI.

Aquel rayo de Marte acelerado,
Que domó tantas gentes extrangeras,
Y volvió contra Roma las banderas,
Que Roma contra Francia le habia dado:
En el corriente Rubicon parado,
Revolviendo las cosas venideras,
Detuvo el curso de sus huestes fieras,
Del mismo caso que emprendió forzado.
Determinado al fin de ir adelante,
Vamos, dixo, que echada está la suerte:
Quantas dudas se ofrezcan atropello.
Y resuelto una vez como constante,
No quiso ménos que victoria ó muerte:
Así dudé, y así pienso yo hacello.

VII.

Muros, ya muros no, sino trasunto
De nuestras breves glorias y blasones;
Pues tiene puesto el mundo en opiniones
Si sois ó no reliquias de Sagunto.
Donde estuvo la fe tan en su punto,
Que exemplo sois á todas las naciones,
Resistiendo á los ruegos, á los dones,
Y al poder de Cartago todo junto.
De hoy mas juntos los vuestros y mis males
Se cuenten, pues la fe perpetua y pura,
Y el tiempo los han hecho tan iguales.
Y pues os ha dexado la ventura
Memoria y sepultura de leales,
Dadme tambien memoria y sepultura.

VIII.

Quien voluntariamente se destierra,
Y dexa por el oro el patrio techo;
Y aquel que apénas queda satisfecho
Con quanto trigo en Africa se encierra:
El que para ocupar la mar y tierra
Le parece que tiene capaz pecho,
Y enmudece las leyes y el derecho
Con el estruendo y máquinas de guerra,
No tiene cierto fin su voto vano:
Que como en ambicion su gusto funda,
Siempre está cosas nuevas deseando.
Dichoso quien camina por lo llano,
Sin pedir á la suerte otra segunda,
Ni bien mayor que obedecer amando.

IX.

Temeraria esperanza, ¿por qué engañas
Mi alma con tu loco devaneo?
¿Temió dentro en mi pecho mi deseo,
Y no temes tú empresas tan extrañas?
Estásle relatando tus hazañas,
Sin olvidar un mínimo trofeo,
Y quieres sepultar en el Leteo
Las cosas infinitas con que dañas.
Detente, pensamiento temerario,
Porque aunque puede ser lo que imaginas,
Tambien (y es lo mas cierto) lo contrario:
Mira que las mudanzas repentinas
En el cielo y la tierra, de ordinario
Paráron en miserias y ruinas.

X.

Temí, Señora, con razon mi daño,
Quando amor con razon me persuadia;
Porque bien sospechaba que encubria
Con falso rostro algun efecto extraño.
A tiempo el alma descubrió su engaño,
Mas no se resistió de parte mia:
Ni el áspero desden con mano fria
Despertó, como suele, al desengaño.
Entónces bien pudiera por ventura,
Agora no, que ocupa el otro extremo
Rendida la razon que estaba en medio.
Ya perdí la esperanza de la cura:
Ya los consejos son los que mas temo:
Ya ni el mal es sufrible ni el remedio.

XI.

Conoce apénas al amor por fama
Cloris, y ya en su pecho le parece
Que se abrasa, que sirve y obedece,
No mas de porque á Tirsi no desama.
No sabe que de amor la viva llama
Jamas en un estado permanece:
Que ella misma se apaga, si no crece;
Los medios huye, los extremos ama.
Si Cloris sujetarse al amor quiere,
Sujétese al amor sin condiciones,
Déxese gobernar á su albedrío:
O llámese tirana, y persevere
En hacer de tormentos invenciones;
No injustamente usurpe el nombre pio.

XII.

Antes que Ceres conmutase el fruto
De las encinas sacras en espigas,
Y á costa de sudores y fatigas
La tierra diese al labrador tributo:
Que á las madres causase espanto y luto
La furia de las armas enemigas,
Que la selva cargase al mar de vigas,
Para habitarse mas que el suelo enxuto:
No los cuerpos entónces dividia
(Si las almas amor dexaba unidas)
Severa ley, costumbre ó temor vano.
Esta edad imitemos, Cloris mia,
Si á su manjar sabroso me convidas,
Y está el hacer que vuelva en nuesrra mano.

XIII.

Las tristes de Faeton bellas hermanas,
Sentadas á la orilla del gran rio,
Lloraban de su hermano el desvarío,
Al convertirse en árboles cercanas.
Deçia cada qual con fuerzas vanas:
Regir quisiste, ó loco hermano mio,
El carro, que el invierno y el estío
Reparte con sus ruedas soberanas.
Fue digna de tal pena tu osadía;
Y porque sea comun el escarmiento,
Sin culpa te imitamos en la suerte.
Con este exemplo en vano pretendia
Yo, triste, refrenar mi atrevimiento,
Que busca en vida gloria, ó fama en muerte.

XIV.

Yo soy el que me tuve por tan fuerte,
Que siempre del amor traté con risa:
¡Ay triste! ¡cómo el tiempo nos avisa,
Que no hay seguridad hasta la muerte!
Agora con mudanza de mi suerte
En mis mexillas traygo su divisa;
Pero si tú le das tus armas, Nisa,
¿A quién ha de tirar que no le acierte?
De ver estas mudanzas, admirado
Yo mismo me pregunto, ¿de qué modo
Tan presto la cerviz al yugo puse?
Mas luego me respondo consolado:
Amor en ocasion lo puede todo:
Agenas culpas hay con que me excuse.

XV.

Yo quise contra el tiempo formar guerra,
Haciendo (mal su grado) larga historia
De aquellos cuya célebre memoria
En sordo olvido sin honor encierra:
Y como el pensamiento humano yerra,
Esto me aseguraba la victoria;
Y yo con presuncion y vanagloria
Volaba ya muy léjos de la tierra.
Pero envidiando amor la gloria agena,
Prendióme, y con eterna servidumbre
Mi pluma ha dedicado á su alabanza.
Limar pudiera el tiempo mi cadena;
Pero no quiere usar de su costumbre
Conmigo, por tomar tambien venganza.

XVI.

¡O tú, que á los peligros é inconstancia
Del mar te obligas, y en el viento esperas
Ver del Indio tostado las riberas,
Y envuelta en sus arenas tu ganancia!
Sin huir de tu patria tal distancia,
Coger perlas finísimas pudieras,
Si á Filis los divinos ojos vieras
Tristes, vertiendo dellas abundancia.
Pero no quiso amor que avara mano
Las viese, ni dexó llegar alguna
A parte donde ser robada pueda:
Que en su tesoro los encierra ufano
De ver, que aunque hoy mas triunfe la fortuna,
Esto, que es mucho, por ganar le queda.

XVII.

Sin duda que esta red de hierro dura
Es la que á Marte y Venus fue molesta,
Quando en su lecho con engaño puesta
Sirvió de ignominiosa ligadura.
Allí en su gloria derramó amargura,
Haciéndola á los dioses manifiesta;
Y aquí en la mia con crueldad opuesta
En vano hace pasar la noche obscura:
Allá en obscuras cárceles contiende,
¡O máquina cruel! con hombres fieros,
Cuyos pechos te son tan semejantes.
O enciéndete en el fuego que me enciende,
Y mudarán tu forma los deseos,
Que amor inspira en estos dos amantes.

XVIII.

Si de correr opuesto al claro oriente,
Ebro, te precias con tus ondas frias,
Hazlas seguir á las querellas mias,
Que atrás queda mi sol resplandeciente.
Con lágrimas aumento tu corriente,
Y de quien es la causa, las desvias:
Cruel, ¿por qué tributo al mar envias,
De lo que doy á Filis inclemente?
Pero con esto enseñas ser lo mismo
Llegar al sordo mar que á su presencia,
Y que no produxeran otro fruto;
Pues no se echa de ver en el abismo
De su crueldad mi llanto y mi paciencia,
Como en ese tampoco tu tributo.

XIX.

Jamas salidos en el mar de oriente
De blancas conchas los preciosos granos,
(Por mas que adornen sienes de tiranos,
O de alguna cruel la hermosa frente),
Tuvieron el lugar que amor consiente,
Que hoy mis lágrimas tengan por sus manos:
Es tal, que de los dioses soberanos
Fue visto, y envidiado dignamente.
La misma Venus las recoge, é hizo
Entre ardientes rubis divino adorno,
El qual texió con sus cabellos largos.
Vióse, y tanto de sí se satisfizo,
Que á vencer se atreviera sin soborno,
Aunque juzgaran Menelao y Argos.

XX.

No fuéron tus divinos ojos, Ana,
Los que al yugo amoroso me han rendido,
Ni los rosados labios, dulce nido
Del ciego niño, donde néctar mana.
Ni las mexillas de color de grana,
Ni el cabello, que al oro es preferido,
Ni las manos, que á tantos han vencido,
Ni la voz, que está en duda si es humana.
Tu alma, que en tus obras se trasluce,
Es la que sujetar pudo la mia,
Porque fuese inmortal su cautiverio.
Así todo lo dicho se reduce
A solo su poder, porque tenia
Por ella cada qual su ministerio.

XXI.

Amor, tú que las almas ves desnudas,
Cuéntanos el desden y la osadía,
Con que la hermosa Filis resistia
A tus doradas flechas mas agudas:
Y dinos las razones y las dudas,
Con que despues de herida se encubria,
Si soberbia ó vergüenza detenia
Lo que mostraban apariencias mudas.
Lo que nosotros vimos acá fuera
Fue colorearse el rostro como rosa,
Y huir de nuestros ojos sus dos soles.
Qual suele Febo al fin de su carrera,
Robando su color á cada cosa
Las nubes adornar con arreboles.

XXII.

En el claro cristal, que agora tienes
Para fiel consejero de las manos
Crueles, pues (guardando ritos vanos)
Cubren con nube tus doradas sienes:
Prueba á mirar, ó Filis, los desdenes,
Que salen de tus ojos soberanos,
Y tendrás compasion de los humanos,
Si á contemplar tu saña te detienes.
Mas no será posible que te veas
Con ojos desdeñosos, ni que pueda
De compasion tu rostro causa darte.
Estése la piedad en sus ideas,
Que no es posible que de tí proceda,
Ni que el desden habite en otra parte.

XXIII.

Ausente está de mí la mayor parte,
Y la mas principal del alma mia,
Y ausente mas virtud al cuerpo envia,
Que le da la que de él jamas se parte.
En dos objetos vivo de tal arte,
(Terrible division) que noche y dia,
Allá los sentimientos de alegría,
Y acá los de tristeza amor reparte.
Amor, aunque tus lauros y tus palmas
En la parte inmortal mas nobles sean,
Tambien tendrán en la mortal nobleza.
Haz union de los cuerpos y las almas,
Y no siempre por fe los hombres vean
El poder de tu diestra y mi firmeza.

XXIV.

Esta cueva que veis toda vestida
De yedra, que una vid cubre su puerta,
De levantados álamos cubierta,
Con que la entrada al sol es defendida;
Sepultura fue un tiempo aborrecida,
Adonde estuvo mi esperanza muerta,
Y agora es templo de mi gloria cierta,
Y firme amparo de mi dulce vida.
Esté soberbia Paro con su mármol,
Que mientras yo vea tal aquesta piedra,
No estimaré la del Hidaspes tanto.
Esto entallaba Dafnis en un árbol,
Y Amarilis de flores y de yedra
Una guirnalda le texia entre tanto.

XXV.

Viento cruel, cruel y avaro velo,
Entrambos en mi daño diligentes,
Que cubristes mi sol, por quien las gentes
Ya casi olvidan al nacido en Delo;
En mi justa venganza ruego al cielo,
Que tú del mar las voces mas dolientes
Lleves, y tú de infames delinqüentes
Abras siempre las bocas sin consuelo.
Pero si á la region del ayre sube
El vapor de la tierra, donde nace
El rayo que desciende en su castigo,
Bien puedo yo temer, que desta nube
Mi baxeza sea causa, y que se trace
Allá dentro de haberse así comigo.

XXVI.

Si acaso de la frente Galatea
El velo avaro sin pensar levanta,
Vuelve á cubrirse con presteza tanta,
Que mas atemoriza que recrea.
Así en obscura noche á quien desea
Ver donde asiente la dudosa planta,
Del rayo la violenta luz espanta,
Y tiempo no le da para que vea.
Severa honestidad, que ha señalado
Hasta á la vista límites y pena,
Si los excede por seguir su objeto;
Pues ha los libres ojos sujetado,
No es mucho, si las lenguas nos enfrena,
Y tantos padecemos en secreto.

XXVII.

Severamente al pensamiento pido
De todos sus discursos cuenta estrecha,
Para ver si dió causa á la sospecha,
Porque con tal rigor tratado he sido.
Ninguna culpa hallársele ha podido:
¿Mas de qué su inocencia me aprovecha?
Que no quedando Filis satisfecha,
El castigado soy y el ofendido.
Aprueba, y dobla el daño mi paciencia;
Pues no puedo quejarme de su furia,
Por no culpar ni resistir su gusto.
Y así vengo á saber por experiencia,
Que no hay dolor que iguale al de una injuria
Hecha con nombre de castigo justo.

XXVIII.

¡O piadoso cristal, que me colocas
(Estando en su querer tan apartado)
De aquella dulce mi enemiga al lado,
Miéntras se cubre con injustas tocas!
Veo juntos los ojos, veo las bocas,
Y su divino rostro no alterado:
¿Hase por dicha el corazon mudado,
Y sus desdenes ásperos revocas?
En parte creo que sí, porque no puede
Causarle alteracion alguna cosa,
Miéntras en ti mirare su figura.
Y estar tan cerca agora me concede,
Por no turbar su vista deleytosa:
Que hasta en esto es amable su hermorura.

XXIX.

Yo vivo de un engaño y otro engaño
En las horas prolixas desta ausencia,
Y quiere que le deba mi paciencia
Lo que si resistiera á un desengaño.
Agora ¿qué haré, triste, que de un daño
Jamas temido temo la experiencia?
Y no le son engaños resistencia,
Con que yo me defiendo y acompaño.
Yo moriré, yo moriré sin duda,
Si el mal me acometiere que sospecho,
Mal que no hay pecho humano que no asombre:
Mal que al nombrarlo está mi lengua muda:
¡Ved cómo sufrirá su esencia el pecho,
Si ella sufrir no puede solo el nombre!

XXX.

Tanto mi grave sentimiento pudo,
Que en la mano de bárbara violencia
Hizo, dando lugar á la clemencia,
Volver el filo del cuchillo agudo.
¿Hay por ventura de diamante escudo,
Que pueda hacer tan firme resistencia,
Como de un alma pura la inocencia,
Que ofrece el pecho al vencedor desnudo?
Yo vi, yo vi los ojos (no es mentira)
Que muerte amenazaban, detenerse
Con blando afecto en la miseria mia.
Y deshacerse los nublados de ira,
Y la santa piedad aparecerse:
Que todo es fácil, si en la fe se fia.

XXXI.

Bien sé que mi silencio y mi paciencia
Me pueden grandes daños haber hecho,
Moviendo á que se juzgue de mi pecho
Solo aquello que muestra la presencia.
Mas no por eso mudo de sentencia,
Incierto de si es daño ó si provecho:
Que amor no sabe dar paso derecho,
Miéntras no tiene igual correspondencia.
Callando solamente mi mal hago:
Hablando por ventura ofenderia
A quien estoy temiendo no ofendida.
Si yo me ofendo, con morir me pago;
Si ofendiese á quien digo, no podria
Pagarle, que es la ofensa sin medida.

XXXII.

A muerte inevitable amor me lleva,
Por mas que justifico mi deseo,
Y hace la empresa fácil: que bien veo,
Que es solo por hacerle que se atreva.
Porque ¿quién me asegura que no mueva
(Si este fácil y justo bien poseo)
Otro injusto difícil devaneo,
Y, al fin, de su poder la última prueba?
¿Solo en mí torcerá de su costumbre?
O no pudiendo agora defenderme,
¿Podré quando de mí triunfe el tirano?
Ya temo su terrible servidumbre,
Si algun desden no acude á socorrerme,
Fácil remedio si se da temprano.

XXXIII.

Hermosura perfecta no consiste
En dar diversas formas al cabello,
Perlas á las orejas, y oro al cuello,
Ni en la ropa costosa que se viste.
Con trage rico ó pobre, alegre ó triste,
Es uno mismo siempre un rostro bello:
Que en oro ó plomo siempre dexa el sello
La forma que grabada en él asiste.
Mas esto pocas veces lo concede
Naturaleza avara con el mundo,
En el quál siempre es raro lo perfecto.
Yo, por mi mal, lo he visto; y sé que puede
Con el trage primero y el segundo
Vuestra hermosura hacer igual efecto.

XXXIV.

Conjuradas estan en daño mio
Quantas cosas aplico á mi provecho:
Procúranme acoger las que desecho:
Las que busco me tratan con desvío.
Hallo en su misma esfera al fuego frio,
Pues ningunos efectos ha en vos hecho:
Y donde tiene amor mayor derecho,
Allí le vi quitar el poderío;
Allí donde los míseros mortales
Alivian, por lo ménos, sus cuidados,
Sagrado tribunal de la clemencia,
A deseos y penas inmortales
Fuéron mis pensamientos condenados:
Que no todo se vence con paciencia.

XXXV.

Cuitada navecilla, ¿quién creyera
Que osaran estas olas ofenderte,
Viéndolas otro tiempo obedecerte,
Como si tuyo el mar soberbio fuera?
Tus bienes les he dado, y persevera
Su saña; no sé ya cómo valerte:
El arte dexo en manos de la suerte,
Para que ella te arroje adonde quiera.
Bien sé que se aplacaran al momento,
Si como les he dado la esperanza,
Entregara tambien el pensamiento.
Pero avénganse allá con su bonanza,
Que mas quiero morir en mi tormento,
Que vivir con infamia en su mudanza.

XXXVI.

Si quiere amor que siga sus antojos,
Y á sus hierros de nuevo rinda el cuello,
Que por ídolo adore un rostro bello,
Y que vistan su templo mis despojos;
La flaca luz renueve de mis ojos,
Restituya á mi frente su cabello,
A mis labios la rosa y primer vello,
Que ya pendiente y yerto es dos manojos.
Y entónces, como sierpe renovada,
A la puerta de Filis inclemente
Resistiré á la lluvia y á los vientos.
Mas si no ha de volver la edad pasada,
Y todo con la edad es diferente,
¿Por qué no lo han de ser mis pensamientos?

XXXVII.

Este prolixo y tenebroso dia
(El qual con piedra negra notar quiero)
Memoria es dignamente del primero
De mi vida, si es vida aquesta mia.
Entónces lo lloraba en profecía,
Y de su soledad tomando agüero:
En tanto que viviere, ya no espero
Tener en él sucesos de alegría.
Odioso me será, y odioso sea
Al cielo y á la tierra eternamente,
Pues en él se me esconde Galatea.
Entre las noches lóbregas se cuente,
Y en él ninguna accion jamas se vea
Digna de que la fama la sustente.

TERCETOS.

Aquí donde en Afranio y en Petreyo
A César se rindió la vez primera
La no vencida suerte de Pompeyo:
Adonde, si la fama es verdadera,
Entre las verdes ovas granos de oro
Un tiempo daba Segre á su ribera:
En vano pido aliento al sacro coro;
Pues para hacer un verso, y ese manco,
Primero he de sudar por cada poro.
Como quien muelas saca los arranco,
Que cada qual me cuesta mas de un grito,
Y el rostro, siendo negro, vuelvo blanco.
Borro, y vuelvo á escribir lo que habia escrito,
Y, mas que algun gran Príncipe, inconstante
Lo mismo que aprobaba, luego quito.
¡Que yo vaya á cazar un consonante
Diez leguas, como el otro una lechuza!
(Negocio á la república importante.)
¡Y que si he de nombrar escaramuza,
Por solo el consonante les prefiera
A todos los demas el moro Muza!
Como niño que corta con tixera
En un papel doblado, sin aviso
De lo que ha de sacar, ni lo que espera;
Que quando lo desdobla, de improviso
Halla con proporcion una figura,
Que ni así la esperaba ni la quiso.

Como á los que les sale de ventura
En ese reyno y otros algun cargo,
Con que se manifieste su locura.
Pero dexemos esto, que me alargo
A mas de lo que pide edad tan verde,
Demas que la verdad es fruto amargo.
¿Dirélo? La conciencia me remuerde;
¿Mas qué tengo de hacer con voces vanas?
¿Puedo yo remediar lo que se pierde?
¿Tengo yo autoridad, ó tengo canas?
¿Soy entre nuestros sátrapas magnate,
O son nuestras costumbres las romanas?
Parecerá locura y disparate:
Tú disimulas hoy, aquel mañana,
Sirviendo al uno el otro de rescate.
¿Quién mostrará verdad tan clara y llana?
¿Un mozo como yo? Ni aunque viniese
El niño que la vida dió á Susana,
Apénas se hallaria quien lo creyese:
Nadie quiere cobrar un enemigo:
Cede al privado el público interese.
Volviendo á lo primero, Don Juan, digo,
Que por onzas me da su licor santo
Apolo, que fue un tiempo tan mi amigo.
Y así para escribirte tardo tanto,
Como para sacar una sentencia
Suelen tardar, ya sabes donde y quanto.
Pero no puedo hacer mas diligencia,
Pues la nave sin remos tengo en calma,
Sino esperar el viento con paciencia.

Haz cuenta que plantaste alguna palma:
Que comenzaste pleytos, ó que esperas
Que un entadoso viejo rinda el alma:
Que por el mismo caso que lo quieras,
Vive mas que una suegra rigurosa
Contra las maldiciones de mil nueras.
Paréceme que dices: otra cosa
Mucho peor que las adversas musas
Tiene tu pluma tanto tiempo ociosa.
Y porque considero que me acusas
(Como sueles hacerlo) de remiso,
Quiero darte las últimas excusas.
Yo nunca supe en término preciso
Escribir quatro versos concertados,
Ni hacer, como otros, libros de improviso.
Lugares de quietud y despoblados,
Y no tumulto y gritos, dice Horacio,
Que son para las musas dedicados:
No voces ni ladridos de palacio,
Que al fin con solas ellas fue vencido
(Sin valerle su canto) el viudo Tracio.
Pues yo que llevo siempre en el oido
Las yunques y martillos mas confusos,
Que en Lipari ni en Etna se han oido,
¿Cómo veré á las musas ni á los musos?
Mal haya el que primero de Alemaña
Nos traxo el brindis sucio y sus abusos.
Pues no pudo con armas en campaña,
Con este vicio y otros imagino
Que pretendio triunfar de nuestra España.

¿De donde (segun cuenta César) vino,
Que los fieros suevos en su tierra
No dexaban entrar á vender vino?
De que viéron al ojo lo que yerra,
Y se ablanda con él un pecho fuerte,
Dedicado al trabajo de la guerra.
Seleuco, quando ménos, con la muerte
Castiga, si no fuere medicina,
Al que bebiere vino de otra suerte.
De que el vino corrompe y afemina
Los hombres, con exemplos y escritura
Puedo cargar mil naves de doctrina.
Ni es prueba muy dificil, que si jura
Un frances ó tudesco por testigo,
Al momento dirán la verdad pura.
Pues quando testifique así un amigo,
No hay por qué de los otros se sospeche,
Si dixeren lo mismo que yo digo.
Aristófanes llama al vino leche
De Vénus, con la qual sustenta y cria
Al hijo, porque el arco mejor fleche.
Callo aquella sentencia que solia
Repetir de Terencio mi pedante,
En que á Baco y á Ceres revolvia.
No niego yo que el vino es importante,
Ni quiero desmentir al gran Galeno,
Ni á Hipócrates tratarlo de ignorante.
El vino es bueno (y mas si es vino bueno);
Pero es malo beberlo de manera,
Que vamos á la cueva con Sileno.

Bien se puede romper la ley severa,
Que da tres veces vino en la comida;
Pero no para dar en borrachera.
Tres veces beba el sabio, dice Suida;
Y aunque bebió con esta ley Augusto,
(Segun Suetonio, que escribió su vida),
Si uno tiene mas sed, no será justo
Que se quede con ella, mayormente
Si fuere muy colérico y adusto.
Pero buscar manjar que la acreciente,
Es vicio detestable, que el demonio
Se admira de que en él cayga la gente.
Las mesas dan del vicio testimonio
De aromáticos llenas y de amomo,
Mas que las cenas pródigas de Antonio.
Pues si manjares semejantes cómo,
¿No he de beber mas vino que Tiberio,
Y quedar mas pesado que de plomo?
¿Pues hay mas miserable cautiverio,
Que sujetarse un hombre á la vil panza,
Y dexar que la gula tenga imperio?
¡O bien haya mil veces la templanza,
Con que deste defecto me he guardado
Desde mis tiernos años y crianza!
¿Qué cosa es ver al uno colorado,
Que á cada paso los acentos yerra,
Estar en las disputas porfiado:
Y hacer varios discursos para guerra,
Y gobernar mil flotas, quien no ha visto
Agua jamas, ni entónces ve la tierra:

Y tratar de Bootes y Calisto
Al que está soñoliento, convertido
En el primer milagro que hizo Cristo:
Y al otro, que le llevan sin sentido
Al lecho sus amigos, y despierta
Jurando que es quien ménos ha bebido:
Y al otro, que al salir no halla la puerta,
Y jura que no hay lince que le exceda,
Y que el aljófar á enhilar acierta?
Anacarsis, que el uso de la rueda
Halló para labrar vasos de lodo,
(Si es justo que esto á Plinio se conceda),
Preguntándole algunos de qué modo
Puede ser uno aguado y abstinente,
Dixo: con ver los gestos de un beodo:
Dixo, á mi parecer, agudamente,
Yo á lo menos por esto me abstendria,
Quando no hubiese causa mas urgente.
Mira, pues, si con esta compañía
De meson en meson querrán seguirme
Las señoras Urania y Polimnía;
Y si no tengo apénas mesa firme,
Ni aposento un momento que sea mudo,
Adonde retirarme y divertirme;
¿Cómo podré escribir lo que no pudo
El otro sin morder el lauro verde,
Que lo volvió de torpe tan agudo?
No hay hora en que yo mismo no me acuerde,
Que no debo faltar á mi promesa,
Y lo que en no cumplirla un hombre pierde:

Y sabe Dios muy bien lo que me pesa;
Pero si escribo mal, no será buena
Excusa la que digo ni la priesa.
Ni los versos compuestos sobre cena
Pueden enviarse á tí, porque divides
Un cabello en diez partes sin gran pena.
Yo sé que los revuelves y los mides,
Y que no fue Aristarco tan severo,
Ni pidió tantas leyes como pides.
Y cierto que un amigo verdadero
Ha de ser de esta suerte, y enojarse
(Como suelen decir) si duerme Homero.
No fio yo, ni es lícito fiarse,
De quien viendo la falta disimula,
Siendo el aviso causa de enmendarse.
Y pueden tanto la avaricia y gula,
Que hallará Judas gente que lo alabe,
Viendo que es mendigante quien no adula.
Y es lo bueno, que el otro, con que sabe
Que miento si lo alabo, por deleyte
Tiene que diga lo que en él no cabe.
Paréceme el engaño del afeyte,
Con que muchas madamas se contentan,
Sudándoles el rostro miel y aceyte:
Que el albayalde y el color que asientan,
Habemos de jurar que no es postizo,
Aunque el olor y vista nos desmientan:
Y aunque se aparte de la frente el rizo
Con mas espacio que hay de España á Gades,
Que es suyo, y el mejor que aquí Dios hizo.

Tenemos la peor de las edades
Agora, que en los hijos de los hombres
Se van disminuyendo las verdades:
Y adulterando títulos y nombres,
El uso ha de forzarte á que mil cosas
Injusta como lícitas las nombres.
Destruya Dios las lenguas mentirosas,
Que afirman por un quarto que los ajos
Huelen mejor que las pestanas rosas:
Que son blancas las plumas de los grajos,
Y que los cisnes que el Caistro cria
Las tienen de color de escarabajos:
Que nunca cosa erró su Señoría,
Y (puesto que merezca comer paja)
Salomon lo que él sabe, no sabia:
Que jamas está ocioso, que trabaja
Como aquel que mató los Geriones,
Y aun (si él lo quiere oir) le hace ventaja.
Pues en las corporales perfecciones,
¿No son trasgos Narciso y Ganimedes,
Si en parangon sus hermosuras pones?
¿Hizo acaso Alexandro mas mercedes?
Triste de tí, Lupercio, si replicas,
Y todo no lo juras y concedes.
Animo es acabar cosas iniquas,
Y liberalidad tener cuidado
De que Tais, Flora y Lamia queden ricas.
Constancia por un mínimo pecado
Olvidar los trabajos y servicios
Del mas antiguo y familiar criado.

Así se canonizan hoy los vicios,
Y se compran y venden los favores,
Y son los grandes Príncipes propicios.
¿Qué me aprovecha, Gnato, que me adores
Como á Dios inmortal, si como hombre
Siento los accidentes y dolores?
Pues no me das la esencia con el nombre,
Vete con tus lisonjas á la dula,
Y busca quien de títulos se asombre:
Porque á quien nombres vanos acumula,
Y la toga sin ciencia, lo contemplo
Muy poco diferente de una mula.
Como los que procuran en el templo
Dexar resplandeciente sepultura,
Y no con sus virtudes buen exemplo:
Que les fuera mejor la fama escura,
Como á muchos, que son muy conocidos
Por tener sus mugeres hermosura.
Así que ni los títulos mentidos,
Ni los Judas que dan con ellos beso,
Deben ser entre buenos admitidos.
Di la verdad, Solon, aunque el Rey Creso
Por ella te deseche, que su daño
Mostrará sus locuras y tu seso:
Porque quien tiene el corazon extraño
De la lengua, (segun Servio Sulpicio
Dice) no puede hacer mayor engaño.
¡Qué bien huyó de este afrentoso vicio
Diógenes, que siempre reprehendia
Diciendo la verdad sin artificio!

Al qual, estando recogiendo un dia
Yerbas para guisar su pobre cena,
(Porque obraba lo mismo que decia,
Y no era como alguno que condena
Las espléndidas mesas; y tras esto
Tiene mas ancho el vientre que ballena;
Y si le convidais, viene mas presto
Que un gavilan que ceban á la mano,
Y no es en el convite el mas compuesto)
Le dixo un lisonjero cortesano:
(Dicen que fue Platon, mas no lo creo,
Sino algun gran poltron parabolano)
Si á Dionisio, conforme á su deseo,
Con decille lisonjas contentases,
¿Cenarias mejor de lo que veo?
El sabio respondió: si tú cenases
Así, yo te prometo que á Dionisio,
Ni á ningunos tiranos adulases.
Por ventura con esto á muchos lisio,
Que son aficionados á la lluvia
Con que dió nieto Júpiter á Acrisio.
Y aunque pareces tú nacido en Nubia,
Dirán que no salió jamas de Francia
Mas hermosa cabeza ni mas rubia:
Y á trueque de una infame y vil ganancia,
Que en Suburra no fue tan mal ganada,
Mentirán en mil cosas de importancia.
Quiere el otro probar que su casada
Era ya antigua en tiempo de Rodrigo,
Sabiendo que antiyer fue destetada:

Y luego el interes le da un amigo,
Que lo afirma y lo jura sin el miedo
Que debiera tener de su castigo.
Y por mas arcaduces, que á Toledo
Sube el agua Juanelo, su linage
Le cuenta desde Tubal en un credo.
Y hay alguno que siempre tiene un page,
Que concurre en sus voces como eco,
Y lleva por testigo dellas gaje.
Y porque en este vicio yo no peco,
Dicen que soy un asno en buen romance,
Con decirme que soy muy triste y seco.
Pues aunque yo jamas un pan alcance,
Quiero vivir con ánimo seguro
De que no me hallarán en este trance.
Sin duda que me han hecho algun conjuro,
Que no puedo salir desta materia,
Por mas que á tratar de otras me apresuro.
Cada qual dicen que habla de la feria
Como en ella le ha ido: por ventura
Esta la causa fue de mi miseria.
Dícenme que es ganancia muy segura
La del mentir: respondo que lo creo,
Como la del prestar dinero á usura.
Pero yo quando alguno destos veo,
Imagino al momento que es harpía
De aquellas de la mesa de Fineo.
Y esta imaginacion no solo es mia,
Que este nombre Diógenes les daba,
Quando al monstruo mas fiero difinia.

Volviendo pues agora donde estaba,
Y al punto que (segun me he detenido)
Alguno pensará que me olvidaba;
Digo que muchas veces he querido
Heroycos escribir, y lo he dexado
Por verme paralítico y tullido.
El pensamiento á veces ocupado
En que vaya segura mi maleta,
Y yo con buena mula acomodado:
Que hay mula, que es mejor ir con muleta
Que en ella, coxa, manca y endiablada,
Medio de brida y medio de gineta.
Y por Dios que el que quiere hacer jornada,
Si se descuida desto, vale poco,
Y llega siempre tarde á la posada.
Jura, reniega y grita como un loco:
Y es risa de la gente que lo mira,
Darse priesa, y venir muy poco á poco.
No puede bien saber qué cosa es ira,
Quien no se ha visto en esta desventura:
Yo sé lo que es, y tanto que me admira:
Y mas si en esta furia de locura,
Quando palo ni espuela no es bastante
Para mover la mula, por ventura
Algunos frayles pasan por delante
Gerónimos, Bernardos ó Benitos
En mulas, que es menor un elefante:
Dan os con un Deo gracias los benditos,
Burlándose de vos; y los villanos
Desde sus heredades os dan gritos.

Dios guarde á los católicos cristianos,
Por su misericordia, deste trance,
O les temple la colera y las manos.
Yo, porque tal miseria no me alcance,
Procuro que mi mula sea tan buena,
Que pueda huir con ella y dar alcance.
Y esto no puede ser sin mucha pena,
Por no tener docientos filipeos,
Con que al uno y al otro dar estrena.
Dichoso aquel que cumple sus deseos
Pagando, sin rogar, porque este solo
Allanará los altos Pirineos.
Con el oro de Tajo y de Pactólo
Yo le hiciera seguirme (por las ventas
Si fuera menester) al mismo Apolo:
Y con tener las huéspedas contentas,
Formara allí un Parnaso y un Libetro,
Y mil selvas nacidas de mis rentas.
Pero si alguna vez de Dios impetro
La quietud que yo precio y mas deseo,
Que de ti, España, la corona y cetro;
Si entre quatro paredes yo me veo,
Si puedo hacer con mis dineros humo,
Y alguna cosa licita poseo:
Yo juro de poner cuidado sumo
En hacer á las musas larga enmienda,
Por este tiempo ocioso que consumo.
Desde léjos mirando al que pretenda
Por este mar, que tanta gente ahoga,
La vanidad de titulos y hacienda:

Y al que busca morada ó roxa toga,
Y no advierte que hay debaxo espinas
Mas que suele tener una saboga:
Y sin mirar si son o no son dinas,
En todo caso quiere ver sus manos
Llenas de anillos y con piedras finas.
Y á los que hacen sus presas como alanos
Con multiplicacion de beneficios,
A quien Simon confiesa por hermanos:
Y al que está relatando sus servicios
Por todos los consejos que el Rey tiene,
Bebiendo viento y esperando oficios:
Y quando va de casa, y quando viene
Al Presidente sirve y acompaña,
Que un hora desgorrado le detiene:
Y anda texiendo telas como araña,
Que un páxaro con pico de oro llega
Y da al traves con toda su maraña.
Tambien me burlaré del que navega
Por tener oro desde España á Chile,
Y en el camino el fiero mar le anega.
Del que las margaritas que hay en Tile
Anda buscando, y tiene gran cuidado
De que en España su algodon se hile.
Del que procura mejorar su estado
Vendiendo las honrosas libertades,
Que sus antepasados le han ganado.
Y á Ulises, destruidor de las ciudades,
Estimaré en dos rábanos, y aun ménos,
Sin alabar como otros sus maldades.

Ni á los que muchos necios llaman buenos
Porque llevan las cuentas en las manos,
Y de ambicion los corazones llenos.
Ni á los que piensan ser buenos cristianos,
Solo porque adulterios no les prueben,
Aunque hagan otras obras de tiranos.
Aunque jamas no paguen lo que deben,
Y espanten con sus fieros, si lo piden,
A aquellos que á emplazarlos no se atreven.
Y á los que con su nombre no se miden,
Y tanto su riqueza los entona,
Que con los que son mas se descomiden.
No dexará la mona de ser mona,
(Como dice el refran) aunque le ciña
La frente como á Reyna una corona.
Ni al que por festejar las canas tiña;
Y viendo que se acerca la vendimia,
Quiera mostrar que tiene flor la viña:
Como lo suele hacer aquella ximia,
Que tiene para hacer el pelo rubio
Mas instrumentos que quien hace alquimia,
Y á no saber por fe que hubo diluvio,
Y que solos quedáron los del arca,
Creyera que ántes dél le nació el rubio:
Y pide (con vergüenza de la parca
Que la dexa vivir) mas epigramas
Que, no sé yo á qué fin, hizo el Petrarca.
Ni destos algalieros semidamas,
Que llevan mil picaños por testigos,
Prodigos en perder agenas famas,

Se me dará con gran razon dos higos:
Ni para que me presten un caballo,
Procuraré tenellos por amigos.
Su gusto es cada qual parecer gallo,
Alzando grande cresta de copete,
Y lo que son con ella algunos callo.
Comunicar con muchos el billete,
Tomar de noche acá y acullá esquinas,
Armados como un bravo matasiete:
Mostrando que á seiscientas culebrinas
No temerán, Dios sabe lo que hay dentro,
Y aun tú, si sus bravezas exâminas.
Muchos Morgantes que de noche encuentro,
Sé que toman liciones de Atalanta,
Y buscan escondrijos en el centro.
Ni al que en jaspes y mármoles levanta
Sus techos con mas oro que vió Lidia,
Quando tuvo su Rey riqueza tanta,
Tendré (ni tengo) lástima ni envidia,
Mas que si fuese algun tugurio ó choza
Portátil de Moscovia ó de Numidia.
Alguna casa he visto en Zaragoza,
Que tocan sus tejados en el cielo,
Y sabe Dios si dél su dueño goza,
O pide como el otro sin consuelo
Que le humedezca Lázaro la boca,
Donde está siempre ardiendo Mongibelo.
Mas quiero aquí dexar hacienda poca,
Que con ella cobrar la ardiente llama,
Pues jamas su sentencia se revoca.

Y que pueda volar libre mi fama,
Sin acudir á ferias de Medina,
Adonde el cambio tantas lleva y llama.
Aunque el pintado pavo y la gallina
De l'Africa jamas, como á los grandes,
Ni un mase Jaques honre mi cocina:
Ni lo trayga pagado desde Flandes,
Porque sabe á la hambre hacer cosquillas,
Y entretenerla todo lo que mandes.
Ni me alegren los ojos las vaxillas,
Que lo ménos que tengan sea el ser oro,
Tanto el arte extremó sus maravillas.
Que si en mi casa, como digo, moro,
No trocaré mi vida con sosiego
Por el romano ni el imperio moro.
Ni Mercurio jamas oirá mi ruego
Un cielo mas arriba de la luna,
Ni en su altar por mis manos verá fuego.
Ni yo diré mas mal de la fortuna,
Que de una viuda santa y recogida,
(Si santa y recogida se halla alguna).
No quiero què del vulgo me divida
Solamente la casa suntuosa,
Ni la superfluidad de la comida.
Mas ántes por alguna causa honrosa,
Debaxo techo humilde y pobres lares
Procuraré ganar fama gloriosa:
Pintando por ventura los lugares,
Adondè las reliquias de los godos
Conserváron á Dios sacros altares:

De muchos, si no puede ser de todos,
Cobrando del olvido las memorias,
Y haciéndolas eternas de mil modos.
Diré como les daba Dios victorias
Con poca gente, viendo sus deseos
Fundados, no en riquezas transitorias.
Y otra vez en los altos Pirineos
Mostraré las banderas tremolando,
Y allí pintadas cruces y trofeos:
Y á Jorge baxo dellas peleando
Con las bárbaras huestes enemigas,
Y á las suyas amadas favor dando.
Haré volver al uso las antigas
Armas, dardos, carcaxes y ballestas,
Paveses, cotas, mallas y lorigas,
De la suerte que en uso estaban puestas
En la sazon de mas agudos yelos,
Y en la que mas calor nos dan las siestas.
Haré ver con vergüenza á mil mozuelos,
Que viven de sí mismos satisfechos,
Quan diferentes eran sus abuelos.
Quizá daré calor así á sus pechos,
Y aspirarán á la heredada gloria,
Emulos dignamente de sus hechos.
Yo mezclaré en las armas mi memoria,
Y aun ellas (á pesar de la fortuna)
Del tiempo me darán tambien vitoria.
Y para que no esté mi musa ayuna
En este medio le daremos brodio,
Solo porque no adule como alguna.

No le consentiré que muestre el odio
Sino contra los vicios, porque huya
En todo de Pasquin y de Marfodio.
Y quando hubiere hallado la aleluya,
Haré lo que me mandas como debo;
Haz que nunca me falte letra tuya,
Y en ella quantas cosas hay de nuevo.

SATIRA.

Muy bien se muestra Flora, que no tienes
Desta mi condicion noticia cierta,
Pues piensas enmedalla con desdenes.
Tú pensarás que guardaré tu puerta
Desde que se recogen la gallinas,
Hasta que el ronco gallo las despierta:
Y que quando á las horas matutinas
Se levantan los frayles, y durmiendo
Tus émulos estan y tus vecinas,
Me estaré yo en la calle consumiendo,
Y por el agujero de la llave
Lo que en tu casa tienes inquiriendo:
Y que te sufriré despues muy grave
Pidiéndote perdon, porque me seas
Afable como sueles y suave.
Pues porque si lo crees, no lo creas,
Y sepas que no ignoro con quién trato,
Es bien que mis odiosos versos leas.
Aquí verás un natural retrato
De nuestras diferentes condiciones,
Por mas que tú lo encubras con recato.

Agora me parece que te pones
Mucho mas colorada que tu saya,
Y me das un millon de maldiciones,
Diciendo que primero que me vaya,
Quedarás satisfecha de la injuria,
Aunque dificultades cien mil haya.
Y yo por todo el oro que Liguria
A España con usuras arrebata,
No quiero hacerme digno de tu furia:
Ni quiero dar mi vida tan barata,
Ni ver del africano la frontera,
Cosa que por tu causa alguno trata.
Escríbate pues sátiras quien quiera,
Que yo alabanzas solas quiero darte,
Hasta que tú te canses ó yo muera.
Ya, ya me tienes, Flora, de tu parte,
Que, como tus costumbres, amo tanto:
Mudable soy tambien por imitarte.
Quiero dexar la pluma, que me espanto
De ver ese furor tras ordinario,
Y dar de contricion señal con llanto.
Pero tengo conmigo un tu contrario,
Que tiene prometido defenderme
Contra el poder de Xerxes y de Dario:
Y no me da lugar de recogerme,
Antes con amenazas me provoca:
Dios sabe si ofenderte es ofenderme.
Pero no puedo mas, mi fuerza es poca;
Tú no me defendieras del que digo
Siquiera con el ayre de la boca.

Y pues he de cobrar un enemigo,
Escojamos de dos el menor daño:
Demas, que la razon y verdad sigo.
En el mas fertil mes de todo el año,
O Flora, yo te vi, que no debiera,
Aunque no ha resultado dello engaño.
Y luego como frágil y ligera,
Antes de conocerme ni yo hablarte,
Me descubriste ser tu pecho cera.
Mas como sé de Ovidio mal el arte,
No procuré poner en Troya el fuego,
Aunque te vi contenta descuidarte.
Hubo manjares y tras ellos juego;
Y como vi colgar allí la yedra,
El vino reputé por malo luego.
A todo estuve qual si fuera piedra,
Tan fuera de pensar en tus amores,
Como Hipólito estuvo en los de Fedra.
Mil veces repetiste mis loores,
Que en tí los engendró mi negra fama,
(Diceslo así, y es bien que así lo dores):
Y para declararme que eres dama
Tan grave, que la corte señorea,
O, por mejor decir, quema tu llama:
Como quien confesar algo desea,
Y lo quiere decir por negativa,
Para que lo contrario se le crea:
Así me declaraste quan esquiva
Con grandes cortesanos habias sido,
A quien de libertad tu valor priva,

Tras esto me juraste haber venido
Al lugar donde estabas por hablarme,
Y la visita falsa haber fingido.
Pensaste, no lo dudo, colocarme
Encima de los cuernos de la luna,
(Y aun por ventura dellos adornarme).
Jamas infante tierno de la cuna
Oyó tan dulces nombres repetidos
De su madre con besos importuna,
Como yo los oi, pero fingidos,
Solo para cubrir las cautas redes
Con que á tantos enredas los sentidos.
Sin preceder servicio, hacer mercedes
Dará que sospechar á quien no sea
De los con quien hacer tu labor puedes.
Créame quien lo oyere, ó no me crea,
Digo que sospeché, sospeché, digo,
Viéndote tan afable, sin ser fea:
Mas soy de ingratitud tan enemigo,
Que por corresponder al beneficio,
Agradecido me mostré contigo.
Hubo tambien en ello su artificio;
Porque sé que resbala fácilmente
En tales ocasiones el juicio.
Y tú te imaginabas suficiente
A poderme llevar como de rienda,
A todos tus antojos obediente.
Así lo creo yo, porque mi hacienda
Es ménos que el tesoro veneciano,
Y otro tanto ha de dar quien te pretenda.

Al fin, como si fuera yo aldeano,
Que se admira de ver con perlas y oro
La gorra del soberbio cortesano:
Así me descubriste tu tesoro,
(Esto disimulando como acaso,
Y sin perder allí de tu decoro).
¿Hubo vaxilla por ventura ó vaso,
Que delante de mí no te sirviese,
Buscando tú ocasion á cada paso?
Y porque tus esclavas todas viese,
Y que son siervas libres ó prestadas,
Como soy malicioso, no creyese,
Todas delante mí fuéron llamadas,
Y por cierto descuido no muy grande
Con ásperas palabras afrentadas.
No hay mayordomo necio que así mande
En casa de un señor á los sirvientes,
Y en guerra con aquellos y estos ande,
Como tú con tus siervas diligentes,
Solo para mostrar tu preeminencia,
Haciendo ostentacion con los presentes.
Mandábaste traer en mi presencia
(Sin haber menesterlas) tus arquillas,
De ménos oro llenas que apariencia.
Estaba la esclavilla de rodillas,
En tu imaginacion de mí notada
Por una de las siete maravillas.
¡O Flora, cómo estabas engañada!
Que entónces el Eunuco revolvia,
(Comedia de Terencio celebrada);

El qual en sus exemplos me decia,
Que desean las damas de tu trato
Las esclavas tener que Tais tenia.
Y que soleis comprarlas muy barato;
Que un ignorante Fedra las presenta
En competencia de un Trason brabato.
¡Mira quan al reves salió tu cuenta!
Que lo que tú por honra descubrias,
En mí se convirtió para tu afrenta.
Y quando mas compuesta te ponias,
Como quien va mirándose la sombra,
Conmigo de tu crédito perdias.
No pienses, si lo piensas, que me asombra
Un lecho de damasco granadino,
Y á un lado y á otro la morisca alfombra:
Que soy, si no lo sabes, adivino,
Y no tienes un clavo ni una hebilla,
Que no sepa de donde y cómo vino.
Véote santiguar con maravilla
De esto que voy diciendo; pues no dudes,
Que fábula serás en esta villa.
Sabrá quien no las sabe tus virtudes,
Las quales te sustentan todo el año,
Aunque ya vendrá tiempo en que las sudes.
Quiero vender al mundo desengaño,
Que aunque es poca la gente que lo entienda,
Sé que te puedo hacer no poco daño:
Y que si por tu mal abro mi tienda,
La tuya quedará tan abatida,
Que un ochavo en un año no se venda.

Mas tengo condicion tan comedida,
Que no quiero quitarte la ganancia,
Contando los enredos de tu vida.
En tí tienda sus redes la ignorancia,
Para los que pidieren á sus padres
De su porcion debida la sustancia.
A estos muerdas y á los otros ladres:
Y por ver á sus hijos lastimados,
Te den su maldicion docientas madres.
Tengas mil hombres viejos engañados,
En sus canudas barbas te regales,
Haciendo rica presa en sus ducados.
Y á otros que se precian de leales,
Con vanos favorcillos entretengas,
Y pesques mas de espacio sus reales.
Con los que veas ardientes te detengas,
Y con los que veas tibios te apresures,
Y á todos en comun enredo tengas.
Delante de tu madre te mesures,
Fingiendo que la temes, y que ignora
Los favores que das, y así lo jures.
Y si te vieres sola, bella Flora,
Y el necio sin pagarte se desmanda,
Di luego, ¡ay Dios, que sale mi señora!
Y quando veas al triste que se ablanda,
Lleguen el portugues con el joyero,
Este con oro, el otro con holanda.
Dirás como los médicos no quiero,
Alargando la mano á la presea
Con que te esté rogando el majadero.

Y dirás, como sueles, si desea
Ser tu favorecido, que dé muestra,
En donde su aficion mejor se vea.
Ayúdete tu madre ó tu maestra,
Dándote mil recaudos al oido,
(Leccion de todo punto propia vuestra).
Estése el otro necio sin sentido,
Miéntras hablais vosotras, muy compuesto,
O, como acá decimos, muy corrido:
Que no me quiero yo poner en esto,
Ni descubrir tus faltas en la calle,
Pues se descubrirán por sí tan presto.
Pero no será bien que sufra y calle
Cierto tributo, censo ó alcabala,
Pues tú no te avergüenzas de cobralle.
Quando sale quien digo de la sala,
Le vuelves á llamar con gran caricia,
O sales tú con él hasta la escala:
Y allí disimulando tu codicia,
Le pides un catálogo de cosas,
Como si las debiera por justicia.
El, ambas las mexillas hechas rosas,
Arrepentido ya de verse en ello,
Y de emprender empresas tan costosas,
No sabe qué decir, que tiene el cuello
Ceñido con tus brazos, y los ojos
Clavados por su mal en tu cabello.
Quiere satisfacer á tus antojos;
Y quisiera tambien á ménos costa
Comprar, pues que se venden, los despojos.

Imagínasle tú la bolsa angosta,
O por ser muy avaro ó por ser pobre,
Personas de quien huyes por la posta;
Y para hacer sudar por fuerza al robre,
O como buen artífice en la piedra
Tocando, conocer si es oro ó cobre,
Enmaráñaste dél qual verde yedra,
(No te comparo mal, pues que se dice,
Que nunca el árbol que la tiene medra),
Diciendo: buena prueba, señor, hice
De vuestra fe, si no fingida, tibia,
Con que para mi mal me satisfice.
Si yo os mandara humedecer la Libia,
Si oponer vuestros hombros á la carga,
Que en los de Atlante nunca el tiempo alivia;
Si peregrinacion pidiera larga,
Donde estuviera en duda el volver vivo,
O cierta en el progreso vida amarga:
¿Pudiérades estar mas pensativo?
¿Pudiérades dudar de tal manera,
Y mostraros conmigo mas esquivo?
Pues yo sé bien alguno que quisiera,
Y como que quisiera que pagara,
Porque lo que á vos pido, le pidiera:
Que ni tan pobre soy ni tan avara,
Que por necesidad ó por codicia
En cosa tan pequeña reparara.
Mal de mi condicion teneis noticia:
Que aunque no lo truxérades tan presto,
No os sacara yo prendas por justicia.

Pero no reparemos mas en esto:
Solo vivid seguro de que os amo,
Y que no me sereis jamas molesto.
El triste ya qual pece asido al hamo,
O como ciego páxaro que viene
Llamado con el son de su reclamo,
Ni en dudas ni en peligros se detiene;
Quiere tomar prestado ó con usura,
Sin ver si de pagarlo modo tiene.
Promete allí sin tasa ni cordura,
Y niega que jamas dudase en algo,
Y aun para ganar crédito lo jura.
Así lo creo yo de un noble hidalgo,
Respondes tú, soltando la cadena,
Que quisiera yo mas la de mi galgo.
Atraviésase luego Magdalena,
Pide para chapines ó una toca,
Y tu page de lanza pide estrena.
A aquella tú le dices: calla loca;
Y á este otro: ¿tú, rapaz, tambien te atreves?
Y por detras les señas con la boca.
Ni á la carne se da tal priesa el jueves,
Como le dais vosotras, entre dientes
Diciendo: pagarás lo que no debes.
¡O tú, que con pagarlo no lo sientes,
Y cansarás, pidiéndoles prestado,
Despues á tus amigos y parientes!
Si alguna vez ó veces has pasado
De Aragon á Castilla, y en los puertos
Del uno y otro Reyno registrado:

Adonde los derechos hacen tuertos,
Y con decreto y órden de justicia
Roban en los poblados y desiertos:
Adonde puede tanto la codicia,
Que no son tan mudables venecianos,
Quando á alguno prometen su amicicia:
Como aquellos ladrones y villanos
En olvidar al Rey, si el caminante
Les pone de sus armas en las manos:
Conocerás agora ó adelante,
Que es mayor el trabajo que se pasa
Con Flora, de quien andas ciego amante.
Y tú, Flora, tambien modera y tasa
Los derechos tiránicos que llevas
De entradas y salidas de tu casa;
Pues solamente deben ropas nuevas
Al entrar por los puertos el derecho,
Y no será razon que á mas te atrevas.
No quieras descubrir tu avaro pecho,
Ni como mercader tener oreja
Abierta solamente á tu provecho.
Y no digo con esto que eres vieja;
Mas téngote por ropa tan traida,
Que descubres la hilaza por la ceja.
Pues quien te ve fingir la recogida,
Ha de soltar á su pesar la risa,
Si sabe, como yo, tu buena vida.
Verte salir con tu señora á misa,
Como frayle novicio, que no mira
Acá ni allá mas suelo del que pisa;

¿A quién tu gravedad allí no admira?
¿Quién no dirá que puedes llevar palma,
Y que á las once mil tu intento aspira?
Quien sepa como yo que en esa calma
Suceden por momentos torbellinos,
Que anegan las agenas y tu alma.
Ni lo dirán tampoco tus vecinos,
Que ven salir y entrar en tu posada
Los recien emplumados palominos.
Ni lo dirá tu hermana, que se enfada
De estar labrando soliman y mudas,
Ella desnuda, y tú muy enjoyada.
Ni el que suele soltarme cien mil dudas
(Si se lo preguntase), cuyo nombre
Es del que sucedió en lugar de Judas.
Ni lo dirá, bien sabes, aquel hombre,
Que en darte y abstenerse tal anduvo,
Que le doy Alexandro por renombre.
Ni lo dirá tampoco quien estuvo
De Mantua por tu causa foragido,
Y el perdon por dineros despues hubo.
Ni ménos lo dirá quien ha leido
Lo que con apariencia va cubierto,
Si con la vista pasa del vestido.
Yo digo de vosotras (y es lo cierto),
Que sois de las fantasmas y visiones,
Que vido San Antonio en el desierto.
Debaxo de esas ropas y jubones
Imagino serpientes enroscadas,
Uñas de grifos, garras de leones.

  Si sois fuera de casa convidadas,
Desechais mil viandas, que son buenas
Solo para fingiros delicadas.
  Tomaislas con dos dedos, y aun apénas,
Y dellas excibis mas que á un doliente
Niegan nuestros modernos Avicenas.
  Fingis os muy honestas juntamente,
Y á la palabra equívoca no clara
Le dais luego el sentido maldiciente;
  Y puestas ambas manos en la cara,
Llamais al que la dixo torpe y necio,
Quizá porque mejor no se declara.
  Y con desden y grande menosprecio
Burlais de algun galan, que por ventura
Os tuvo en su poder á poco precio.
  Pues quien del mal de amor sanar procura,
En vuestras casas, si pudiere, os vea
Sin tanta gravedad y compostura:
  Y verá convertir la que desea
En un fiero demonio: poco digo,
Si cosa se pudiese hallar mas fea.
  Y mas si no teneis allí testigo,
Y salis de la cama descompuestas,
Mostrando de los pies hasta el ombligo.
  ¡Qué fieras pareceis! ¡qué deshonestas!
Con los ojos hinchados, y sobre ellos
Dos negras y tendidas nubes puestas;
  Revueltos en vedijas los cabellos,
Como los de las furias infernales,
O largos como colas por los cuellos.

Torciendo cuerpo y brazos dais señales,
Mezclados con bostezos del deseo,
Que mueve vuestros ánimos bestiales,
Pues para transformar el rostro feo,
No vais á fuente clara ó rio santo,
Adonde fue Naaman por Eliseo.
Tampoco lo mudais con mago canto,
Ni buscando las yerbas fabulosas,
Quando la noche tiende el negro manto:
Antes lo transformais con otras cosas,
Poniendo las cabezas en arquillas,
Yo no digo que bien, pero olorosas.
¿Quién podrá numerar las garrafillas
Dedicadas al sucio ministerio,
Ungüentos, botecillos y pastillas?
Aquí para enrubiar el sahumerio
De aqueste mismo aceyte, que blanquea
Los huesos de la boca ó cimenterio.
Allí la miel mezclada, que se emplea
Con mostaza y almendras en ser muda,
Para mudar color á la que es fea.
En otra parte ya la vereis ruda,
En otra ya en aceyte convertida,
Que dicen que al cabello el color muda.
La leche con xabon vereis cocida,
Y de varios aceytes composturas,
Que no sabré nombrarlos en mi vida.
Aceyte de lagartos y rasuras
De ajónjoli, jazmin y adormideras,
De almendras, mata y huevos, mil mixturas.

Aguas de mil colores y maneras,
De rábanos y azúcar, de simiente
De melon, calabazas y de peras.
El aceyte de enebro, propiamente
Para curar el mal á las ovejas,
Aquí sirve de oficio diferente.
Agua de lumbre, buena para viejas,
Que quita las arrugas, que los años
Les cargan como fuelles en las cejas:
Y ellas (¡ó ceguedad!) con darse baños,
Qual parche de atambor tiran el cuero,
Como si no venciese el tiempo á engaños.
Pero debiera yo nombrar primero
Al magno Soliman, tan vuestro amigo,
Como lo fue de Francia el otro fiero;
El qual os da justísimo castigo,
Pues solo por salir con vuestro intento,
Os valeis del veneno y enemigo:
Y mudándole nombres ciento á ciento,
Quereis arrebozallo como usura,
Con nombre de mohatra ó quitamiento.
Agora lo vendeis por agua pura,
En pasas con azúcar, piedra luego,
Mudándole de especies y figura.
Y que pondreis las manos en un fuego,
Decis, si no os lavais con agua sola,
Pudiendo lo contrario ver un ciego.
¡Quan mal se cubre el gato con la cola!
¡Quan mal se cubre el fuego sin dar humo!
Así la que se afeyta y arrebola.

Otros afeytes hay que no los sumo,
Porque en imaginallos tanto hieden,
Que de congoja y rabia me consumo.
Ni ser nombrados todos aquí pueden,
Porque como se inventan cada dia,
En infinito número proceden.
Y porque me parece que seria
Afrenta de sus nombres acordarme,
Y que á los que me hablasen olería:
Así he determinado prepararme,
Y por haber tratado de estas cosas,
En una fuente líquida purgarme.
Ni son en sus manjares mas curiosas,
Puesto que allá en lo público pregonan,
Que sin ellos se pasan como diosas.
Encima de los platos se amontonan,
Y hoy comen lo que ayer quedó fiambre,
Que ni por ser helado lo perdonan.
Direis que son las hijas de la hambre,
O quales avestruces suficientes
A digerir el hierro y el arambre.
Aquí no se comprehenden las prudentes,
Que siguen las virtudes; que las tales
No llevan composturas aparentes.
No son todas las leyes generales:
Que muchas excepciones hay en ellas;
Ni las cosas del mundo son iguales.
En las tinieblas lucen las estrellas,
A vueltas de los cardos nacen flores,
Y entre agudas espinas rosas bellas.

Destas despues yo cantaré loores:
Que no se han de mezclar con las profanas
Las cosas excelentes y mayores.
Tú, Flora, y otras damas cortesanas
Sois estas enemigas de quien trato,
Perdidas por comer y andar galanas.
Con esto le doy fin á tu retrato,
Y parécete tanto, que me afrento
De haberlo concertado tan barato.
Pero tengo por premio tu contento,
Del qual por ser yo causa participo,
Y el nombre de mis obras acreciento.
Así creció de Apeles y Lisipo
La fama, solos ellos retratando
Al hijo venturoso de Filipo.
Agora con razon estoy dudando,
Pues he de retratarme, donde y cómo
Me puedo yo estar viendo é imitando.
La mano mas pesada que de plomo,
Inobediente al arte desatina,
Si el cansado pincel en ella tomo.
Parece (y es posible) que adivina,
Que (como siempre el conocerse ha sido
Cosa dificultosa y peregrina),
Yo de mi propio gusto persuadido,
Como pienso que soy, querré pintarme,
Por falta de no haberme conocido.
Yo mismo no sabré vituperarme,
Y aunque verdad dixese, ménos puedo
(Si ya no es defendiéndome) alabarme.

Si como quando vine de Toledo
Me supiese pintar, en testimonio
De tocar las verdades con el dedo:
O como me pintaba Don Antonio,
(Puesto que es al reves) yo juraria
Que te espantases ménos de un demonio.
Alguno con razon me culparia,
Si me pintase mal, y tu figura
Por obra de otra mano juzgaria.
Y quien tener buen crédito procura,
(Segun dice Caton) jamas lo cobra,
Si le pierde una vez por desventura.
A mí no me hace falta ni me sobra,
Quiero, pues, conservarle como cuerdo,
Alzando, como dicen, mano de obra.
Ya fue un pintor (del nombre no me acuerdo,
Y de que no me acuerde no te espantes,
Que ya de la memoria mucho pierdo):
Ni sé bien si fue Zeusis ó Timantes,
(Yo me fatigo poco de estas cosas,
Por ser disputas propias de pedantes):
Este pintor pintando las tres diosas,
Delante del pastor Troyano puestas,
Desnudas y del oro codiciosas,
(Que suelen muchas veces las honestas
Al rústico por él así mostrarse,
Y á los que no lo tienen muy compuestas):
En Juno y en Minerva señalarse
Tan de veras mostró, que no podia
Para pintar á Vénus mejorarse:

Y viendo que pintarla convenia,
Para no ser culpado, mas hermosa,
Lo qual, aunque quisiese, no sabia:
Al arte socorrió con ingeniosa
Astucia sus defectos encubriendo,
Y pintando de espaldas á la diosa.
Yo, pues, la misma falta conociendo,
De poder retratarme desconfio,
Si al discreto pintor no voy siguiendo.
Y pues has de llevar retrato mio,
Verás por las espaldas mi retrato:
Que con volverlas, Flora, me desvío
De tu conversacion, favor y trato.

SONETOS.

Si entras como ladron por los tejados,
Corrompiendo con oro las doncellas,
Y quieres que tengamos por estrellas
Tus hijos de adulterios engendrados:
Si vemos que te envuelves en pecados,
Que hacer suelen al cielo echar centellas:
Si estan de tí los buenos con querellas,
Y los malos contentos y premiados:
¿Por qué te enojas, Júpiter, si el humo
De Sabá no te da por las narices,
Ni víctimas se matan en tu templo?
¿Eso preguntas? Porque soy Rey sumo,
Y les doy justas leyes: muy bien dices,
Si las das con las leyes buen exemplo.

II.

Por fuerza quieres, Lice, ser hermosa;
O no tienes espejo, ó estás loca:
¿No consideras esa negra boca
A todo el mundo por su olor odiosa?
Esa frente pintada y espaciosa
Por falta de cabellos (que no es poca,
Ni tu cuidado en componer la toca
Sobre la calva estéril y engañosa).
Fortuna es ciega en quanto distribuye:
Ni mira á quien desnuda ó á quien viste;
Aunque contigo en dar tuvo descuento.
Edad larga te dió, que á muchos huye;
Mas negó lo demas; y así saliste
Con mala cara y corto entendimiento.

III.

Oxalá suyo así llamar pudiera,
Gala quanto hay desde la frente al cuello,
Como puede con causa á su cabello,
Que suyo es, pues compró la cabellera:
Que para nuestros ojos mejor fuera
Ver un rostro comprado blanco y bello;
Y oxalá (para echar á todo el sello)
Que pudiera comprarse toda entera:
Que entonces fuera buena y fuera suya,
Como quando se ahorra algun esclavo
Con el propio trabajo de sus manos.
Y así contra el cabello nadie arguya,
Porque es en ella lo que solo alabo:
Lo demas mate el hambre á los alanos.

IV.

Esos cabellos en tu frente enxertos,
(Por mas que disimules y los rices),
En otros cuerpos dexan las raices,
Y por ventura en otros cuerpos muertos.
¿Por qué pueblas ¡ó Gala! los desiertos
De la Libia? ¿Por qué con tus barnices
Ofendes nuestros ojos y narices,
Qual si fuesen sepulcros descubiertos?
Que aunque vuelvas á ser la que solias,
No puedes competir con Galatea:
Oye, verás si la ventaja es poca.
En tí son años los que en ella dias:
Está en duda si el tiempo la hará fea;
Y esta en verdad que nunca la hará loca.

V.

Mirando Cloris una fuente clara,
Donde otras veces afilar solia
Las armas desdeñosas con que heria,
Y en vano agora contra mi prepara:
Vió como el tiempo sus mexillas ara,
En señal de castigo y rebeldia,
Sembrando sal donde el amor tenia,
Para sacrificar las almas, ara.
Viéndose tal, con lágrimas y tierra
Enturbiaba la fuente por vengarse,
Como si ella la causa hubiera sido:
Al fin sacó este fruto de su guerra,
Que vió poder las aguas aclararse,
Mas no cobrarse el tiempo ya perdido.

VI.

Quien dar mas vueltas viere á tu rosario,
Que en la noria á la sarta de arcaduces,
Que mas bebe del Tajo, y con mas cruces
Adornada tu casa que un calvario:
Dirá que desde luego un santuario
Te preparen con lámparas y luces,
Que entre ellas y entre huevos de avestruces
Tus reliquias aguarde un relicario:
Esto dirálo el sol, mas no la luna,
Testigo de las obras ¡ó devota!
Con que á Lidia conservas el devoto:
Pues ¿qué dirá? Que no hay justicia alguna,
Si no pueblan tus tocas la picota:
Y yo seré con ella de este voto.

VII.

¿Quién casamiento ha visto sin engaños?
Y mas si en dote cuentan la hermosura,
Cosa que hasta gozalla solo dura,
Y dexa al despertar con desengaños.
O ménos es la hacienda, ó mas los años;
Y al fin, la que parece mas segura,
No está sin una punta de locura,
Y á veces con remiendos de otros daños.
Mucho debes á Julia, Fabio amigo,
Que de tantos peligros te ha librado,
Negándote la fe que te debia.
¿Tú de que engaña al otro eres testigo,
Y lloras no haber sido el engañado?
Ríete, si no quieres que me ria.

VIII.

Llevó tras sí los pámpanos Octubre,
Y con las grandes lluvias insolente
No sufre Ibero márgenes ni puente,
Mas ántes los vecinos campos cubre.
Moncayo, como suele, ya descubre
Coronada de nieve la alta frente:
Y el sol apénas vemos en oriente,
Quando la opaca tierra nos lo encubre.
Sienten el mar y selvas ya la saña
Del aquilon, y encierra su bramido
Gente en el puerto y gente en la cabaña.
Y Fabio en el umbral de Tais tendido,
Con vergonzosas lágrimas lo baña,
Debiéndolas al tiempo que ha perdido.

TERCETOS.

Obediente respondo á la pregunta,
Que ya dos veces de mi nombre ha hecho,
Para saber su orígen, esta junta.
Podré solo decir lo que sospecho:
Que la verdad quien fue su autor la tiene
Sellada en lo profundo de su pecho.
Nombre es una palabra que contiene
(Siendo propia) las veces del ausente,
Y muestra de su ser lo que conviene.
Digo que es un sonido suficiente
A mostrarnos la esencia por vislumbre,
Con que despues juzgamos fácilmente.
De aquí tomó su orígen la costumbre
De atar en una voz, como en un lazo,
De un linage la inmensa muchedumbre:
Como se ve en España, que un pedazo
Que del sayo del Rey cortó un guerrero,
Confirmando los golpes de su brazo,
Ufano se lo viste su heredero,
Por mostrar que redunda en él la gloria,
Y vive siempre aquel valor primero.
En una voz se cifra así una historia;
Y suélese este tal llamar renombre,
Porque al nombre se añade una memoria.
Por esto en su principio el primer hombre,
Que supo de las cosas las esencias,
A todas propiamente les dió nombre.

Así quien siempre ocupa mis potencias,
Y sabe de mi ser mas que yo mismo,
Juzgando no por solas apariencias,
Me cargó sobre el nombre del baptismo
El Bárbaro; y así de allí adelante
En Bárbara formé mi silogismo.
Afirmativo soy, y tan constante,
Que ántes que en mí se imprima forma nueva,
Se imprimirá la cera en el diamante.
Con mi nombre mi ser claro se prueba,
Que bárbaro ignorante se interpreta,
Y no sé yo á quien mas que á mí se deba.
A Egipto llamó bárbaro el Profeta,
Porque ignoraba á Dios omnipotente,
Aunque tuvo de Magos docta seta.
Grecia llamaba bárbara á la gente
Que sus ciencias y ritos no bebia,
De que fingio en Parnaso tener fuente.
Roma quando usurpó la monarquía,
Y junto con las ciencias á su erario
El tesoro del mundo concurria;
Al inculto español su tributario,
Tambien le llamo bárbaro; y agora
Es nombre de ignorantes ordinario,
No solo á quien vecino al polo mora,
Mas al que está en la corte se le llama,
Si acaso de la corte el trato ignora.
Si á Dios no esconde el rostro, y á la fama
No cierra los oidos, y el dinero
Aquí no roba, y acullá derrama:

Si piensa que el ser noble y caballero
Consiste en mas que dones y caballos,
Y en no tener escudos escudero:
O que el ser mas adúlteros que gallos,
Es vicio ni tributo ser de Lamia
El sudor de los míseros vasallos:
O que el mentir un grande es grande infamia,
Y su alma mudar en cuerpos varios,
Como ya lo enseñó la escuela Samia:
Ya siguiendo los Silas, ya los Marios,
Y segun los tratare la fortuna,
Tenellos por amigos ó contrarios:
Si cubre del amigo falta alguna,
Si ausente de sus cosas no murmura,
Si con demandas varias no importuna:
Si el cargo como puede no procura,
Si su muger, su hermana ó su sobrina
En vano recibiéron la hermosura:
Si cosas nuevas siempre no imagina,
Para subir su casa á las estrellas,
Y baxar al infierno la vecina:
Si de nuestras sofísticas doncellas
Huye los rizos y apariencias vanas,
Y no se precia de morir por ellas:
Si aborrece las damas cortesanas,
Las salidas del prado y los paseos,
Y no procura desmentir las canas:
Si pone justa ley á sus deseos,
Si por la vida rústica suspira,
Y la tiene por campos eliseos:

Si entre quatro paredes se retira,
Y los hechos famosos y sentencias
En libros doctos con cuidado mira:
Si piensa que albergar pueden las ciencias
Sino con faldas largas y barbazas,
Que son en muchos falsas apariencias:
Si de las lenguas dignas de mordazas
Con risa no celebra la malicia,
Ni es rayo de las ruedas de las plazas:
Si no le ha perseguido la justicia,
Si no probó el favor de un escribano,
O ha pagado tributo á su codicia:
Si nunca ha visto naypes en su mano,
Ni alegrádose mas con sus pinturas,
Que con las de Durero ó de Ticiano:
Si estan las buenas famas dél seguras,
Si no sabe mejor las confesiones
(No le encarezco mucho) que los curas:
Si á todas las comunes opiniones
Del vulgo no se rinde; ó si rehusa
De los usos seguir las invenciones.
Pues que si está tocado de la musa,
Y no quiere llegar á las tabernas
Su fama, desdichada, como se usa:
No solo á los desiertos y cavernas
Lo condenan por bárbaro, mas creo
Que penas le quisieran dar eternas.
Y si del ocio huyendo por recreo
Busca la discrecion de la academia,
Que ser humilde tiene por trofeo:

Le sigue y le persigue la blasfemia,
Como si fuera público enemigo:
Tal es el precio con que el vulgo premia.
Por alguna razon de las que digo,
Darme nombre de bárbaro le plugo
De veras, ó burlando á quien conmigo
De amor quiso llevar el dulce yugo.

CANCION.

Aquellos dos cristales transparentes,
Que puso amor delante nuestros pechos,
Para comunicar los corazones,
Por donde tantas veces satisfechos
Sin temor de palabras aparentes
Consultáron sus gustos y pasiones,
Por leves ocasiones,
Con leve fundamento,
Un pestífero aliento
Enturbiado los ha con nube obscura:
Y así no puede verse la figura
Propia que á nuestros ojos se ofrecia:
En mí la tuya dura,
Y durará, no sé si en tí la mia.
Pero si algun cuidado tiene el cielo
De los que son sin causa perseguidos,
Y la santa amistad le es apacible,
Del claro sol los rayos encendidos,
Presto veré que rompen este velo.
Que agora se nos muestra tan horrible;

Y al amor invencible,
Que en los trabajos crece,
Qual iris que aparece
Tras las lluviosas nubes, y las pinta
Atravesando el cielo con su cinta,
Tal le veremos con el arco ufano,
Y en la verdad distinta
Volver á darse paz la amiga mano.
  No se funda en el ayre mi esperanza,
Que mi pecho le ha dado fundamento,
Y al mundo raro exemplo de firmeza;
Pues no ha osado jamas ni al pensamiento
Acometer la infamia de mudanza,
Aunque la arman desdenes y aspereza:
Que mi fe en su limpieza
No sufre mancha alguna:
Ni la ciega fortuna
La ha visto asida nunca con su rueda,
Agora bien, agora mal suceda:
Que el vulgo alimentado con favores
Huye la mesa aceda,
Y quiere sin espinas coger flores.
  Dios tenga siempre léjos de mi pecho
Tan contagioso mal, y no permita
Que borren ley de amor ritos profanos.
En un diamante firme quedó escrita
El mismo dia, que con lazo estrecho
Amor nos cargó el yugo por sus manos;
Y como los hermanos,
Que en la region eterna

La muerte y vida alterna
Los hacen ser dos lumbres favorables
Para los navegantes miserables;
Así formando de dos almas una,
A los casos variables
La opusimos del tiempo y de fortuna.
   Con tal conformidad como la nuestra
Recibió por ventura el padre Jano
En su reyno á Saturno desterrado,
Quando vino surcando el mar insano,
Huyendo la terrible y fiera diestra
Del vengativo Júpiter airado:
Quando en el Lacio amado
Enseñó nueva guerra
Contra la madre Tierra,
Que daba libre y voluntario fruto,
Y entónces la obligó á mayor tributo:
Cesáron las bellotas y castañas;
Y el labrador astuto
Rompió con duro hierro sus entrañas.
   Y con la corva hoz (duro instrumento
Por él usado en ministerio crudo)
A segar enseñó las rubias mieses:
Y quando está de pámpanos desnudo,
Y la luna menguante, que el sarmiento
A las llamas viniese descorteses;
Y que en propicios meses
Las plantas se casasen,
Y las vides trepasen
Por los olmos estériles, y fuesen

Adoptivos los frutos que tuviesen
Léjos del suelo, y del ladron seguros,
Y que despues viniesen
A dar al dueño su licor maduros.
El reyno, que no sufre compañía,
Se vió regido entónces por dos Reyes,
Y no con division y cetro alterno.
De parecer conforme daban leyes:
Jamas el uno al otro se oponia,
Mas que si fuera una alma su gobierno;
Y deste amor eterno
Exemplo al mundo queda:
Pues vemos su moneda,
Cuyo autor fue Saturno, que estampada
Una cabeza tiene coronada,
Y dos rostros en ella semejantes:
Tambien la nave amada,
Que juntó dos amigos tan constantes.
En tal conformidad vió nuestra Hesperia
Regir y defender el cetro injusto
Aquellos tres fortísimos hermanos,
Y hacer sudar á Hércules robusto,
Dando á la fama con su amor materia
De fingirles un cuerpo y muchas manos;
Y aunque fuéron tiranos,
Y justo su enemigo,
El debido castigo
Dilató su concordia milagrosa:
Que aun en la causa injusta es poderosa;
Pero en la justa muro inexpugnable,

Detras del qual reposa
La santa paz en trono perdurable;
  Pues no será posible que permita
El cielo que perezca amor tan fuerte:
¡Ay de quien tenga culpa si esto fuere!
De un golpe ha de quitarme á mí la muerte
Lo que á los otros poco á poco quita,
Y haréle las injurias que pudiere.
Infame es el que muere
Mil veces cada dia,
Dando su fantasía
A la revolucion del tiempo airado.
Aquel eterno fuego consagrado,
Que vió siempre en su altar la antigua Vesta,
No fue mejor guardado,
Que el que amor en mi pecho manifiesta.
  Palabras verdaderas, si no claras,
Para que quando pase Julio os lea,
Por mi quedad en esta piedra dura.
Si os vuelve Tirsi á ver como desea,
Celebradas sereis con ricas aras;
Y si no con su pobre sepultura:
Y de su fe segura
Al mundo hareis testigo.
Tú, caminante amigo,
Que paraste á leer, no las ofendas,
Aunque su oculta propiedad no entiendas:
Que si bien son pobrísimas de estilo,
Tienen mayores prendas,
Que las mudas pirámides del Nilo.

SONETOS.

¿Quándo podré besar la seca arena,
Que agora desde el fiero mar contemplo?
(¡O dulce libertad!) ¿y al sacro templo
Daré, cumpliendo el voto, mi cadena?
¿Y mi pasada vida, como agena,
Tendré para otros casos por exemplo?
¡Qué gozo sentiré si agora templo
Con la esperanza sola tanta pena!
Entónces daré ley á mi deseo,
Y atado á la razon con fuertes lazos,
Le haré dexar las formas de Proteo.
De las rompidas naves los pedazos
Veré llevar las olas del Egeo,
Sin oponer á su furor mis brazos.

II.

Si á la primera causa vuelves, Mario,
Los ojos de tu claro entendimiento,
En las injurias hallarás contento,
O el consuelo á lo ménos necesario:
Y deponiendo el hierro temerario,
Que ahora quiere tu furia hacer sangriento,
Verás que es solamente un instrumento
Del celestial castigo tu contrario.
Y si acaso te alivia tu conciencia
De consideracion tan importante,
Y sin razon te ofende tu enemigo:
¿Quieres tú reprehender la providencia
Divina, que, sin tí, sola es bastante
Para darte á tí premio y á él castigo?

III.

Pareceráte, Julio, que te agravia,
Y que jamas fortuna cosa acierta,
Porque no entra cargada por tu puerta
Con todos los tesoros de la Arabia.
¿No consideras que la gente sabia
Jamas prosperidad tuvo por cierta?
Porque quando una fe se desconcierta,
En vez de la esperanza queda rabia.
Imagínala siempre tu enemiga:
Y quando te levante mas su rueda,
Entónces teme mas de su inconstancia.
Y quando ménos fiera te persiga,
Quanto sin esperallo te suceda,
Podrás decir (y es cierto) que es ganancia.

IV.

El lamentable son del campo griego,
Los golpes fieros del troyano fuerte,
Mil espantosos géneros de muerte,
Y, en suma, quanto pueden hierro y fuego:
Aquiles oye y mira con sosiego,
Sin que se duela de su adversa suerte:
Antes tañe su lira y se divierte,
Y al son confunde la piedad y el ruego.
En él vive la injuria solamente
De que Briseida bella su querida,
De Agamenon por fuerza ocupa el lecho:
Y así consigo mismo es inclemente,
Pues de su gloria, que es lo mas, se olvida:
Tanto puede la fuerza de un despecho.

V.

Tras importunas lluvias amanece
Coronando los montes el sol claro:
Salta del lecho el labrador avaro,
Que las horas ociosas aborrece.
La torba frente al duro yugo ofrece
El animal, que á Europa fue tan caro:
Sale de su familia firme amparo,
Y los surcos solícito enriquece.
Vuelve de noche á su muger honesta,
Que lumbre, mesa y lecho le apercibe,
Y el enjambre de hijuelos le rodea.
Fáciles cosas cena con gran fiesta:
El sueño sin envidia le recibe:
¡O corte! ¡ó confusion! ¿quién te desea?

VI.

Vuelve del campo el labrador cansado;
Y miéntras se restaura en fácil cena,
Para nuevo trabajo se condena,
Que al venidero sol quedó obligado.
Quando descansa en el rincon su arado,
Con hoz la vid sin pámpanos cercena:
Siega la mies, y la vendimia ordena,
Y luego al yugo vuelve ya olvidado.
Es el trabajo propio á los mortales,
En el qual los alivia la esperanza
Con premio, que á trabajo nuevo llama.
Así pasan los bienes por los males:
Así sustenta al mundo la mudanza;
Y así es tirano en él quien la desama.

VII.

Los que ignoran las causas de las cosas,
Y el bien juzgan ó el mal por los efetos,
A veces por virtudes los defetos
Reciben de apariencias mentirosas.
A muchos por sus obras temerosas
Pacíficos los llaman, y quietos
A los locos; osados y secretos
A los pechos de trazas cautelosas.
Y sabe Dios, si se corriese el velo,
Que cubre lo interior, ¡quánta materia
De lástima y de risa nos daria!
¡Dichoso aquel que solo aspira al cielo,
Y lo demas juzgando por miseria,
Siempre amanece en el postrero dia!

VIII.

Quien osa defender, Ricardo mio,
Que le ha negado el cielo resistencia,
Y que es amar en él fatal sentencia,
Concede culpa en Dios y desvarío.
En la Scitia beber el Tanais frio,
Y el claro Turia en tu gentil Valencia,
Causa en cuerpos (no en almas) diferencia:
Aquí y allí gobierna el albedrío.
Tú, que aprendiste, tú que nos enseñas
Una voluntad firme y sin mudanza,
De dar á cada cosa justo dueño:
Dirás que esto se entiende en las pequeñas,
Donde solo el humano cetro alcanza.
¡A tan gran Reyna reyno tan pequeño!

IX.

Si dentro de los límites humanos
Un hombre con razon se considera,
Para sí tanto pan verá en su era,
Como en todos los campos africanos.
Pues todo lo que sobra va á las manos
Del sucesor ingrato, que lo espera:
Dexa, Julio, á la fama tu heredera;
Pero déxale mas que bultos vanos:
Que no son á tu cuenta las costosas
Piedras de tu sepulcro, donde llama
La materia ó el arte á nuestros ojos.
¿Por qué á tí que te tocan estas cosas,
Si á su autor solo sirve allí la fama,
Miéntras no ve esculpidos tus despojos?

X.

No es lo mismo el amor que el apetito,
Que en diferente parte se aposenta:
La virtud al primero lo alimenta,
Al segundo aliméntalo el delito.
El cielo elige amor por su distrito,
Donde toma del alma larga cuenta:
El otro con el cuerpo se contenta,
Viviendo en Flegetonte y en Cocito.
El uno siempre aumenta, el otro apoca
Su casa principal y patrimonio:
De aquel es la sed cuerda, de este loca:
Y, al fin, quando de sí da testimonio,
Sale amor por los ojos y la boca:
El otro sale á guisa de demonio.

TERCETOS.

Quando la sed del implacable estío
(Aunque jamas el cielo á Egipto riega)
Suple sus faltas solamente un rio,
No dividido en bocas al mar llega,
Antes mayor que el mismo mar se extiende,
Y un reyno entero fieramente anega:
Apénas prevenida se defiende
Con la experiencia larga de su ira,
La codiciosa gente que le atiende:
Antes de nuevo atónita se admira,
Quando á sus propias márgenes y seno,
Depuesta su braveza, se retira.
Queda confuso el húmedo terreno,
Sus límites y términos borrados,
Todo cubierto de fecundo cieno.
No hay fosos, valladares ni cercados,
Que á cada qual avisen de su herencia,
Y dividan sus campos cultivados.
En esta confusion la egipcia ciencia
Discurre por las líneas, que en el cielo
Fingidas le conserva la experiencia;
Y por aquellas reglas y modelo
Restituye á sus dueños justamente
La posesion del anegado suelo.
Africa no con furia diferente,
Quando á España vió en ocio y torpe lecho,
La acometió con su tostada gente,

Vengadora ministra de un despecho;
Salir y entrar la viéron las colunas,
Que Alcides puso en el famoso estrecho.
Rindióse España á las soberbias lunas:
Pobláron sus ciudades tributarias
Los que ántes no se viéron con algunas:
Los que ántes por arenas solitarias
Con movedizas tiendas discurrian,
Fugitivas esquadras mercenarias.
A sus bárbaras voces respondian
Los techos altos con no usados ecos,
Que de sus nuevos dueños aprendian.
Al fin España, sierva de Marruecos,
De sus templos, sus trages y costumbres
Hizo con Libia miserables truecos.
Cayéron las soberbias pesadumbres,
Fábricas de romanos y de godos,
Que al cielo amenazaban con sus cumbres.
Por varias suertes y por varios modos
Los nombres de ciudades pereciéron,
Parte de algunas, y de algunas todos.
Los bárbaros á algunas se los diéron,
Por dexar de sus hechos larga historia,
Y algunas con sus nombres confundiéron.
Tú, famosa Iliturgi (cuya gloria
Destas varias mudanzas ofendida,
Con dudas anduviste en la memoria),
En Andujar quedaste convertida,
De tus antiguos títulos privada,
En que agora te ves restituida.

No fuéron estos, no, negar la entrada
Al romano feroz con mano fuerte,
Por guardar á Cartago la fe dada:
Ni de Publio Cornelio defenderte
Tan obstinadamente, que primero
Pudo vencer á España que vencerte:
Que el blason mas ilustre y verdadero
Fue por pastor á Eufrasio haber tenido,
Del gran Patron de España compañero:
Que, habiendo al mundo con su fe vencido,
Sú cuerpo te dexó por prenda cara,
Y tú le diste el túmulo debido.
Sobre él alzaste al cielo la gran ara,
Adonde con razon estuvo en duda
Si la materia ó arte fue mas rara.
De ofrendas no se vió jamas desnuda,
Que colgaba el devoto peregrino,
Cumpliendo el voto, ó demandando ayuda:
Hasta que á España el africano vino,
Y del infierno en su favor las furias,
Pervirtiendo lo humano y lo divino,
El áspera Galicia y las Asturias
Depositarias fuéron de las prendas,
Que entónces no probáron sus injurias.
Las reliquias sagradas, las ofrendas
De los templos los fieles escondian,
Dexando al moro en cambio sus haciendas:
A los ásperos montes se subian,
Y pudieran moverlos, segun era
La fe con que su amparo les pedian.

Galicia te ganó desta manera,
Andujar, de tu Eufrasio el cuerpo santo,
Y hoy devota le guarda y le venera.
¡Que no podrá la edad, si pudo tanto,
Que sepultados tuvo en el olvido
Los hechos dignos de perpetuo canto!
Hasta que un hijo tuyo agradecido,
Insigne por virtudes y por ciencia,
Descubrió lo que el tiempo habia escondido.
Restituyote al fin sin competencia,
Con el antiguo nombre la memoria,
Tu derecho, legitima y herencia:
Cano, Doctor de la sagrada historia
En la ciudad, que, como un tiempo Atenas
A Grecia daba, da á su España gloria.
¡O Cano! si de flores dexas llenas
Las orillas del Tormes, no podias
Dexar las de tu Betis como agenas.
Las antiguas historias revolvias:
Líneas tambien echabas por el cielo
Con devota oracion noches y dias:
Hasta que hallando de tu patrio suelo
El antiguo blason, se comunica
A tu noble ciudad tu santo zelo.
Luego un famoso templo te dedica,
Y en la sagrada fuente á los Infantes
Tu nombre, Eufrasio, el Sacerdote aplica:
Y Andujar viera tus reliquias ántes,
Si Dios no le llevara á ser vecino
De los muros eternos y triunfantes.

Pero dexóte Andujar un sobrino,
Qual para ser consuelo de su ausencia,
Y dar al hecho perfeccion convino.
Milagro de apostólica eloqüencia,
Con que de los oráculos divinos
Declara la profunda inteligencia:
Y á los que por anchísimos caminos
Perdidos van, reduce al mas estrecho,
El pellejo dexando en los espinos.
Doctísimo Terrones, cuyo pecho
Ardiendo en el amor que tuvo el tio,
Alegre se dispuso á tan gran hecho.
Implorando el favor de su Rey pio,
(Al qual es grato dignamente) alcanza
Que Eufrasio vuelva al túmulo vacío;
Y para que tuviese esta mudanza
(En el sacro ministro, no en la pena)
Con la primera en todo semejanza,
Que vaya el docto Mauro Dios ordena
A cobrar el depósito prescrito,
Tantos siglos guardado en tumba agena.
Tus hijos le lleváron, gran Benito;
Tu hijo es tambien Mauro, cuya mano
A Eufrasio vuelve al pastoral distrito.
Mauro (del gran Terrones digno hermano)
Que de un mal, que seis lustros padecia,
Quedó con ver los santos huesos sano.
Recibe, pues, Andujar, este dia
Al gran Terrones, y á sus seis hermanos
Con insignias solemnes de alegría:

Que como los trescientos ciudadanos
De una familia vió su patria Roma
Juntos en su defensa armar las manos:
Esta familia mas insigne asoma,
No con armas infaustas como aquellas,
Sino con las que al mismo infierno doma
El mas humilde quando se arma dellas.

OTROS.

De David en el trono el gran tirano,
Que profanó la ley entónces santa,
Por adular á un Principe romano,
Cortar quiso furioso la garganta
Del verdadero justo Dios y Hombre:
(Tanto fue el miedo, y la ambicion fue tanta):
Y el que en parte del reyno y en el nombre
Le sucedió, cortó la del Profeta,
A quien el gran bautismo dió renombre;
Cuya virtud y santidad perfeta
Confiesa el duro hebreo, y que en castigo
Desta muerte despues le venció Areta.
Este, que de Pilato se hizo amigo,
Burlándose de Dios quando delante
Le tuvo, como en don de su enemigo,
En nombre y en costumbres semejante,
Tuvo por sucesor á su sobrino,
Hechura de Calígula arrogante;
Del qual por imitar el desatino,
Admitió de su pueblo lisonjero
El nombre que le daba de divino.

Este de dos Herodes heredero,
Ya que no pudo en Cristo, en su Vicario
Usar quiso la furia del primero:
Y el furor del segundo hereditario
Executó en el cuello del hermano
Del que lo fue de Cristo en el Calvario.
Huyó Josef de Herodes la cruel mano
Por un Angel en sueños avisado
Con el recien nacido Soberano:
Y del tercer Herodes condenado
El gran Pedro, que á Cristo representa,
Huye tambien, de un Angel ayudado.
Por tener el tirano Rey contenta
La sinagoga infiel y gente hebrea,
Sangrientos espectáculos inventa.
Prende al gran pescador de Galilea,
Para que alegre al pueblo con su muerte,
Quando la pascua celebrada sea.
Yace en lo escuro de una torre fuerte
Cargado de cadenas y prisiones,
Con guarda que la vista no divierte.
Pedro, que los terribles eslabones
Forjados en las yunques infernales
Quebranta con sus voces y oraciones,
Sujeta á las cadenas materiales
Las manos, que de Cristo recibiéron
Las llaves de las puertas celestiales:
Y los pies que en las ondas no se hundiéron,
Quando del barco por su Dios saltáron;
Pies, que en las manos de su Dios se viéron,

Duros cepos y hierros maltratáron
Aquellos pies, que con el baño santo
De Dios las mismas manos consagráron.
La Iglesia de los fieles entre tanto
Oracion sin cesar á Dios hacia
Por su cabeza y su pastor con llanto.
La noche precedente, pues, al dia,
En que el tirano al pueblo preparaba
Con la muerte de Pedro su alegría,
Con dos cadenas Pedro preso estaba
En medio de dos guardas adormido,
Y gente afuera la prision guardaba.
Mas el que nunca duerme ni ha dormido,
Y es guarda de Israel, en tanto ordena
Como quede el tirano escarnecido:
Manda baxar de la region serena
Un alado ministro diligente,
Para que quite á Pedro la cadena.
Baxa el divino espíritu obediente,
Baña de luz el calabozo escuro,
Y á Pedro hiere, y dice juntamente:
Levántate veloz (el hierro duro
Le quita de las manos entre tanto),
Vístete, y ven siguiéndome seguro.
Al Angel obedece el Pastor santo,
Incierto de lo mismo que está viendo:
Las sandalias se calza, y cubre el manto.
Y el celestial ministro precediendo,
Pasan por las dos puertas, y á la puerta
De hierro pasan sin hacer estruendo.

Ella se ofrece de su grado abierta:
Salen, desaparece el Angel luego,
Y á Pedro le parece que despierta.
Agora, dice Pedro, no estoy ciego:
Conozco que un ministro Dios ha enviado,
De los que abrasa su glorioso fuego,
Que de mano de Herodes me ha librado,
De los deseos desta gente ciega,
Y suplicio á que estaba dedicado.
Esto considerando Pedro, llega
De la madre de Marco á la posada,
En la qual gente santa se congrega.
Estaba mucha entónces congregada;
Dió golpes á la puerta, y luego vino
A responderle Rode, fiel criada.
Conocióle en la voz, y perdió el tino
Con el gran alborozo y alegría,
Y en vez de abrirle, tuerce su camino.
Entra á dar á la santa compañía
Nueva de lo que ha visto, y que á la puerta
Pedro estaba; mas nadie lo creia:
Ella afirmaba que era cosa cierta:
Si es Angel suyo, dicen; y entre tanto
Pedro llamaba, y fuéle al fin abierta.
Viendo al Apóstol el colegio santo
Libre de las prisiones del tirano,
Atónito le mira y con espanto.
Hizoles Pedro señas con la mano
Que callasen, contándoles de presto
Como Dios le libró sin medio humano.

A Diego, qual lo ois, contaréis esto,
Y á los hermanos, dixo; y luego fuese
A lugar mas seguro y bien dispuesto.
Pues como á las tinieblas sucediese
La luz, que ántes tardaba temerosa
Del acto á que esperaban que asistiese:
Salió por el oriente mas hermosa,
Alegre en verse ya desobligada,
Y volvió su color á cada cosa.
La cárcel les descubre quebrantada,
Acusando á sus guardas la cadena,
Que estaba á su cuidado encomendada.
Brama con rabia el fiero Rey, y ordena
Que al fugitivo atajen el camino
Diligentes ministros, premio y pena.
Herodes, ¿tú te opones al divino
Poder, y solicitas la venganza
Debida á tu primero desatino?
Acuérdate, cruel, que la tardanza
Del suceso dudoso de Tiberio
Aseguró en la cárcel tu esperanza:
Y que quando llegó al justo imperio
Te dió cadena de oro de igual peso
A la que te afligió en tu cautiverio.
Si pudo un hombre irracional sin seso
Tu esperanza cumplir, y en esa silla
El cepo conmutar do estabas preso:
Aquel solo Señor á quien se humilla
El angélico exército triunfante,
Profundo mar de investigable orilla,

¿Es mucho que tus cárceles quebrante?
¿Es mucho que execute en tí la pena,
Y que en tu exemplo á los demas espante?
¿Es mucho que convierta la cadena,
Con la qual su Vicario le aprisionas,
En materia inmortal de gloria llena?
¿Es mucho que le rindan las coronas,
Quando fuere por voto visitada,
Los Monarcas, y postren sus personas?
Así fue, pues, que á la ciudad sagrada
De Sion vino Eudosia augusta en voto,
Y fuéle esta cadena presentada.
Ella la lleva á Roma, y al piloto
Que en la nave de Pedro presidia,
La ofrece en don con ánimo devoto.
El en cambio le muestra la que habia
Tambien al mismo Apóstol oprimido,
Quando Nero en la cárcel le tenia.
Y estando juntas (¡caso nunca oido!)
El un hierro con otro se eslabona,
Qual si una sola hubiera siempre sido.
Como quando se abraza y proporciona
Una llama con otra, si se aplican,
Que cada qual se aumenta y perfecciona.
En esta union entrambas significan,
Que (aunque en tiempos y partes diferentes)
Por una causa á Pedro sacrifican.
A varios incurables accidentes
Fue despues, aplicada, medicina,
Y espanto á los espiritus ardientes:

Espíritus que intentan la ruina
Siempre al género humano su enemigo,
Que al reyno que perdiéron se encamina.
Tú puedes ser, Oton, dello testigo,
Oton del sacro Imperio descendiente,
En quien executaban su odio antiguo:
Pues que tu misma sangre fieramente
Humedeció tu boca y tu garganta,
Siendo ministro tu rabioso diente:
Pues quando la ciñéron con la santa
Cadena, luego huyéron las harpías,
Que primero tuviéron fuerza tanta.
Y tú, primero Augusto, que tenias
En tu honor las kalendas del mes sexto,
Cediste al gran Apóstol estos dias,
De Herodes en oprobrio y Nero Sexto.

CANCION.

Tan ofendido al Padre omnipotente
Tenian de los hombres las costumbres,
Que, á no tener de su palabra prenda,
Temer pudieran las soberbias cumbres
Segunda vez la fuerza del tridente,
Que al mar soltó sin límite la rienda:
O á no tener cerrados á la enmienda
Los ojos entregado á sus maldades;
Mas debiera temer el mundo ciego
La lluvia de aquel fuego,
Que reduce á cenizas las ciudades.
Armábase ya al son de las trompetas
El exército fiel de las venganzas
En daño de los hombres miserables:
¡O guerreros hermosos y espantables!
De fuego vibran todos gruesas lanzas:
De fuego tienden arcos y saetas:
Son sus espadas pálidos cometas:
Y el mismo Dios contra el linage humano
Armó con rayo la terrible mano.

Pisada por guerreros inmortales
La máquina del cielo con estruendo,
Temblaba desde el uno al otro polo.
Los niños, el horrible son oyendo,
Abrazáron los pechos maternales,
Y obediente á su Rey se escondió Apolo.
Pero á todo se opuso un hombre solo,

Desechado del mundo como loco,
Del largo ayuno pálido y desnudo,
(Y á Dios resistir pudo,
Ante quien todo el mundo fuera poco)
Que á singular batalla desafia
Algun guerrero del ardiente coro,
Fundado en humildad y en obediencia:
Y Dios de los que estan en su presencia
Todos cubiertos con las alas de oro,
Uno al momento por el ayre envia.
Este quizá, que con Jacob habia
Luchado ya otra vez, que del suceso
Dexó tambien el testimonio impreso.
En un desierto y solitario monte
Solo nuestro campeon desnudo aguarda,
Y cuerpo y alma á la gran lucha ofrece.
Direis de léjos que la cumbre se arda,
Segun á todas partes su horizonte
Con armas celestiales resplandece.
¿Véisle qual sale? ¿véisle qual parece
El guerrero inmortal por otra parte
En una cruz resplandeciente puesto?
¡Inmenso Dios! ¿qué es esto?
Ninguno dellos con enojo parte:
Todo es amor recíproco y unido:
¡O nuevo modo de romper la guerra!
Al fin, Señor, son vuestras luchas estas,
Que acaban siempre en bendicion y fiestas.
¿Mas no sois vos el hijo de la tierra,
Francisco, que en el ayre suspendido

La fuerza y el aliento os ha crecido;
Y tal estais, que apénas ya discierno
Qual es de entrambos el guerrero eterno?
La flaca amarillez que la abstinencia
Imprimió en vuestro rostro, vuelta miro
En rosicler no visto en los humanos;
Y en púrpura, que excede á la de Tiro,
El sayal que os texió la penitencia,
Echando de sí rayos soberanos.
Mas ¡ó nuevo suceso! pies y manos,
Manos y pies abiertos, y el costado
(Hecho de Cristo natural trasunto)
Mostrais en este punto.
Transformarse el amante en el amado
Es lo que puede amor: á mas no pasa
Su poder, que si á mas pasar pudiera,
En vos, Francisco, hubiera dado muestra:
Pues fue transformacion aquella vuestra
Qual de hierro, que forma nueva esfera
De todo punto convertido en brasa:
Aquí su tasa tuvo fin sin tasa.
¡O venturoso monte, que tal viste,
Y Tabor y Calvario á un tiempo fuiste!
Ya el celestial exército que habia
Al extraño espectáculo asistido,
Dexa las armas, y instrumentos toma,
Cantando. O como si esto hubiera sido
Quando al diluvio Dios se apercebia,
O quando á las venganzas de Sodoma,
No truxera á tan pocos la paloma

El verde olivo, ni hoy un triste lago,
Y una estatua de sal fueran testigos
De sus duros castigos:
Que en trato anduvo aquel segundo estrago;
Y no se executara si tuviera
Diez justos que lo hubieran amparado.
¿Qué tal es pues quien tanto solo alcanza?
Y bien que la pasion y la mudanza
Nunca el eterno alcázar han pisado,
Por ser Dios causa, que jamas se altera:
Sus efectos probamos acá fuera,
Y así decimos que por vos nos mira,
¡O gran Francisco! Dios sin ojos de ira.
Mas no sucede el ocio á la victoria
En el gran defensor de los humanos:
Antes contra el infierno mueve guerra:
Huyen de su presencia los tiranos,
A quien Dios confiscó la antigua gloria,
Y la aplicó á los hijos de la tierra.
¿Veis cómo en el infierno los encierra?
¿Veis con su ausencia ya sereno el mundo?
¿Veis los hombres con ásperos vestidos,
Y con sogas ceñidos
Seguir á prisa al Redentor segundo?
Mas no es mucho que acabe tal empresa
Si trae las fuertes armas por despojos,
Que en las manos y pies del mismo Cristo
El ángel negro con su daño ha visto
Romper de sus prisiones los cerrojos,
Y quitarle por fuerza la gran presa:

Así la gente que en sus lazos presa
Tuvo por suya, ve ofrecerse al templo:
Tanto puede, Francisco, vuestro exemplo.
Cancion, pues la humildad, que aquí impedia
Escuhar á Francisco su alabanza,
(Coronado en la gloria) lo concede,
Rompe las nubes: que si tanto puede
Con un hombre mortal su semejanza,
Quien de Cristo inmortal lo parecia,
Sin duda podrá mas: sube, y confia
En tu materia peregrina y alta,
Donde no puede hacer el arte falta.

OTRA.

En estas santas ceremonias pias,
Adonde tu piedad, Filipo augusto,
Con admirables rayos resplandece,
Verás como dexando el cetro justo
(Despues de largos y felices dias)
Al nuevo tronco que á tu sombra crece,
Nuestra Madre santísima te ofrece
Los mismos cantos y la misma palma;
Y ya nos muestra como en cierta idea,
Que tal quiere que sea
La gloria entónces de tu cuerpo y alma:
Y que al inmenso templo que dedicas
Al gran Levita, que en la ardiente llama
Exâminó la de su amor divino,
Ha de venir devoto el peregrino,

No solo convidado de su fama
Por contemplar las aras de oro ricas,
Sino á probar si á su congoja aplicas
Saludable remedio desde el cielo,
Como lo das á todos en el suelo.
Tú, enseñado á escuchar humanos ruegos,
Y á ser comun defensa de los hombres,
Serás de todos ellos invocado;
Y justamente uniéndose los nombres,
Tendremos dos Filipos y dos Diegos,
Y un altar solo á entrambos dedicado:
Que pues has con tu mano levantado
El primero que á Diego se dedica,
Aquí y allá serás su compañero:
Y exemplo verdadero
De como Dios tambien se comunica
Debaxo de la púrpura preciosa,
Como debaxo el áspero vestido:
(Que no son abreviadas, no, sus manos).
¿Mas de quál de tus hechos sobrehumanos
Te daremos entónces apellido?
¿Si lucirá la espada rigurosa?
¿O retorcido en tu corona hermosa
Sus hojas tenderá el olivo sacro
Por propia insignia de tu simulacro?
¿O si quando la trompa horrible diere
Señal en los exércitos, y tienda
La roxa cruz el viento en las banderas;
Y de la muerte la vision horrenda
Envuelta en humo y polvo discurriere

Por medio las esquadras y armas fieras;
Tu nombre ha de sonar en las primeras
Voces que diere la española gente,
Pidiendo por tu medio la victoria?
¿O si querrás la gloria
De ser en los concilios Presidente,
Donde se trate del gobierno humano,
Del qual nos dexas admirable exemplo?
¿O si será mas propio que el piloto,
Quando luchare con el Euro y Noto,
Prometa ronco visitar tu templo,
Y alli colgar las velas por su mano?
¿O que en tu proteccion el rubio grano
El labrador envuelva, y te suplique,
Que por tu medio Dios lo multiplique?
Primero vivirás felices años,
Introduciendo por el ancho mundo
La santa paz y la justicia unidas;
Y gemirá Pluton en el profundo
De ver por tí deshechos sus engaños,
Y á Dios tantas naciones convertidas:
Y que las escrituras no entendidas,
Como el otro Filipo les declaras.
Teme tambien (y no sin causa) viendo
Lo que hoy estás haciendo,
Que á mayores empresas te preparas:
Y que si por honrar la sepultura
De Diego das de tu piedad tal muestra,
Por quitar al tirano la de Cristo
Ha de dar un exemplo nunca visto,

Y derribar sus ídolos tu diestra,
Venciendo en medio de la noche obscura,
Como el gran Gedeon, pues en tí dura
La insignia del vellon, con que Dios quiso
Darle de la victoria cierto aviso.
Cancion, el ser humilde no te espante,
Que es hoy fiesta de humildes, y se precia
De ser su amparo el Rey mayor del suelo:
Bien puedes atreverte, pues el zelo
Hace precioso el don, y se desprecia
(Aunque raro y costoso) el arrogante.
Mas pues se me permite que yo cante
Entre los cisnes del famoso Henares,
Mucho harás si de humilde te preciares.

OTRA.

¿Eres tú á quien el mundo
Llamara Peña fuerte,
Si el cielo no te diera tal renombre,
Por ver en tí, Raymundo,
La constancia de suerte,
Que nunca descubrió mudanza de hombre?
¿Posible es que te asombre
Tanto el nuevo cuidado?
¿Careces de experiencia?
¿O temes la obediencia,
Con que el Pastor supremo te ha obligado
A regir la cabaña,
Que dió su nombre á la mitad de España?

Yace en humilde lecho
Raymundo, y con su llanto
En sus miembros despierta fiebre ardiente.
No teme el fuerte pecho
El trabajo, aunque tanto
Puede y debe temello el mas valiente.
Lo que Raymundo siente,
Por lo que gime y llora,
Es de la gloria humana
Aquella sombra vana,
Que á tantos pierde á quantos enamora:
Enemigo que dura
Hasta la misma horrible sepultura.
¿No osara por ventura
Dar al súbdito pena,
Quien de su Rey, con libertad severa,
La amorosa locura
Con tal castigo enfrena,
Que le reduce á la salud primera?
¿O acaso no supiera
Con afecto paterno
Perdonar al rendido,
El que padre habia sido
Manso y benigno, y al palacio eterno
Facilitó la entrada
Con la llave por Pedro encomendada?
¿O el trabajo de tantos,
Que revolver conviene,
Sacros libros, las noches y los dias,
O los decretos santos,

Que la gran Madre tiene
Con sentidos dificiles temias?
No, porque ya tenias,
Raymundo, con tu pluma
En órden reducidos
Los no bien entendidos,
Y de trabajo inmenso á breve suma:
Leyes que agora rigen
El mundo, y nuestros ánimos corrigen.
 Al monstruo, pues, terrible,
Que fue quien dió primero
Causa á Dios de vibrar el rayo ardiente,
Y en el infierno horrible
Derribar al lucero,
Que el cielo vió mas bello y reluciente:
Al que tan fácilmente
(Envidioso, obstinado)
Se convierte y transforma
En amigable forma,
Teme Raymundo de prudencia armado:
Que á veces así ofende,
A quien de otros peligros se defiende.
 En la ciudad famosa,
Adonde Rubricato
Da el tributo debido al mar profundo,
Verás con religiosa
Pompa y costoso ornato,
Cancion, la sacra tumba de Raymundo:
Allí en la turba pia
Serás estruendo en vez de melodía.

OTRA.

Divino Patriarca,
Que desde el claro cielo
Miras hoy tantas gentes en la tierra
Postradas ante el arca,
Que de tu mortal velo,
Rico tesoro, tanta parte encierra,
De mi ingenio destierra,
Pues con Dios puedes tanto,
La tiniebla confusa,
Porque tenga mi musa
Parte tambien en el gozoso canto,
Que renueva la historia
Con nuevos accidentes de tu gloria.
Yo con liberal mano
A tus hijos entrego
De tus santas reliquias el tesoro:
No como el cauto griego
Las del fiero troyano
Por peso material de plata y oro.
Así, gran Padre, imploro
Tu proteccion, y creo
Que como huésped mio
Sobre mi pecho frio
Harás el mismo efecto que Eliseo,
Que la vida así daba,
Vivo ó muerto, á los muertos que tocaba.
Del mauritano Atlante

La antigüedad creia
Que sustentando el cielo con su cumbre,
Demas de aquel constante
Trabajo, despedia
De rios a la tierra muchedumbre:
Así la pesadumbre
Del cielo, que ruina
Al mundo amenazaba,
Tu oracion sustentaba,
Y regaba la tierra tu doctrina,
De cuyo humor naciéron
Selvas, que el fiero mar despues rompiéron.
  Destas el Padre eterno
Fortificó su nave,
Timon, entena, mástil, popa y frente:
Dexándola en gobierno
Firme, justo y suave
(Gran tiempo!) de tus hijos solamente.
Despues le diste gente
Con armas temporales,
Para que castigase
La que le contrastase;
La qual hizo en España cosas tales,
Que no podrá la furia
Del envidioso tiempo hacerle injuria.
  Razon es, pues, que llegue
Tu reliquia á las manos,
Donde estará del bárbaro segura,
Y que en triunfos sosiegue,
Donde á tantos paganos

Diéron tus hijos fuertes muerte dura.
Si de tu sepultura
En el monte Casino
El longobardo crudo
Hacerte salir pudo,
Y anduviste por Francia peregrino,
Fue permision del cielo,
Para que enriquecieras nuestro suelo.
  Aquí gloriosamente
Entre sagradas luces
Unos hijos verás en los altares,
Otros con reluciente
Acero y roxas cruces
Cubrir los fuertes pechos militares.
Aquellos con cantares,
Con silencio y ayuno
Al infierno hacen guerra;
Estos acá en la tierra
(Sin causarles temor peligro alguno)
Las cabezas quebrantan,
Que contra Dios rebeldes se levantan.
  Mi padre (cuya fama
El orbe tiene lleno,
Y eterno asiento el alma ya contigo)
Aquí fue ardiente llama:
Aquí fue horrible trueno,
Con que al rebelde daba Dios castigo:
Destos hijos que digo
Que diste á España, él era
Maravilla y exemplo:

El fabricara templo
A tu santa reliquia, si viviera,
Que cifró la ganancia
De altos servicios en quitalla á Francia.
No mas, Cancion, que olvidas
El principal sugeto,
Del paternal amor arrebatada:
Ni con la causa midas
De tu voz el efecto,
Que serás dignamente despreciada.
Di que vas para el cielo,
Donde todas las faltas suple el zelo.

OTRA.

¿A quién no espantará la ardiente pira,
Que en el romano foro se levanta,
O el hierro que en el fuego se convierte?
A su autor (bien que no le amansa) admira:
Solo al que ha de sufrirle no le espanta:
Solo el paciente allí se muestra fuerte:
Los ministros de muerte,
Bárbaros, inhumanos,
Aunque aplican las manos
Al ministerio, en algo al fin clementes,
Huyen los ojos derramando fuentes:
O que temen del Juez la furia ciega,
Si á las brasas ardientes
Socorro inútil viere que les llega.
La turba infiel en general silencio

Viendo inventar tormentos tan enormes,
De piedad y temor da claro indicio.
Duro el tirano, y duro está Laurencio:
De un ánimo los dos, los dos conformes
En dar y en padecer aquel suplicio.
Hace el fuego su oficio:
Mas el constante pecho
Casi cenizas hecho,
No solo no da muestras de mudanza;
Pero increpando al fuego su tardanza,
(Qual si pidiera refrigerio al Tibre),
Dice, que pues no alcanza,
Le vuelvan de aquel lado que está libre.
 Dinos, Laurencio, ¿qué corona y palma,
Por angélicas manos sustentadas,
O qué esquadrones te descubrió el cielo?
¿Con qué triunfo esperabas que tu alma
Dexase tus cenizas consagradas,
Y diese para Dios el alto vuelo?
¿Rompióse acaso el velo
Del trono soberano,
Y viste al que en su mano
Tiene todos los fines de la tierra?
¿Quién te dió tal valor en esta guerra?
Debístele de ver; no tengo duda:
Y viste como yerra
Quien solo en lo de acá pide su ayuda.
 Bien viste tú que tiene el gran tridente,
Con que las aguas embravece y doma,
Y en un arca cifró al linage humano:

Tambien viste que vibra el rayo ardiente,
Con que abrasó á la mísera Sodoma,
Y ha de juzgar despues al siglo vano:
Al fin solo en tu mano
Todas las cosas viste;
Pero no le pediste,
Que con la fácil lluvia te ayudase,
O al fuego de su efecto le privase,
Como quando libró á los tres hebreos;
Sino que le aumentase,
Para hacer mas gloriosos tus trofeos.
Si quieres, dixo, ver aquel tesoro,
Que con ansia rabiosa hallar deseas,
Aplícame, tirano, mas al fuego,
Que en él se apura y aquilata el oro:
Y si se te permite que le veas,
(Que agora estás con la codicia ciego)
Quedarás libre luego
De ese infernal afecto,
Y el tesoro perfecto
Hallarás donde vive mi deseo,
Que quanto mas me abraso, mas le veo;
El que dexo en el mundo es vil escoria;
Y aunque este otro poseo,
No lo puedo gozar sino en la gloria.

SONETOS.

Quando Cristo á la turba sobre el heno
Dió con milagro espléndida comida,
Quiere hacerle su Rey, mas fementida
Dice en la cruz, que el nombre le es ageno.
Pedro, quando le ve de gloria lleno,
Quiere en Tabor con él pasar la vida:
Y quando le ve preso (tras la huida)
Jura que no conoce al Nazareno.
Pero Josef y Nicodemus solos
En medio del peligro se arrojáron
A darle honor con verle en la cruz muerto.
Y de entrambos las manos fuéron polos,
Que el cielo por entónces sustentáron.
¿Quál destos es discípulo encubierto?

II.

Si Cristo alaba tanto aquel ungüento,
Con que sus sacros pies ungió María,
(Siendo una libra sola) porque habia
Figurado con él su monumento:
En mas debió estimar las libras ciento,
Que Nicodemus derramó aquel dia,
Quando con el varon de Arimatía
Diéron á la figura cumplimiento:
Que si con el retrato se recrea
Tanto que le eterniza la memoria,
Porque se pareció á su sepultura,
Ocasion nos ha dado á que se crea,
Que exceden los quilates desta gloria
Lo que excede lo vivo á la pintura.

III.

Sin que contraste la humildad profunda
Con que huyó de la gloria humana Diego,
Hoy ve altar en su nombre, y arder fuego,
De donde grato olor á Dios redunda.
El que dió humilde el cuello á la coyunda,
Y fue del siglo vano oprobrio y juego,
Vedlo gozando celestial sosiego,
Y cómo de riqueza eterna abunda.
Póstranse las coronas y tiaras
Adonde puso la desnuda planta,
Y cumplen peregrinos votos sacros.
Vivo no osó tratar las santas aras,
Y muerto, Dios sobre ellas le levanta
En eterna memoria simulacros.

IV.

¿Qué hijos, dura Esparta, ó docta Atenas,
Celebras? Roma insigne, ¿á quién levantas
Estatuas y arcos con que tienes tantas
Historias doctas y ficciones llenas?
Rindanse ¡ó gran Barcino! á tus arenas,
Que Raymundo pisó con secas plantas,
Habiendo el mar hollado, y á las santas
Fábricas ricas, que en su nombre ordenas.
¡O dichosa ciudad, devota y pia,
Justa en la paz, justísima en la guerra,
Exemplo raro de justicia y zelo!
¿Como te ha de faltar eterno dia,
Si los hijos que nacen en tu tierra,
Despues suben á ser luces del cielo?

V.

El justo Simeon, sagrado Atlante,
Ha en sus manos los cielos sostenido,
Antes al autor de ellos reducido
A forma humana de pequeño infante.
Al Calvario tambien fue semejante
(Altar para el cordero prevenido);
Pues al Padre en sus brazos ofrecido,
Cifrado vió lo que se obró adelante.
Así anunciando al mundo su alegría,
Y el cuchillo y dolores á la Madre,
Pide la muerte (en tal sazon clemente),
Porque entónces sus labios Dios movia,
Con ellos pronunciando lo que al Padre
Eterno protestaba interiormente.

TERCETOS.

Hay un lugar en la mitad de España,
Donde Tajo á Xarama el nombre quita,
Y con sus ondas de cristal lo baña:
Que nunca en él la yerba vió marchita
El sol, por mas que al etiope encienda,
O con su ausencia hiele al duro scita.
O que naturaleza condescienda,
O que vencida dexe obrar al arte,
Y serle en vano superior pretenda:
Al fin jamas se ha visto en esta parte
Objeto triste, ni desnudo el suelo,
O cosa que de límite se aparte.
Contrarias aves en conforme vuelo
Los ayres cortan, y en iguales puntas
Las plantas suben alabando al cielo.
Las fieras enemigas aquí juntas
Forman una república quieta,
Mezclándose en sus pastos y en sus juntas;
Sin temer que el lebrel las acometa,
O hiera el plomo con terrible estruendo,
O con mortal silencio la saeta.
Las fuentes cristalinas, que subiendo
Contra su curso y natural costumbre,
Estan los claros ayres dividiendo,
Rocian de los árboles la cumbre,
Y baxan á las nubes imitando,
Forzadas de su misma pesadumbre,

Sobre las bellas flores, que adornando
El suelo como alfombras africanas,
Las estan con mil lazos esperando.
Las calles largas de álamos y llanas
Envidia pueden dar á las ciudades,
Que estan hoy de las suyas mas ufanas.
Pues ¿quién podrá contar las amistades,
Con que las plantas fértiles se prestan,
Y templan sus contrarias calidades?
Y como no se impiden ni molestan
Por ver su fruta en extrangeras hojas,
Ni del agravio apelan y protestan;
Como tú, frágil hombre, que te enojas
Si tener ves al otro lo que es tuyo,
Y con rábia lo usurpas y despojas.
Comunica el gran Tajo el humor suyo
A qualquier de los árboles do llega,
Sin atender si es hijo propio, ó cuyo:
Al huésped no sus alimentos niega,
Ni al natural desecha; y así hace
Corona rica de su hermosa vega.
Si la region remota ve que aplace
Alguna planta suya en esta, luego
La envia, y á su dueño satisface:
Y así la que se jacta de que al fuego
De los templos da olores, no es mas rica,
Ni la fingió ningun latino ó griego.
Qualquiera aquí su condicion aplica,
Aunque su origen trayga de otra parte,
Do el sol ménos ó mas se comunica.

Suple la falta de la tierra el arte,
Y del calor con límite, y del hielo
Aquello que conviene les reparte.
Hay planta que miró en su patrio suelo
El sol al mismo tiempo que la luna
En este mira en la mitad del cielo:
Y no por esto siente falta alguna
De la virtud que tuvo allá en su tierra,
Como si aquella y esta fuesen una:
La qual en senos cóncavos encierra
Las aguas usurpadas al gran rio,
Donde los peces viven sin ver guerra.
Pudiera en cada qual un gran navío
De aquellos que á Neptuno son mas graves,
Navegar sin temor de hallar baxío:
Mas solamente aquí navegan aves
De aquellas, que á la muerte se aperciben
Con cantos apacibles y suaves.
Aquí redes y engaños se prohiben,
Y así discurren sin temor las fieras,
Y á los hombres pacíficas reciben.
La hermosura y la paz de estas riberas
Las hace parecer á las que han sido
En ver pecar al hombre las primeras.
Alzase al lado del jardin florido
Con quatro hermosas frentes una casa,
Que nunca el sol su semejante ha herido.
Del alto chapitel hasta la basa
Ninguna imperfeccion hallarse puede,
Si el gran Vitruvio vuelve y la compasa.

Pues lo interior, que á lo exterior excede
En materia y en arte, qué tal sea
Con esto solo declarado quede:
Que nuestro gran Filipo dió la idea,
Y en ella sus cuidados deposita,
Quando su corte dexa, y se recrea.
Que puesto que los hombros jamas quita
Del peso con que Atlante desmayara,
Con esto lo aligera y facilita.
Los árboles, las aves, la agua clara
En este verde sitio son testigos
De las heroycas obras que prepara:
Del modo con que traza los castigos
A la cerviz que huyó del yugo santo,
El premio regalando á los amigos.
Las aves mezclan su acordado canto
Entre los dulces y ásperos decretos,
Que han de poner despues al mundo espanto.
Y aquellos profundísimos secretos,
Que á los ausentes Príncipes desvelan,
Y les tienen los ánimos inquietos;
Aquí con los ministros se revelan,
Y el templo del gran Jano se abre ó cierra,
Los pueblos se castigan ó consuelan:
Y la espantable y polvorosa guerra
Aguarda que de aquí le den materia
Para cubrir de sangre el mar y tierra:
Mas no dentro los límites de Iberia,
Donde la paz y la justicia santa
Previenen con cuidado á tal miseria.

Aquí se engendra el rayo, mas no espanta
Sino al loco Nembrot, que contra el cielo
Muros de barro frágiles levanta.
Filipo, tú tambien, que del abuelo
Y padre emulacion gloriosa al mundo
Prometes, y en su pérdida consuelo;
Miéntras tu padre con saber profundo,
Y tu niñez te excusan del trabajo,
Entre esas flores andas vagabundo.
Tiempo vendrá en que no te ofrezca Tajo
En su ribera conchas, mas caballos,
De aquellos que lo beben mas abaxo:
Y que tú y esos niños tus vasallos
Armados convirtais en gruesas lanzas
Las que agora juzgais de tiernos tallos.
Entonces cumplirás las esperanzas
Que das de tu valor, dexando libres
A los que dan agora dél fianzas.
Ya, ya la Grecia espera que la libres,
Que abras el paso del sepulcro santo,
Y que la espada en su defensa vibres.
¡O temeraria lira! ¿por qué tanto
El punto subes, que entre el son horrendo
De las trompetas suena ya mi canto?
Vuélveme á la ribera, donde viendo
Estaba con el Principe á su hermana,
Rayos de luz y flechas despidiendo:
Tal en el monte Cintio á su Diana
Rodeada de vírgenes hermosas
Fingió la antigüedad en forma humana.

No huyen, no, las fieras temerosas;
Mas ántes, como víctimas sagradas,
Se ofrecen á sus flechas poderosas.
Las flores del divino pie pisadas
Ya miran con desprecio á las estrellas,
Y son de las estrellas envidiadas:
Y puesto que la esperan gozar ellas,
Y saben que en el mundo su presencia
Las hace con los hombres ménos bellas,
La detienen acá con su influencia,
Y posponen su daño y su deseo
Forzadas de la eterna Providencia.
Pero ¿qué mar inmenso es el que veo,
¡O divina Isabel! de tus virtudes,
Donde pierde las fuerzas Himeneo?
Que tanto á todos sobras, que sacudes
El yugo dulce y fuerte, que procura
Que á llevar con tu cuello hermoso ayudes:
Y libre, como fenix, tu hermosura
Al dichoso Aranjuez se comunica
Entre sus claras aguas y verdura.
Pues no sin ocasion el nombre aplica
Del apacible sitio el gran Tolosa
Al libro sin igual que te dedica:
Porque si en este suelo alguna cosa
Con las que trata semejanza tiene,
Es sola su ribera deleytosa:
Así porque te alegra y entretiene,
(Que es lo que aquí del alma se pretende)
Como por la hermosura que contiene.

Las alas el ingenio humano tiende,
Las nubes penetrando con su vuelo,
Y en el divino amor de Dios se enciende:
Y de las obras hechas en el suelo
(Cedros del monte Líbano olorosos)
Suben las puntas á tocar al cielo.
Aquí los animales mas furiosos
En humildes ovejas convertidos,
Van juntos por los prados deleytosos:
Y así suenan en vano los bramidos
Del leon que anda en torno rodeando,
Por cazar las potencias y sentidos.
Y las hermosas fuentes derivando
Mil surtidores de eloqüencia pura,
Estan enriqueciendo y deleytando:
Y con órden divino y compostura
Forman largas virtudes calles largas,
Por donde el alma puede andar segura:
Y por aligerar las graves cargas,
Se muestran como en árboles enxertas,
Las cosas dulces dentro las amargas.
Y como viene Dios por siete puertas,
(Que es Nilo sin principio) y así riega
Las tierras mas remotas y desiertas:
Que la bastante gracia á nadie niega,
Para que pueda el fruto dar debido,
Que á la suprema mesa despues llega.
No hay autor tan remoto ó peregrino,
Que en el nuevo Aranjuez no tenga parte,
Y en el propio lugar que le convino:

Porque acomoda de manera el arte
Cada cosa en su punto, que parece
Que ninguna se ha visto en otra parte.
Tambien estanques mansos nos ofrece
De la perfecta vida, donde canta
El bueno, quando el malo se entristece.
Pues de la casa inmensa, que levanta
Sus quatro hermosos ángulos al cielo,
¿Quién podrá declarar la traza santa?
Remata cada esquina en paralelo
Con un Evangelista y Doctor santo,
Que solos ellos dan tan alto vuelo.
Este lugar y casa quiere tanto
La hija de aquel Rey tan poderoso,
Que á la tierra y al cielo pone espanto;
Que la llama la casa del reposo,
Adonde con su padre se retira:
Hasta que venga el celestial Esposo
A darle el premio eterno, al qual aspira.

ODA.

Arroja la corona
Del dictamo, que tanto abunda en Creta,
Injusta Tesifona:
Usa en las selvas la veloz saeta:
Dexa á quien mas le duela
De los humanos frutos la tutela.
Agora estés ufana
Con el destrozo de la Arcadia gente,

Viendo la forma humana
De tu hijo Sesípoli en serpiente
Trocada, y aunque feo,
Adorarle por Dios el pueblo Eleo.
¡O lamentable mano
De tu sacerdotisa, cuyo cuello
Cubre el cabello cano,
Cuyas ropas imitan al cabello!
Sacrificios devotos
Te ofrezca, y las casadas hagan votos.
Yo en vez de darte dones,
En vez de alzar en aras tu memoria,
Tus falsas religiones
Publicaré con la dudosa historia
De aquel pastor dormido
En la cumbre del Admo favorido:
Y cómo y en qué parte
Con un solo vellon de blanca lana,
Que Pan ofreció darte,
Trocaste el nombre y obras de Diana,
Y los fingidos nombres
Con que fuiste adorada de los hombres.
Sabránse tus hazañas,
Y Filis con dolor en este medio
Con sus quejas extrañas,
(Aunque es aumento al mal, y no remedio)
Á piedad de su duelo,
Y á ira contra tí moverá al cielo.
¡Ay de mí! que contemplo
El gozo con que Filis deseosa

En tu enemigo templo
Colgó su cinta con vergüenza humosa,
Y llena de esperanzas
Te cantó no debidas alabanzas.
  Y como su deseo
Le estaba haciendo entónces mil engaños,
Con falso devaneo
Anticipando los futuros daños,
Y con llanto fingido
Solicitando el cuidadoso oido.
  Y la dichosa cuna
Miraba desde entónces el cuidado
Con que fuera importuna,
En la primera voz el nombre amado
Oyendo, y él contento,
Articulando el no venido acento.
  Pero como temia
(Bien muestra que con causa la experiencia)
Mil dones ofrecia
A tí, cuya malicia ó imprudencia
Tanto costó á Cirene,
Y agora casi tal á Filis tiene.
  Es imposible que ames
Al mundo, pues así lo desamparas,
Y los ritos infames
Quieres volver, y las Taurinas aras,
Donde la sangre hirviente
Daba muriendo el huésped inocente.
  Dexa, Filis, el llanto,
Si no quieres quedar en él deshecha:

Que lastimarse tanto
A las leonas solas aprovecha,
Y no sola el aurora
De su amado Memnon el caso llora.

OTRA.

Ya el altivo semblante
(Hermoso quanto altivo)
De tierno afecto y de piedad compones:
No ya del triste amante
Huyes el fuego vivo,
Antes á su experiencia te dispones:
Buscas las ocasiones,
Y en esta dulce prueba,
Hermosura te dan los cielos nueva.

Hermosa dabas muerte,
Hermosa das ya vida:
¿Qual es, bella Amarilis, mayor gloria?
Rendias al mas fuerte,
Rigurosa homicida,
Despreciando aun en esto la memoria
De la mayor vitoria:
Agora en lo que haces,
A tí, Amarilis, y al amor aplaces.

Con vista alegre tomas
Posesion de aquel pecho,
En quien has de reynar con paz segura:
No monstruos en él domas,
Que para ti fue hecho

Con proporcion debida á tu hermosura,
Qual sale el alma pura
De la celeste esfera
A dar la vida al cuerpo que la espera.
Los ojos abrió apénas,
Apénas Celio tuvo
Noticia de sí mismo y albedrío,
Quando vió tus serenas
Luces, no le detuvo
Temor de tu desden ó tu desvío:
Ofrecióte vacío
De otro amoroso fuego
El pecho, que por tí se abrasó luego.
Tú, que á la cazadora
Diosa seguias ufana,
A dar muerte á las fieras solo atenta,
Sentiste en la misma hora
Cierta blandura humana,
Que en tí, sin saber cómo, se aposenta:
Ya te aplace, ya intenta
Mas encendidas llamas,
Y que confieses, Amarilis, que amas.
Resistes, pero en vano:
Amor es (no lo niegues)
Ese afecto cortés que te hermosea:
Quando la bella mano
A la de Celio llegues,
Verás mejor lo que el amor desea:
Mira agora en idea
Del tiempo venidero

Lo que me inspira Febo, y lo que espero.
  De Lucina en el templo
Suspenderás el cinto
Asida á Celio tu querido esposo,
Y, temiendo tu exemplo,
En hábito sucinto
Tu bella hermana por el bosque umbroso
Con paso presuroso,
En vano fugitiva,
Procurará la libertad altiva.
  No huyas, Silvia, espera:
¿Piensas tú que esos ojos
Solo han de ser ministros de una flecha,
Con que de alguna fiera
Inútiles despojos
Te dexen vitoriosa y satisfecha?
De ti el desden desecha,
Que á mayores vitorias
Amor te llama, y á mayores glorias.
  Verás, verás sin duda,
Sin novedad ni espanto,
De Amarilis el parto en fausto dia:
Darásle en él ayuda,
Solicitando el llanto
Del tierno infante, prenda de alegría.
Ya solicita tia,
Presto madre, ya tienes
Tambien quien ponga fin á tus desdenes.
  Ase la bella mano,
No temas, Celio, llega:

Que con la paz te ruega desarmada:
No llegarás en vano:
Pues quien consiente ruega,
O quiere por lo ménos ser rogada.
Union bien fortunada,
Cuyo primer deseo
Cumplió, en naciendo, lícito Himeneo.

OTRA.

Estas sierras vecinas
De nieve estan vestidas,
Mas que en la Scitia suele estar helada:
Y las altas encinas
De Boreas sacudidas
Gimen al parecer con voz formada:
No hay redil ni majada,
Que no tenga á sus dueños
Al rededor de los ardientes leños.
Descansan los arados,
Y en el pesebre ocioso
Libres del yugo estan los tardos bueyes:
Y los vientos airados
Alzan el mar furioso,
Rompiendo casi sus eternas leyes,
Esperanzas de Reyes,
Roncas voces y votos
Llevando de los míseros pilotos.
Pero Dafnis, exênto
De sentir las mudanzas

E importunas borrascas del ivierno,
Con desigual contento
De largas esperanzas
Coge en esta sazon el fruto tierno,
Y á pesar del gobierno
De la ciega fortuna,
Está sobre los cuernos de la luna.
  Porque así como quando
Los otros se alegraban
Con la florida y dulce primavera,
El estaba llorando,
Y sus voces sonaban
Amarilis en vano donde quiera:
De la misma manera
Es bien que esta mudanza
A otros sea tormenta, y á él bonanza.
  Y en legítimo ñudo
Las cosas sucedidas
Esté con su Amarilis repitiendo,
Robando al sueño mudo
De sus horas debidas,
Que tantas noches las pasó gimiendo:
Que haya apacible estruendo,
Razones reiteradas,
Y otras tan solamente comenzadas.
  Amor podrá en su templo
En tablas de diamante
Esculpir, porque dure tal historia:
Y sirva para exemplo,
De que una fe constante

Pudo subir á Dafnis á tal gloria:
Y con esta memoria
(Siendo la virtud guia)
Fácil será la mas difícil via.
¿Quién vió dos voluntades
Conformes, pero puestas
De la fortuna y tiempo de por medio
Tantas dificultades,
Inaccesibles cuestas
Y extremos, donde no se hallaba medio?
¿Y quién vió su remedio
Venir, como ha venido,
Por medio apénas visto ni creido?
La industria humana pudo,
Baxo dudoso clima
Y estrellas, como fábula contadas,
Contra el indio desnudo,
Que ya tanto se estima,
Llevar, gloriosa España, tus armadas:
Callo cosas pasadas
En tiempo mas antigo,
Pues á todas excede la que digo.
Y aunque parezca vano,
Tras tanta maravilla
Contar por tal lo que con Dafnis hizo
El docto ingenio humano,
Que lo sacó á la orilla
De un mar que á tantos anegó y deshizo:
Yo, al fin, lo solemnizo
(Si la primera excede)

Como á cosa que luego le sucede.
  Cancion, si llegar quieres
Donde estan los amantes,
Encomiéndate á Boreas que te lleve:
Hallaráslos, si fueres,
Ambos tan semejantes,
Que dirás que un espíritu los mueve:
Mas tú (como se debe)
A Amarili te inclina,
Que de Dafnis con esto serás dina.

SONETOS.

Excelso monte, cuya frente altiva
Cubre de nubes tan obscuro velo,
Que nos hace dudar si en ella el cielo
Mas que en los exes frígidos estriba:
En tí mostró su boca vengativa
El gran Leon forzado de su zelo,
Y en tí de voluntad empieza el vuelo,
Hecho paloma con felice oliva.
Hoy usurpas la gloria al viejo padre,
Que sostuvo en sus hombros nuestra gente
Del fiero mauritano perseguida:
Pues la afligida Augusta nuestra madre
Enferma de frenético accidente,
Halla en tí yerbas que le dan la vida.

II.

Recibe, ó sacro mar, una esperanza,
A cuya causa pueblos mil devotos
Estan hoy ofreciendo justos votos,
Porque la restituyas con bonanza.
Reducid, fieros vientos, á templanza
Vuestros desordenados alborotos:
Dad ocio, no experiencia, á los pilotos:
Vuestra quietud usurpe su alabanza.
Del poderoso Cárlos la alta popa
Sienta vuestro favor; y en su deseo
Concurrid con España y con Saboya:
Con esto enmendareis el caso feo,
De haber dado al adúltero de Troya
Pasage favorable contra Europa.

III.

O tú, que la memoria de Barcino
Con dudas y opiniones acrecientas,
Cuyo muro testigo en las tormentas,
Tal vez se opone al ímpetu marino;
Si porque al fin del húmedo camino,
La primera en Hesperia te presentas,
Y al poderoso Cárlos aposentas,
Los muros menosprecias del gran Nino:
Aspire la ciudad á quien Augusto
De sus felices nombres hizo dina,
A ser del mundo universal cabeza:
Junte al antiguo título este justo,
Que á los excelsos Cárlo y Catalina
El lecho conyugal les adereza.

Del Duque de Osuna.

¡O tú, qualquiera que al sagrado templo
De las sagradas musas subes ledo,
Revuelve con humilde paso y miedo
Al que su coro adora, y yo contemplo!
Apénas yo por religion me templo,
Y llámole su Dios, pues mio no puedo:
Que Apolo con semblante, mano y dedo
Por milagro le muestra sin exemplo.
Y dice á mi Lupercio, ó gran Saturno,
Y libre Baco, haced que se le infunda
Vuestro calor y gravedad suprema.
Melpómene le ofrezca su coturno,
Y su tridente el que la tierra inunda;
Y yo que alumbro el cielo, mi diadema.

IV.

No es lícito ceñir mi pobre frente
(Mezclando con lo sacro lo profano)
La corona, Señor, de vuestra mano,
Que provoca, aunque es lauro, al rayo ardiente.
Volvedla á recibir, y el reluciente
Hielmo que diera espanto al cruel Britano,
Si el mar no se opusiera, goce ufano
Cimera, que es tan suya y conveniente.
A mí me basta ver que esteis atento
(Por señal de que vivo en vuestra gracia)
Al son de mi zampoña, tal qual sea.
Y pensaré haber hecho mas mi acento,
Que el que movió los árboles en Tracia:
¿Pues qué será alcanzar lo que desea?

V.

Al hijo fuerte del mayor planeta,
Que al cielo y á los dioses fue coluna,
Sierpes le acometiéron en la cuna,
Y llamas lo apuráron en Oeta.
Y hasta llegar á la region quieta
Su madrastra le fue tan importuna,
Que no pudo del techo vez alguna
Colgar la maza en ocio ó la saeta.
Pero viendo la misma que los dioses
Le daban con aplauso eterno asiento,
Depuso la venganza, y aprobólo.
Así yo espero un tiempo en que reposes:
Que pues concurren tantos á un intento,
No podrá contrastarlos uno solo.

VI.

Dulce descuento del dolor pasado,
Y alivio, en parte, del mayor que siente
Tu madre, triste por tu padre ausente,
Al qual serás de hoy mas grato cuidado:
¡O cómo con tu llanto has alegrado
Tu casa y las demas generalmente!
Cumpliste la esperanza de tu gente,
Y has otras ya mayores engendrado.
¡Qué dulcemente por los altos techos
Suena tu nueva voz! ¡y qué alegria
Dará despues distinta en su lenguage!
Vive felices años, y tus hechos
Hagan memoria eterna deste dia,
En que diste principio á tu viage.

De Fernando de Soria Galvarro.

Hoy es, Lupercio, el señalado dia,
Que habrá de ser eterno en mi memoria,
En que del tiempo he visto una victoria,
Y á amor vencido, que triunfado habia.
La llama, en cuyo fuego el alma ardia,
(Bien conocida os puede ser la historia)
Que del reyno de amor fue ilustre gloria,
Vi ante mis ojos apagada y fria.
¡Extraña maravilla, que mis ojos
Pudiesen ver de Elisa aquellos suyos
(Sin lágrimas) un tiempo soberanos,
Ser de la muerte pálidos despojos!
¡O desengaño! Dios, ¡milagros tuyos,
Tratar el fuego con heladas manos!

II.

Viva, viva Fernando, deste dia
En vos eternamente la memoria,
Con que de amor podreis llevar victoria,
De amor, que así de vos triunfado habia.
Con llama indigna vuestro pecho ardia
(Fábula al vulgo, á mí penosa historia)
Por aquella que ayer fue vuestra gloria,
Y hoy es inútil peso y tierra fria.
Decidles, mi Fernando, á vuestros ojos
Que ¿por qué con horror miran los suyos,
Que tuviéron por soles soberanos?
Siempre amor da vergüenza por despojos:
¡O Dios, y no corremos tras los tuyos,
En quien solo á la muerte faltan manos!

Traducciones de Horacio.

I.

Dichoso el que apartado
De negocios imita
A la primera gente de la tierra:
Y en el campo heredado
De su padre exercita
Sus bueyes, y la usura no le aſierra:
No le despierta ſa espantosa guerra,
Ni el mar con son horrendo le amenaza.
Huye la curial plaza,
Y las soberbias puertas de los vanos,
Ricos y poderosos ciudadanos.
Mas las vides crecidas
Con olmos acomoda:
O en el remoto valle huelga, viendo
Sus vacas esparcidas.
El ramo inútil poda,
Mejor en su lugar otro inxiriendo,
Y la miel en vasijas exprimiendo.
Sus ovejas trasquila; y quando empieza
A mostrar su cabeza
Coronada el otoño, coge ufano
La pera enxerta de su propia mano.
O el maduro racimo,
Que competir parece
Con la púrpura misma, juntamente,
Como despojo opimo,
A tí, Priapo, ofrece,

O á Silvano en los campos presidente.
Y miéntras su cuidado le consiente
Baxo la antigua encina hacer su cama
De tenaz verde grama,
Al sueño le convidan los suaves
Murmurios de las aguas y las aves.
O quando nos fatiga
En el invierno helado
Júpiter con las lluvias y con nieve,
Con sus perros obliga
Al jabalí acosado
A que sus redes y asechanzas pruebe,
Y que su mismo engaño al tordo cebe,
Que la cobarde liebre en lazos muera,
O la grulla extrangera.
¿Quién con esto no olvida los cuidados,
Que son del fiero amor solicitados?
Pues si alivia el cuidado
De los hijos y casa
(Qual las Sabinas) la muger honesta,
¡O qual la del cansado
Pullés, que al sol se abrasa;
Y ántes que venga su marido, presta
(La seca leña al sacro fuego puesta,
Las mansas ovejuelas ordeñadas,
Y en setos encerradas)
Viandas no compradas apareja,
Sacando el vino de la pipa añeja!
No las ostras lucrinas,
El rombo ni otros peces,

De los que con los yelos nos envian
Las borrascas marinas
Del Carpacio á las veces:
O las aves, que en Africa se crian,
A mi vientre mejor descenderian,
Que de los ramos fértiles algunas
Maduras aceytunas,
Que la malva, ó de lápato la yerba,
Que al cuerpo da salud y lo conserva.
O la muerta cordera
En las fiestas sagradas,
O el cabrito, que el lobo vió en sus dientes;
Y ver desta manera
A casa repastadas
Volver las ovejuelas diligentes,
O los cansados bueyes con las frentes
Baxas traer la esteva del arado:
Y el hogar rodeado
De esclavos, que al enxambre se parecen,
En quien las casas ricas resplandecen.
Miéntras Alfio usurero
Estas cosas relata,
Mediado el mes recoge su dinero,
Y de ser labrador rústico trata:
Mas luego á las kalendas
Lo vuelve á dar á usura sobre prendas.

II.

Porque en el cielo truena,
Reynar allá el gran Júpiter creemos:
Pues luego si en cadena
Los fieros persas y britanos vemos,
Y está presente Augusto,
Que los domó, llamarle Dios es justo.
El soldado de Craso
Infame con la bárbara consorte
Vivió, y al postrer paso
Llegó de la vejez, teniendo (¡ó corte,
O costumbres!) abrigo
En las armas del suegro su enemigo.
¡Que obedeció al Rey Medo
El Marso y el Pullés tan sin memoria
Del celestial denuedo,
De la toga de Vesta y de la gloria,
Donde su orígen toma,
Estando en salvo Júpiter y Roma!
Régulo esto previno,
Las torpes condiciones reprobando,
Y el exemplo, adivino
De que habia de irse el daño dilatando,
Si no moria cautiva
La juventud romana incompasiva.
Las banderas quitadas
Sin muerte de su dueño y sin estrago;
Y las armas fixadas,

Dixo, yo vi en los templos de Cartago,
Y en ocio con las manos
A las espaldas ir los ciudadanos.
  Y que ya no se cierra
De la libre ciudad alguna puerta;
Ya comienza la tierra,
Que tuvimos estéril y desierta
Con la guerra pasada,
A ser curiosamente cultivada.
  ¿Acaso mas constante
El soldado, con oro redimido,
Será de aquí adelante?
Juntais daño al oprobrio recibido,
Que nunca la teñida
Lana será á su ser restituida:
  Ni el valor verdadero,
Si se perdió, volver aquel procura,
Que no es qual fue primero.
Si libre ya una vez de la espesura
De las redes la cierva,
Que viva por la fuga se conserva,
  Pelea: ¿será aquel fuerte,
Que en los contrarios su remedio funda
Con miedo de la muerte?
¿Podrálos derribar en la segunda
Guerra con aquel brazo
Enseñado á sufrir el torpe lazo?
  Este que hallar no supo
De donde para sí mane la vida,
En quien á un tiempo cupo

La guerra con la paz entretexida.
¡O por nuestras ruinas
Gran Cartago, que al cielo te avecinas!
  Cuéntase que teniendo
Los ojos varoniles en el suelo,
Su baxo estado viendo,
De su casta muger huyó el consuelo:
Que el beso le negaba,
Y de sí con sus hijos la apartaba:
  Miéntras los vacilantes
Padres á su consejo reducia,
Que no lo diéron ántes
Otros, él fue el autor, y así salia
Glorioso desterrado,
De llorosos amigos rodeado.
  Sabia bien la pena,
Que el bárbaro verdugo le aprestaba:
Mas él con faz serena
Al pueblo y á sus deudos apartaba,
Que al paso se oponian,
Y tardando, la vuelta le impedian.
  Como si habiendo dado
Fin á negocios largos, despidiera
Los clientes cansado,
Y al ocio libremente se acogiera
En los campos, que tanto
Ilustran á Vinafro y á Taranto.

III.

Asteria, ¿por qué lloras,
Pues el favonio y bella primavera
A Giges, que tú adoras,
Fiel mozo, que en amarte persevera,
Restituirán cargado
De las riquezas timas á tu lado?
El en Orizo agora,
Donde le hacen los vientos resistencia,
Las noches largas llora:
Tú le robas el sueño en esta ausencia,
Y las fieras estrellas,
Que el daño causan, oyen sus querellas.
Bien que de la cuitada
Cloe, su bella huéspeda, le lleva
Una y otra embaxada,
Y en vano sus astucias todas prueba
El tercero, diciendo,
Que está tu mismo fuego padeciendo.
Cuéntale la mentira,
(Por no haber con su amor condescendido)
Con que encendió la ira
Contra Belorofonte del marido
La muger fementida,
Para quitalle la inmadura vida.
Y tambien de la suerte,
Que, por huir de Hipólita, Peleo
Casi probó la muerte:

Trayendo por disculpa á su deseo
Quantas cosas se sueñan,
Y las historias que á pecar enseñan.
  Mas no del mar Icario
Son mas sordas las rocas combatidas,
Que lo está él de ordinario:
Razon es, pues, que con su fe te midas,
Y no aplazga á tu gusto
Mas tu vecino Enipeo de lo justo.
  Por mas que en las contiendas
Del campo Marcio nadie se le iguale
En el regir las riendas
Del ligero caballo quando sale:
Ni corre con mas brio
La gran corriente del Toscano rio.
  Tu puerta esté cerrada
Luego como anochezca: y si sonare
La música acordada
De las flautas, y dura te llamare,
Las ventanas y oidos
Constantemente cierra á sus gemidos.

IV.

Tú por la culpa agena,
O Roma, de tan gran castigo indina,
Padecerás la pena,
Hasta que se repare la ruina
De nuestros templos sacros,
Y el humo de sus viejos simulacros.

De darte al ministerio
De los dioses inmensos ha nacido
Tu poderoso imperio;
Y tambien de ponerlos en olvido
Tus daños y miseria,
Y el llanto general de toda Hesperia.
Porque se despreciáron
Los agüeros, Moneses y Pacoro
Dos veces quebrantáron
Tus ímpetus, y ostentan que con oro
En la presa adquirido
Sus pequeños collares han crecido.
Quando en civil bullicio,
Y en sedicion estabas ocupada,
El tudesco y egicio
Bien cerca te tuviéron de asolada:
Este en mar poderoso,
Aquel en tierra fiero y espantoso.
Los tiempos, manantiales
De vicios, mancilláron lo primero
Los lechos conyugales,
Las casas y el linage verdadero:
Y fue el orígen éste,
Que á la pátria y al pueblo dió tal peste.
Ya la vírgen madura
Los bayles de la Jonia deshonestos
Que le enseñen procura:
Tuerce todos sus miembros, y de incestos
Amores se complace,
Desde que al pie la tierna uñita nace.

Despues busca los mozos
Adúlteros en medio del convite,
Y para dar sus gozos,
No aguarda que la mesa ó luz se quite:
Que en público concede
Lo que aun secretamente hacer no puede.
Y si la llama sola
(Sabiéndolo el marido) el mercadante,
O de nave española
El maestro, que es pródigo y amante:
Se levanta en presencia
De todos, y á su gusto da licencia.
La juventud romana
No fue de tales padres engendrada,
Quando de la africana
Gente dexó la mar ensangrentada:
A Antíoco vencido,
Al grande Pirro y á Aníbal temido:
Mas rústicos soldados,
Que el campo con azadas revolvian,
Y de leña cargados
(Qual sus madres severas lo pedian)
Volvian quando Apolo
Da sombras y descanso á nuestro polo.
Las vueltas de los cielos
Todo lo disminuyen: muy mejores
Fuéron nuestros abuelos,
Que nuestros padres; somos hoy peores:
De nosotros se espera
Sucesion que en maldades nos prefiera.

V.

Si del haber mentido,
Barina, algun castigo te viniese,
Un diente denegrido,
O una uña mas fea yo te viese,
Quanto hubieras jurado
Creyera como firme enamorado.
Mas luego que obligada
Tuviste la cabeza á tu promesa,
Saliste mejorada,
Resplandeciendo mucho mas aquesa
Hermosura, que ántes
En tu amor enredando mil amantes.
Así que te es partido
Faltar á las cenizas de tu madre
Todo lo prometido,
Pues no hay cosa, Barina, que te quadre,
Como burlar del cielo,
Y no estimar los dioses en un pelo.
Desto vi se reian
Cupido, Vénus y las ninfas bellas,
Viendo como crecian
Cada hora con tu amor nuevas querellas,
Las flechas afilando,
Con que á todos, señora, estás matando.
Y como no avisados
De aquella fuerza de que estás armada,
Crecen enamorados,

Y así tu casa es siempre freqüentada:
Y aunque sienten sus males,
No se saben partir de tus umbrales.
  Por tí temen las madres
A los mancebos en su edad florida:
Por tí los viejos padres
Pasan amarga y congojosa vida:
Y las recien casadas
Temen el ser por tí desamparadas.

VI.

¿Quién es el tierno mozo que entre rosas,
Y con olores líquidos bañado
Tienes, Pirra, en tu cueva regalado?
¿Por quién trenzas las hebras de oro hermosas?
  ¡Ay como llorará á las mentirosas
Promesas quando el cielo esté mudado,
Con negro viento el fiero mar hinchado,
Y él atónito y nuevo en estas cosas!
  Tiénete agora, y piensa que contino
La misma le serás que le pareces,
Del mentiroso viento no advertido.
  ¡Ay de aquel á quien nueva resplandeces!
Yo, pintado en el templo al dios marino,
Muestro haber dado el húmedo vestido.

INDICE.

